UNIV. OF ARIZONA
868.39 G73Z G21 mn
Garcia Lopez, Jose/Baltasar Gracian
3 9001 03949 6024

# BAL
# GRACIAN

—

J. GARCÍA LÓPEZ

This book was imported by
ELISEO TORRES
1469 St. Lawrence Avenue
New York 60, N. Y.

# BALTASAR GRACIÁN

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LOS CLÁSICOS

# CLÁSICOS LABOR

IV

A TRAVÉS DE SUS TEXTOS PERDURABLES

J. GARCÍA LÓPEZ
Catedrático de Literatura española

# BALTASAR GRACIÁN

EDITORIAL LABOR, S. A.
BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES - RIO DE JANEIRO

ES PROPIEDAD
1947

PRINTED IN SPAIN

Talleres Gráficos Ibero-Americanos, S. A. : Provenza, 86. BARCELONA

868.39
G73Z
G21

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN Págs.

Advertencia preliminar ..... 9
Nota biográfica ..... 11
La España del siglo XVII ..... 11
Vida de Gracián ..... 13
Semblanza física y moral ..... 21
El mundo ideológico de Gracián ..... 26
Actitud intelectual ..... 26
Visión del mundo y de la época ..... 31
Ideario moral ..... 36
Actitud religiosa ..... 48
Las ideas estéticas y el estilo ..... 52
Su concepción del arte literario ..... 52
Modalidades de su estilo ..... 62
Fuentes literarias e ideológicas ..... 74
Éxito e influencia ..... 77
Resumen bibliográfico ..... 82

SELECCIÓN

Criterio de esta Antología ..... 87
El Héroe ..... 88
El Político Don Fernando el Católico ..... 103
Agudez y Arte de Ingenio ..... 108
El Discreto ..... 120
Oráculo Manual y Arte de Prudencia ..... 135
El Comulgatorio ..... 158
El Criticón ..... 166

G3/64-Q

# INTRODUCCIÓN

## ADVERTENCIA PRELIMINAR

Tras largos siglos de olvido, la figura del P. Gracián vuelve a interesar a los críticos. Y el favor del público hace posible que las ediciones se sucedan con breve intervalo de tiempo. No obstante, reina la más absoluta disparidad de criterio entre los que acometen la empresa de dilucidar el alcance moral e ideológico de nuestro autor. Hasta el punto de que, al lado de quienes otorgan los más encendidos elogios a sus virtudes cristianas y a su entereza moral, hallamos a otros empeñados en la tarea de presentárnoslo como un odioso hipócrita envenenado por el rencor.

Esta dualidad crítica ofrece tales acentos, que nos parece oportuno dar a conocer al lector algunas frases recientes de dos comentaristas españoles, como breve ejemplo de los puntos de vista mantenidos hasta ahora.

Uno de ellos, tras aludir a su « genial perversidad », se expresa en los siguientes términos: « No se ha medido bien el abismo de humillación contenida, de triunfante amargura, de ansia de envenenamientos que hay en esta retorcida y biliosa figura de nuestro siglo XVII ; es el alma más rencorosa, más inteligentemente reseca y árida de las letras universales... Desde su resentimiento provinciano perfila las dobleces, las mal-

vadas cautelas con que sueña que sus discípulos anden por el mundo. Con esa retráctil pedagogía de lombriz, Gracián es el escritor específicamente satánico ».

He aquí los juicios expuestos por otro crítico : Gracián, que a « sus cincuenta y siete años, no había aprendido a tener malicia », fué un hombre de « altísima entidad moral », un « alma cálida y cordial », « sin claudicaciones ni blanduras, de vida rectilínea, como el dardo en el aire ». Y en otro lugar : « Su firmísima actitud ética ante la vida no admitirá transacciones ni simulaciones ». « ¡Gran figura moral la de Gracián, con todas las virtudes inflexibles de la estirpe pura! »

Dado lo expresivo de los ejemplos aducidos, el lector comprenderá la enorme dificultad de enfocar el estudio de nuestro moralista desde un punto de vista que soslaye toda apreciación subjetiva. Tan profundamente enigmáticos nos resultan a veces sus juicios, que a cada instante nos incitan a la más personal y apasionada interpretación.

No obstante, nuestro propósito ha sido, desde el primer momento, acercarnos a sus páginas con un criterio sereno para poder ofrecer honradamente una visión sintética y objetiva de los problemas que plantea « el caso Gracián ».

# NOTA BIOGRÁFICA

## La España del siglo XVII

La vida de Baltasar Gracián transcurre en una época preñada de tristes presagios y acontecimientos luctuosos. Durante la primera mitad del siglo XVII, el Imperio español, como atacado por un morbo interno, inicia un proceso de descomposición que se va agudizando hasta llegar a los años decisivos del último de los Austrias.

Felipe III y Felipe IV entregan las riendas de la nación a privados desprovistos de dotes de gobierno, y España camina hacia su ruina, sin que basten a evitarlo el descontento general o las oportunas advertencias de unos pocos hombres conscientes de la situación.

Lejos se hallan ya los tiempos de Lepanto; el descenso comienza, y durante las cinco primeras décadas del siglo, los españoles se ven oprimidos por una serie de sucesos adversos que acaban engendrando en el ánimo de los más avisados una angustiosa sensación de fracaso.

La Paz de Westfalia y la de los Pirineos nos acarrea la pérdida de nuestras más preciadas posesiones en Europa, y la lucha con Portugal termina con su independencia, mientras una nube de piratas holandeses e ingleses saquean las colo-

nias de Ultramar dificultando la llegada del oro de América.

Al propio tiempo, los problemas internos se acentúan a consecuencia de inhábiles medidas de gobierno. La expulsión de los moriscos priva a España de gran número de trabajadores; un excesivo centralismo contribuye a la sublevación de Cataluña; los exorbitantes impuestos destinados a mantener guerras lejanas o a sostener el lujo de una corte fastuosa empobrecen a la nación, y una burocracia entorpecedora dificulta toda iniciativa particular, mientras millares de españoles emigran a América para que la espada o la fortuna les proporcione lo que hubieran considerado deshonroso lograr mediante el trabajo.

El súbdito de los Austrias conservará durante mucho tiempo una excesiva y orgullosa idea de sí mismo; no obstante, su idealismo flaqueará quebrantado por las lamentables condiciones de la existencia nacional, hasta el punto de que — como ha dicho Marañón — una de las características del momento será «la pérdida del espíritu de sacrificio, de la fe en el ideal generoso; la muerte, en suma, del Quijotismo» (1).

Mas si el espectáculo político y social de nuestro siglo XVII ofrece tan desolador aspecto, su vida artística alcanza, por el contrario, una brillantez inusitada, fenómeno, por lo demás, frecuente en la historia de los pueblos. Las energías nacionales,

(1) MARAÑÓN, *El Conde duque de Olivares*. Sólo indicaremos el lugar de donde proceden las palabras citadas, cuando, como en este caso, la obra no se halle consignada en nuestro Resumen bibliográfico. De lo contrario nos limitaremos a dar el nombre del autor.

al fracasar las actividades políticas, se concentran en el dominio del arte y llegan a producir frutos magníficos. Los nombres de Velázquez, Ribera, Zurbarán y Murillo en la pintura, y los de Góngora, Quevedo, Gracián y Calderón en la literatura bastan para acreditar a la época del barroco español como uno de los momentos álgidos de la cultura europea.

## Vida de Gracián

La vida del Padre Baltasar, si exceptuamos sus últimos años, fué parca en acontecimientos dramáticos o espectaculares. Tan sólo algunos hechos anecdóticos peraltan levemente el perfil de la existencia casi forzosamente gris de este jesuíta de nuestro siglo XVII. Por eso, breves líneas podrán darnos sus rasgos esenciales.

Gracián fué bautizado el 8 de enero de 1601 en Belmonte, pueblecillo situado en la provincia de Zaragoza, a unos 10 kilómetros de Calatayud. Sus padres, el licenciado Gracián y Ángela Morales, tuvieron cinco hijos, cuatro de los cuales ingresaron en diversas órdenes religiosas. Se ha querido ver en este hecho una consecuencia de dificultades económicas. Mas lo cierto es que ignoramos todo cuanto se refiere a la posición social de la familia. Tampoco sabemos nada de su infancia, aunque es posible que asistiese al Colegio que los jesuítas tenían en Calatayud. Todavía muy joven abandonó Aragón para trasladarse a Toledo, tomando a los 18 años la resolución de ingresar en la Compañía de Jesús. Nunca nos dirá las razo-

nes que le impulsaron a ello, mas es probable que influyeran por mucho en su decisión el prestigio cultural y el carácter militante de la Orden de San Ignacio, pues Gracián será siempre un intelectual enamorado de la vida de acción.

Pocos años más tarde le vemos de nuevo en Aragón, donde transcurrirá la mayor parte de su vida. El carácter seco y adusto de su tierra natal se adecuaba extraordinariamente a su temperamento, y a ella aludirá repetidamente en su obra, tributándole los más encendidos elogios. Cursa estudios en Calatayud y Zaragoza, y de su estancia en esta última tenemos un dato curioso y significativo. El Rector del Colegio define su carácter diciendo que es « colericus, sanguineus ». La referencia es breve, pero suficiente para hacernos comprender muchas incidencias de su vida. Contaba a la sazón 24 años.

En 1631, habiendo recibido ya las sagradas órdenes, actúa como profesor en el Colegio de Huesca. Entonces debió conocer a Vincencio Juan de Lastanosa, que tanto había de influir en su vida. Era éste un noble aragonés, algo más joven que Gracián. Dedicado a las más diversas actividades culturales, había logrado reunir en su palacio, al que rodeaban los más espléndidos jardines, una magnífica colección arqueológica y una nutridísima biblioteca.

Gracias a la esplendidez y cortesía del erudito Mecenas, pudo formarse a su alrededor una selecta tertulia por la que desfilaron las más prestigiosas figuras de las letras aragonesas. Pronto debió de hallarse entre los contertulios el propio Gracián,

atraído por el interés que ofrecía la biblioteca, el museo y la amistad de tan eruditas personalidades; y en la paz de su retiro provinciano completaría su formación merced a reiteradas lecturas y gustosas charlas. Los libros y la culta conversación habían de convertirse desde entonces en sus aficiones predilectas.

Mas la influencia de su noble amigo no se limita a proporcionarle un ambiente adecuado para su vocación literaria, pues en 1637, dos años más tarde de haber profesado Gracián, se encarga de la publicación de *El Héroe*, obra con la que nuestro autor inicia su carrera artística. El libro, que aparece con el seudónimo de «Lorenzo Gracián», obtiene un resonante éxito, llegando a manos del mismo rey.

Ya en 1640 le envían a Madrid, del que guardará, como tantos otros ingenios españoles, un amargo recuerdo.

Tras una breve estancia en Zaragoza, para asistir en una enfermedad a su gran amigo el duque de Nocera, y después de dedicarle su segunda obra, *El Político D. Fernando el Católico*, vuelve a la Corte. Ignoramos qué incidentes desagradables motivarían la inquina que desde entonces sintió contra Madrid, pues lo cierto es que sus sermones lograron un éxito clamoroso. Por aquel entonces publica también su *Arte de Ingenio*, con el mismo seudónimo que *El Héroe*, aunque muchos sabían ya la personalidad que se ocultaba tras «Lorenzo Gracián».

En 1642 presencia en Zaragoza la entrada de Felipe IV, que había ido allí para animar perso-

nalmente a las tropas de Aragón en su lucha contra los franceses que ayudaban a la Cataluña sublevada. Un año más tarde desempeña el cargo de Rector en el Colegio de Tarragona, y en 1644 le vemos en Valencia, donde un incidente absurdo viene a perturbar su tranquilidad, siendo quizá una de las causas de los desgraciados acontecimientos que amargaron el final de su vida.

En 1646, año en que publica *El Discreto*, tuvo un día la malhadada ocurrencia de anunciar desde el púlpito la lectura de una carta recibida del infierno. Probablemente no se proponía con ello sino despertar la espectación de su auditorio, utilizando uno de los más pueriles recursos de la oratoria barroca ; pero sus superiores le obligaron a retirar cuanto había dicho. Sea por esto o por otros motivos desconocidos, el caso es que desde aquel momento los valencianos ocuparon un lugar preeminente en la lista de sus antipatías.

Estando todavía en Valencia fué solicitado para asistir como capellán castrense a las tropas enviadas contra los franceses que ocupaban Lérida. Gracián se pone a las órdenes del marqués de Leganés, y una noche de noviembre de 1646, contribuye a la victoria que su gran amigo Pablo Parada y otros generales consiguen sobre el conde de Harcourt. Él mismo nos cuenta en una interesante carta las incidencias de la batalla y su participación en el triunfo, animando a los soldados en plena línea de fuego. « Venían a porfía por mí los maeses de campo para que les diese ánimo a su gente y absolverlos ; y hubo cabo que dijo que importó tanto esto como si les hubieran aña-

dido 4000 hombres más ». « Toda la noche confesé marchando y cuando hacíamos alto ; en mi vida he trabajado más. » Y en otro lugar añade con orgullo : « Débese la victoria principalmente al valiente Pablo de Parada, y confieso a V. R. que yo tuve alguna parte, de modo que ahora todos los soldados y aun señores, cuando me ven me llaman el Padre de la Victoria. Dióme el Señor su espíritu aquel día para exhortarles y disponerlos y una voz de clarín ».

Gracián, para quien el heroísmo de acción ofrecía un fascinante atractivo, no olvidará este brillante episodio. Pero su verdadera vocación eran las tareas intelectuales y, en efecto, poco más tarde le vemos de nuevo entre sus libros de Huesca dando los últimos toques a las sagaces máximas de su *Oráculo Manual.* Al cabo de un año de la publicación de esta nueva obra, dará a la imprenta la segunda edición de la *Agudeza y Arte de ingenio,* intercalando, a petición de su amigo Lastanosa y a guisa de ejemplos, una serie de traducciones de Marcial debidas a la pluma del canónigo Salinas, al que tributa grandes elogios.

En 1651 aparece la primera parte de *El Criticón,* que Gracián firma con el seudónimo « García de Morales », anagrama de sus apellidos, quizá porque el de « Lorenzo Gracián » no encerraba ya ningún misterio. Al año siguiente le nombran lector de Sagrada Escritura en Zaragoza, y poco más tarde unos agrios comentarios suyos sobre una obra del canónigo Salinas dan al traste con la amistad que les unía.

Gracián había censurado con excesiva e inexplicable dureza una obra que éste había sometido a su juicio. Ante el tono violento de sus palabras, Salinas se le quejó cortésmente y hasta con humildad, pero la contestación fué ahora grosera. Al fin, dolido por este cambio de actitud, dirigió a Gracián una carta realmente curiosa si tenemos en cuenta los grandes elogios que nuestro autor hace de la amistad. Dícele entre otras cosas que es «amigo de cristal, mejor dijera de vidrio, pues siempre ha sido vuestra paternidad con sus amigos el licenciado Vidriera», incluso con Lastanosa, «el cual ha tenido tan mala correspondencia de vuestra paternidad a tantas liberalidades y finezas que le tiene hechas, que aun aquí me corriera de acordar los sucesos».

Ignoramos qué influjo pudo tener la enemistad que desde entonces sentiría Salinas por Gracián, en la desgracia de éste. Mas lo cierto es que el incidente coincide cronológicamente con la iniciación del período más dramático de su vida.

En efecto, en abril de 1652, probablemente a consecuencia de alguna denuncia, el Padre Provincial de Aragón recibe una carta del General de la Compañía, Goswin Nickel, concebida en estos términos: «Avísanme que el Padre Baltasar Gracián ha sacado a luz con nombre ajeno y sin licencia algunos libros poco graves y que desdicen mucho de su profesión, y que en lugar de darle la penitencia que por ello merecía, ha sido premiado encomendándole la cátedra de Escritura del Colegio de Zaragoza. V. R. examine con diligencia si esto es así y tratándolo antes con sus Consulto-

res, si se averigua es culpado, désele la penitencia que se juzgará sea proporcionada a su culpa».

La orden debió de surtir efecto, ya que al poco tiempo Gracián escribe a Lastanosa: «Me impiden que imprima y no me faltan envidiosos, pero yo todo lo llevo con paciencia y —añade desdeñosamente— no pierdo la gana de comer». No obstante, el Padre General manda a los pocos meses que se le destituya si se comprueba «que no satisface al oficio de Maestro de Escritura». Los informes del Padre Provincial debieron de ser favorables, puesto que la orden no se cumplió, cosa que tranquilizó a Gracián hasta el punto de desobedecer la prohibición de sus superiores, publicando en 1653 una nueva edición de *El Oráculo* y la segunda parte de *El Criticón*, esta vez con el antiguo seudónimo de «Lorenzo Gracián», de clara identificación desde hacía muchos años.

Su audacia no le acarreó por el momento ninguna sanción, aunque, quizá no sintiéndose muy seguro, dió a la imprenta su única obra de contenido estrictamente religioso: *El Comulgatorio*, que, al publicarse en 1655, alcanzó un extraordinario éxito.

Al cabo de dos años más, creyendo tal vez que sus faltas han sido olvidadas, ofrece al público la tercera parte de *El Criticón*, reincidiendo de nuevo en la desobediencia. El hecho tiene trágicas consecuencias, pues algún valenciano, herido por las molestas alusiones de Gracián, publica un libelo con el título de «Crítica de reflección» en el que se le ataca con gran dureza. Por otra parte, su acto de indisciplina encuentra ahora sanciones

inmediatas : reprensión pública, ayuno a pan y agua, destitución de la Cátedra y destierro a Graus. El General de la Compañía aprueba a principios de 1658 tales castigos y escribe al Padre Provincial de Aragón : « Conviene velar sobre él y mirarle a las manos, visitarle de cuando en cuando su aposento y no permitirle cosa cerrada en él, y si acaso se le hallase algún papel o escritura contra la Compañía o contra su gobierno, compuesta por dicho Padre Gracián, V. P. le encierre y téngale encerrado hasta que esté muy reconocido y reducido y no se le permita, mientras estuviere incluso, tener papel, pluma ni tinta... El valernos del medio de la inclusión, ya que otros no han sido de provecho, es medio necesario y justa defensa de nuestra Compañía, a la cual estamos obligados en coincidencia los Superiores della ».

La extrema severidad de las sanciones impuestas produjeron tal crisis en el ánimo del irritable Gracián, que al poco tiempo solicitó permiso del Padre General para ingresar en otra Orden religiosa. Pero los tiempos eran duros, los ataques contra la Compañía de Jesús se iban haciendo cada vez más violentos — era la época de las Provinciales de Pascal —, y el General, temiendo quizás las actividades de Gracián una vez libre del voto de obediencia, se negó a complacerle. Y poco más tarde, al comunicarle el Provincial de Aragón el éxito de sus sermones en Alagón, prohibió que se le volviese a ocupar en tales ministerios, por haber intentado abandonar la Compañía.

¿Continuó Gracián desempeñando después de esta orden los cargos de confianza que ocupaba

en Tarazona unos meses antes? ¿Consiguió recuperar el favor de sus superiores o sintió hasta el último momento el rigor de las sanciones que le fueron impuestas? Nada sabemos de ello. Y la ignorancia sobre tan importante extremo nos impide formular todo juicio sobre la situación que ocupaba el gran jesuíta aragonés dentro de la Orden al sorprenderle la muerte poco más tarde.

La historia sólo nos dice que entregó su espíritu en Tarazona el 6 de diciembre de 1658.

## Semblanza física y moral

Es una lástima que el único retrato que poseemos de Gracián fuese hecho varios años después de su muerte. Porque los rasgos físicos que ofrece del gran escritor no coinciden en absoluto con la descripción caricaturesca de la «Crítica de reflección». Lo más notable del lienzo es la expresión de bondad con que aparece. Véase, por el contrario, lo que nos dice el autor de la sátira valenciana: «Es un hombrecillo tan nonada que aun de ruin jamás se ve harto; tiene la cara de pocos amigos y a todos la tuerce; mal gesto y peor parecer; los ojos, aunque los trae con viriles, más asquerosos que los de un médico; y sea de cámara. Brazos de acribador que se queda con la basura; de puro flaco, consumido, aunque todo lo muerde; robado de color aunque le quita a todo lo bueno; su hablar es zumbir de moscón; nariz de sátiro, y aun más fisgona; espalda doble y aun insufrible, señal de entrañas gastadas; toma de ojo todo lo bueno y hinca el diente en todo lo malo; tiene

perversa vista y con no hallar cosa buena en sí, todo lo halla malo en los otros ».

¿A quién hemos de conceder mayor crédito? Suprimamos cuanto de exageración pueda haber en estas líneas, teniendo en cuenta que fueron inspiradas por el rencor, y obtendremos la imagen de un hombre de baja estatura, delgado y cargado de espaldas ; miope, pálido y provisto de una prominente nariz ; de gesto agrio y voz desagradable. Quizás nos equivoquemos, pero estos rasgos nos parecen estar más de acuerdo con lo que podemos intuir de su carácter, que la idealizada figura del retrato que se conserva en Aragón.

Mas si difícil es establecer con seguridad cuál fué su aspecto físico (1), el trazado de su perfil psicológico ofrece una complejidad mucho mayor. Y hay que usar de extraordinaria cautela si no se quiere pecar de injusto o de demasiado ingenuo.

Hombre de extraordinaria agudeza mental, Gracián es quizás el más inteligente de nuestros clásicos. Dotado de una sagacidad crítica y de un ingenio portentosos, sabe ver y mostrar como nadie todos los matices de la realidad cambiante ; su mirada es tan profundamente perspicaz que no se le escapan las constantes contradicciones que el mundo nos ofrece, y nadie le supera en capacidad para percibir la dualidad, a veces trágica, de la humana existencia. Pero sus facultades no le permiten ir más allá, ni quizás él mismo aspi-

(1) Hay que tener en cuenta que las líneas transcritas más arriba son plagio de las que nos describen a Momo en *El Criticón*. Pero no sería imposible que el mismo Gracián hubiera hecho allí su autocaricatura. (Véase nota pág. 226).

ra a otra cosa, pues en ningún momento le vemos abandonar su fría visión analítica para abarcar, en una síntesis definitiva, esas desconcertantes antítesis que la vida presenta a cada instante. Y es que, en el fondo, el mundo no es para él sino un curioso espectáculo y un campo adecuadísimo para ejercitar sus brillantes dotes intelectuales. Si queremos comprenderle habremos de ver en su facultad crítica lo más característico de su personalidad.

Analizar con sutil sagacidad los más diversos aspectos de la vida humana y de la Naturaleza, descomponer en mil y un cambiantes lo que para el hombre ingenuo ofrece una misma tonalidad, descubrir el lado grotesco de las cosas, poniendo maliciosamente de relieve las flaquezas humanas, he aquí lo que Gracián consigue hacer como nadie. No es un pensador profundo — ya veremos cómo sus ideas fluctúan entre los más diversos extremos —, pero su ingenio, su capacidad de observación y su estro satírico no tienen par en nuestra literatura. Tanto es así, que llegan a producir un terrible desequilibrio en su personalidad. En él todo lo absorbe la vida de la inteligencia, y nada queda para lo puramente emotivo. Su visión del mundo es de origen exclusivamente intelectual, y en ningún caso fruto de una reacción afectiva. De ahí el tono duro y la falta de calor humano de que adolecen todos sus juicios.

Éste ha sido precisamente el punto de partida para que algunos críticos, teniendo en cuenta el indudable egoísmo de su moral y su visión negativa de la vida, le hayan considerado como un ren-

coroso incapaz de una actitud digna o simplemente humana.

No. Gracián no fué un genial y perverso resentido, como tampoco hubo en su corazón los «muy tiernos afectos» que han creído ver algunos. Ni la ausencia de un elemento efusivo ni el tono despiadado que a veces ofrece su sátira nos autorizan a aplicarle el calificativo de «satánico», ni sus elogios de la amistad — en el fondo de los cuales siempre vemos un fin utilitario — son suficientes para que podamos hablar de él como de un «alma cálida y cordial».

Desde un punto de vista moral, no fué ni mejor ni peor de lo que suelen ser la mayoría de los hombres. Sus errores y flaquezas — entre las que se cuenta la desobediencia a sus superiores — no bastan para afirmar que fué «gravemente culpable». Y si sus juicios no pecan nunca de benévolos y son con frecuencia francamente negativos, preferimos atribuir el hecho, más que a afán de sabotaje o a amargura de rencoroso, al espíritu descontentadizo y receloso del autor.

Imaginamos a Gracián como un inteligente gruñón, siempre dispuesto a la ironía maliciosa y cáustica y al hiriente improperio. Incapaz no ya de ternura, sino de comprensión caritativa de las miserias humanas, se regocija interiormente flagelando con extremada dureza cuanto se ofrece a sus ojos. Y cuando su temperamento satírico no le impulsa a la crítica acerada y malévola, le vemos complacerse en la idea de haber descubierto su secreto a la vida, de haber hallado la clave de la conducta humana con sólo la luz de

su inteligencia. Es entonces cuando surge el moralista sagaz y astuto que trata de guiarnos a través de un mundo engañoso y falaz, no por espíritu altruísta, sino para deslumbrarnos con sus perspicaces y cautelosos consejos y deleitarse él mismo con el juego de ideas propio de un intelectual ávido de acción.

Y es entonces también cuando le vemos adoptar la orgullosa actitud del hombre que cree estar al cabo de la calle sin que nada lo justifique.

Porque Gracián, que tan bien supo ver las más recónditas tretas de la malicia humana, ignoró que el amor y la generosidad son los únicos que pueden conferir un alto sentido a la vida del hombre y elevar a éste por encima de las mezquindades y bajezas de la existencia cotidiana.

# EL MUNDO IDEOLÓGICO DE GRACIÁN

## Actitud intelectual

El siglo XVI es una época de plena seguridad vital, y el hombre del Renacimiento, seguro de sus propias fuerzas, vive jubilosamente respaldado por un concepto optimista del mundo. La Naturaleza es buena, las cosas son lo que parecen y la razón humana puede llegar al conocimiento de la verdad. La vida se concibe como una alegre fiesta, y la idea de la muerte, lejos de perturbar su goce, sólo tiene el valor de un acicate.

Pero esta euforia dura poco. Las guerras religiosas, la Contrarreforma y — en España — el comienzo de la decadencia nacional, hacen surgir un mundo nuevo dominado por un sentimiento de desilusión, de fracaso, de desconfianza. Gracián será uno de los más altos exponentes europeos de este momento, al que todos aplican ya el calificativo de barroco. Los críticos no se han puesto todavía de acuerdo sobre qué cosa sea la esencia del barroquismo considerado desde un punto de vista ideológico. Por ello, preferimos renunciar a exponer sus líneas generales para pasar directamente a señalar los puntos capitales del pensamiento del jesuíta aragonés.

La tarea no es fácil. Las ideas de nuestro autor ofrecen una tal complejidad que es punto menos que imposible reducirlas a un claro y coherente esquema. Por ello, los conceptos que vamos a exponer habrán de tomarse como un simple intento de sistematización.

Quizás haya que ver el rasgo fundamental de su ideología en la profunda vacilación del autor ante los problemas filosóficos que se plantea. Su pensamiento fluctúa constantemente entre los más apartados extremos, y apenas hay un solo tema que no se enfoque desde dos puntos de vista diametralmente opuestos. Tanto es así, que el lector atento queda desconcertado al observar cómo temas de tanta trascendencia como el Arte, la Fortuna, la Naturaleza, la Edad Dorada, y hasta determinadas actitudes morales, pueden ser enjuiciadas de forma contradictoria según los momentos. La causa de tan sorprendente fenómeno hay que hallarla en el concepto que Gracián tiene del mundo. Para él nada encierra un valor único. Todo cuanto se refiere a la existencia terrena es ambivalente. Y esta trágica dualidad no sólo alcanza al conjunto de las cosas concretas, sino al mundo de los valores morales. « Así verás cada día — dice un personaje alegórico de *El Criticón* — que de una misma cosa uno dice blanco y otro negro. Según concibe cada uno o según percibe, así le da el color que quiere conforme al afecto y no al efecto. No son las cosas más de como se toman ».

Esta última afirmación no puede ser más categórica. Todo depende, pues, del punto de vista

que se adopte (1). Mas como Gracián no aplica a todas las cosas una misma medida ni enfoca los problemas que la vida plantea partiendo de unos principios inalterables y constantes, sus apreciaciones ofrecen en la mayoría de los casos formas totalmente antagónicas (2). Y ello es así porque cualquier perspectiva ofrece para él una fascinante sugestión. Toda su vida le veremos contemplar el mundo desde las más variadas atalayas del pensamiento humano.

Teniendo, pues, en cuenta tal postura intelectual, no ha de extrañarnos que un mismo tema sea enjuiciado partiendo de la moral cristiana o de la moral estoica, de una concepción idealista de la vida o de una concepción práctica, de un principio tradicional o de una apreciación personal, de una visión renacentista del mundo o de un punto de vista barroco. (Claro está que Gracián, a pesar de esta fluctuación, « prefiere » determinadas actitudes, y ello es precisamente lo único que nos permite señalar aproximadamente la línea de contorno de su ideología.

He aquí unos ejemplos. Su opinión respecto del momento actual suele ser, en la mayor parte de los casos, desfavorable : «Lo antiguo... fué siempre lo mejor » ; « van degenerando los hombres » ; « no es siglo de hombres eminentes ». No obstante,

(1) ¿Hay sólo una vaga coincidencia entre esta especial modalidad del pensamiento gracianesco y la doctrina averroísta de la doble verdad, o puede establecerse una relación más o menos directa? Sin que afirmemos nada, nos limitamos a apuntar tan sugestivo tema.

(2) En Gracián « unas actitudes contrarían con otras, un supuesto contradice otro ». MONTESINOS.

en otras ocasiones nos dirá que el pasado en nada difiere del presente. «Lo que sucedió docientos años ha, eso mismo estamos viendo», pues el mundo «el mismo fué siempre que es»; y hasta en ciertos momentos hará blanco de sus ironías a los viejos porque «están todo el día diciendo mal del siglo presente que no sé cómo los sufre». La Naturaleza unas veces será «sabia» y «atenta» y otras «madrastra» del hombre e «imperfecta». «El jugar a juego descubierto ni es de utilidad ni de gusto», afirma en una ocasión, para decirnos en otro lugar que «es tahurería el no jugar a juego descubierto»...

Es indudable que tal dualidad de criterio débese al atractivo que ofrecía para Gracián el escarceo mental que supone el considerar las cosas desde diversos ángulos. Pero otros motivos vienen a sumarse a las causas que originan semejante actitud. En primer lugar, la falta de seguridad y de arrojo que manifiesta hasta en los mismos problemas ideológicos. (Rara vez se atreverá a mantener una posición de forma categórica y definitiva; su visión de las cosas suele ser siempre muy aguda, pero le falta «decisión» intelectual). En segundo término, el hecho de que para él la realidad se esconda siempre bajo una falsa apariencia: las cosas se nos ofrecen distintas según las consideremos, pero nunca son lo que parecen, y su auténtica realidad se halla siempre oculta a la visión ingenua: «Nada es lo que parece». Tan convencido se muestra de esto último, que su advertencia respecto de la falsedad del mundo se convierte en uno de los tópicos más insistentemente repetidos a lo

largo de toda su producción, constituyendo como el leit-motiv predominante dentro de su ideología. Pero en ocasiones va todavía más allá, llegando a negar — de acuerdo con el sentir general de su época — toda autenticidad al mundo presente. Entonces es cuando afirma que « todo pasa en imagen y aun en imaginación en esta vida », o bien que « todo pasa en representación », es decir, que la vida no tiene otro valor que el de una farsa teatral. Como Calderón, como Quevedo, Gracián no concede a las cosas terrenas una realidad más alta que la que nos ofrece una comedia, una pura sombra, un simple sueño, y hasta uno de los protagonistas de *El Criticón* llega a plantearse la duda respecto de su propia existencia : « ¿Qué es esto?, decía, ¿soy o no soy? Pero, pues vivo y advierto, ser tengo ».

En este momento nos sorprende con una indudable alusión a la filosofía cartesiana ; pero las diferencias entre el pensador francés y el moralista español son bien manifiestas, pues si para aquél el « cogito, ergo sum » constituye la base de todo su andamiaje filosófico, Gracián abandona este punto de partida y permanece siempre encerrado en una cautelosa actitud escéptica. Más adelante veremos qué remedios propone contra el perpetuo engaño de las cosas. Limitémonos ahora a señalar que, si bien no niega la posibilidad del conocimiento de la verdad, insiste constantemente en que nunca podrá llegarse a ella juzgando a base de las impresiones que nos producen las apariencias concretas, eternamente equívocas y desorientadoras por su misma ambigüedad.

## Visión del mundo y de la época

Gracián contempla el mundo con esta actitud recelosa y el resultado es francamente desolador, ya que aquél se le aparece como fundamentalmente malo ; por ello, a la apariencia engañosa de las cosas tendrá que añadir ahora su esencial ruindad. Ha conseguido arrancarles la careta, pero detrás de ella ha encontrado un rostro abominable.

Todo cuanto dijéramos respecto de su atroz concepción de la vida sería poco. Apenas hay nada que escape a su acerada crítica : la indignación o, más frecuentemente, la ironía, le hacen ver siempre el lado reprobable de las cosas. Sabe que son buenas o malas según el color del cristal a través del cual se contemplan. No obstante, escogerá sistemáticamente para sus lentes los tonos más sombríos, ofreciéndonos luego la más tétrica visión del mundo.

Su concepto del hombre es esencialmente negativo. El rey de la creación supera en maldad a todos los demás seres. « No hay loco, no hay león, no hay tigre, no hay basilisco que llegue al hombre : a todos excede en fiereza ». Las páginas de *El Criticón* encierran una interminable galería de vengativos, glotones, avariciosos, lascivos, maldicientes, perezosos y charlatanes; pero su sátira se ejerce predominantemente sobre la tontería universal. Adivinamos con facilidad que los necios debían de sacarle de quicio. « Yo más quisiera — dice por boca de uno de sus personajes — haberlas con bellacos que con tontos », porque « hasta

la misma locura tiene cura..., pero la necedad no la tiene ni ha habido jamás hombre que curase de tonto ». Y lo terrible es que « son tontos todos los que lo parecen y la mitad de los que no lo parecen » y que los que no caen en la tontería es para dar en la locura, « que de loco o simple es raro es el que escapa ».

A tanto llega la ruindad y majadería humana que ella ha bastado para destruir la armonía del mundo. Son « los mismos hombres » los « que no han dejado cosa en su lugar, todo lo han revuelto de alto a bajo con el desconcierto que hoy le vemos y lamentamos ».

Mas si esto es el hombre, ¿qué será la mujer? « Más vale la maldad del varón que el bien de la mujer, dijo quien más bien dijo, porque menos mal te hará un hombre que te persiga que una mujer que te siga ». Gracián, con esta y otras frases, se habrá de acreditar como uno de los más feroces misóginos de nuestra literatura.

Hombres y mujeres ven transcurrir su vida engañados y engañándose. Si hasta los animales tienen « exquisitas habilidades... para engañar y... para escapar del peligroso engaño », ¿qué será la vida humana? « Los niños mienten, los viejos engañan, los parientes faltan y los amigos falsean ». Ya no sólo son las cosas las que se nos ocultan tras una engañosa apariencia, pues los hombres contribuyen a esta farsa universal con sus arterías y dobleces y su deseo de aparentar lo que no son. Cada cual ocupa el lugar que menos le corresponde, y el resultado es « un mundo que no tiene pies ni cabeza » y en el que « todo anda

al revés y todo trocado de alto a bajo ». (Nuestro autor ha insistido repetidas veces en el aspecto « grotesco » de la sociedad humana). Dadas estas circunstancias, forzosamente tenía que interpretar la vida como una perpetua lucha contra hombres y cosas y, en efecto, para él — de acuerdo con el sentir de su siglo — « todo es arma y todo es guerra. De suerte que la vida del hombre no es otra que una milicia sobre la haz de la tierra », pues aunque la « gran máquina del mundo » ofrezca una maravillosa armonía, en el fondo « este universo se compone de contrarios y se concierta de desconciertos », no habiendo « cosa que no tenga su contrario con quien pelee ».

Pero no hay que achacarlo todo a la maldad humana, pues aunque ésta no se diera, las condiciones de la existencia del hombre serían igualmente terribles. « Todo cuanto hay se burla del miserable hombre : el mundo le engaña, la vida le miente, la fortuna le burla, la salud le falta, la edad se pasa, el mal le da priesa ; el bien se le ausenta, los años huyen, los contentos no llegan, el tiempo vuela, la vida se acaba, la muerte le coge, la sepultura le traga, la tierra le cubre, la pudrición le deshace, el olvido le aniquila, y el que ayer fué hombre hoy es polvo y mañana nada ». Gracián no se cansa de repetirlo : « conozcamos todos y entendamos que somos unos sacos de hediondez : cuando niños, mocos ; cuando viejos, flemas ; y cuando hombres, apostemas ». He aquí, por qué, cuando se trate de la felicidad humana, afirmará rotundamente que es inútil buscarla en este mundo.

Tanto abusa de los tonos sombríos en sus apreciaciones, que a menudo creemos percibir en ellas un eco de las amargas palabras del Eclesiastés: pero su temperamento crítico le lleva también a ver cosas que pasarán inadvertidas a muchos de sus contemporáneos. Tal ocurre con el fenómeno de la decadencia del Imperio, que él señala agudamente, pues sus arremetidas contra el presente — tópico de todos los tiempos — no siempre tienen el valor de un lugar común. Los juicios que formula sobre la España de su época son tan concretos que no dejan lugar a dudas. Gracián sintió como nadie el fracaso de su patria y supo discriminar con exactitud las causas que lo aceleraron. La indiferencia general por los problemas nacionales, el espíritu improgresivo de los españoles y las inútiles guerras en el extranjero fueron más de una vez objeto de sus sátiras y contribuyeron notablemente a dar un tono amargo a su visión del mundo y de la época. Piense el lector qué áspera ironía encierran las siguientes frases escritas a un amigo: «No hay otra nueva de consuelo en España sino el estar preñada la Reina y pasar adelante con ello. No cesan las comedias y fiestas, y cuando se volvían los reyes a palacio por los excesivos calores, dijo la reina: — Ya volvemos al calabozo».

Todo cuanto llevamos señalado ha dado lugar a que algunos críticos hayan visto en él a uno de los más altos representantes del pesimismo universal. Mas ello sólo es verdad hasta cierto punto. Porque si el pesimismo es una actitud que conduce a la negación absoluta de los valores vitales, Gra-

cián no es un pesimista. Sus consideraciones, por amargas y lúgubres que sean, nunca engendran en nosotros ni un desdén hacia la vida ni un deseo de abandonar la lucha que ella lleva consigo. Y sus más secos juicios podrán endurecer nuestro ánimo, pero no hacernos derivar por los caminos de la melancolía negativa o enervadora. Precisamente uno de los rasgos que mejor le caracterizan es su absoluta incapacidad para experimentar todo sentimiento de tristeza. Su vida sentimental está exenta de esa melancolía pesimista que puede observarse en otros autores barrocos. Gracián no tiene lágrimas : increpa duramente o ríe con malicia, y la cólera o la risa impiden que su ánimo se ablande. La resignación no se halla nunca en su programa de vida, y su obra es la negación más rotunda de todo quietismo, puesto que nos habilita para la lucha de la existencia cotidiana.

Además, no sabemos hasta qué punto habría que tomar al pie de la letra sus más corrosivas frases. Hemos hablado de su cólera, pero en el fondo ignoramos si era precisamente la indignación lo que le movía a prorrumpir en agrios dicterios. Es posible que en muchos casos todo fuese originado por un malicioso afán de hallar el punto flaco de las cosas y de los hombres. Vossler, que ha sabido interpretar como nadie el alma de Gracián, cree que su chispeante estilo es « suficiente aviso para no tomar la negación del mundo más en serio de lo que este espíritu elegante, pícaro y juguetón, dispuesto en su virilidad a todo género de argucias, lo pretendió realmente ». Únicamente

haciendo estas salvedades será posible hablar de su pesimismo sin incurrir en un error que dificulte la comprensión de su obra.

## Idearío moral

Si el concepto negativo de la vida que Gracián nos ofrece es en gran parte resultado de la adopción sistemática de un tópico de la literatura moral, muy adecuado a su temperamento irónico y malicioso, la línea de conducta que señala en sus tratados es, en cambio, producto espontáneo de su más íntimo sentir. Sus concepciones morales se hallan exentas de toda ironía, y es en ellas donde hemos de buscar lo más original de su pensamiento.

La moral y la belleza literaria — consideradas ambas desde un punto de vista estrictamente intelectual — habían de ser sus dos preocupaciones máximas, siguiendo esa tendencia a unir la ética y la estética tan característica de nuestra literatura. Mas, ¿qué fué lo que le indujo a dar a su obra un sentido preferentemente didáctico?

Tan pobre se nos ofrece de espíritu generoso y de altruísmo, que nos fuerza a creer que no fué un ideal filantrópico lo que le movió a orientar a una sociedad corrompida y en pleno fracaso, sino un propósito en el que entraba por mucho la vanidad literaria. Pudo, ciertamente, escoger otro tema para su labor, pero sus agudas dotes de psicólogo y la fascinadora sugestión que sobre él ejercía la vida de acción, le impulsaron a analizar los secretos móviles de la conducta humana para

dar con la clave del éxito. La relación del hombre con sus semejantes era asunto adecuadísimo para sus ingeniosas lucubraciones y sobre él dirigió su fría y penetrante mirada. ¿Caritativo impulso? ¿Amoroso deseo de ayudar al prójimo con sus meditados avisos? No. Simplemente avidez de renombre literario y complacencia en rastrear los más ocultos resortes de las acciones humanas para tomar parte, siquiera con la inteligencia y la imaginación, en las enconadas lides de la vida social. Si el lector se escandaliza ante tan duras afirmaciones, vea las palabras de Vossler sobre el particular, aunque difieran algo de las nuestras. Para Gracián « los abusos de su pueblo y sociedad contemporánea son, más bien que un objeto y asunto de reforma, una muy bien venida ocasión de esparcir sales, conceptos y parábolas » (1). Sea de ello lo que fuere, la imagen de un Gracián guiado exclusivamente por un bondadoso afán moralizador nos parece hallarse muy lejos de la realidad.

Examinemos ahora someramente los rasgos culminantes de su ideario moral. Todo él deriva de su concepto de la vida como lucha. Si « la vida del hombre nò es otra que una milicia sobre la haz de la tierra », quien no quiera verse vencido habrá de abandonar toda pasividad suicida y actuar sin descanso. La moral de Gracián es una moral de combate. Si es cierto que, como se ha dicho, el hombre barroco está persuadido de la inanidad de todo esfuerzo, nuestro aragonés difiere en esto notablemente de sus contemporáneos. Todo es-

(1) *Introducción a la Literatura española del siglo de Oro.*

fuerzo bien orientado conduce, según él, al triunfo. Pero es necesario actuar con valor, pues «sin él nada vale, todo es sin fruto». Gracián «nunca se rinde a la resignación y al quietismo. No quiere tolerar ni sufrir el turbio destino» (1). Cree que nada escapa al poder de la voluntad —«todo está en que ella quiera»—, lo que confiere un acentuado matiz español a su dinámico concepto de la vida. En todo momento afirmará la libertad del hombre y «la nobleza de su albedrío», y aunque a menudo ponga de manifiesto la influencia de la Fortuna, nos advertirá constantemente que la voluntad, el esfuerzo, «el buen ánimo» y la prudencia pueden vencerla o, al menos, contrarrestarla. No hay que «acobardarse con la Fortuna, sino mostrarla dientes, que sólo se burla con los sufridos».

Toda su obra está orientada por una imperiosa voluntad de acción típicamente ignaciana. Es necesario vivir en tensión y luchar sin tregua, porque «no es verdadera quietud la que no se consigue con el movimiento necesario». Gracián, para quien no sentirse acuciado por un deseo equivale a la infelicidad, tiende a la formación de espíritus fuertes y avisados mediante un tipo de moral práctica que desarrolle intensamente la voluntad y el dominio de sí mismo.

Cierto que sin valor nada se consigue, pero aun el mismo valor de nada sirve si no va guiado por la inteligencia. Y al afirmar el predominio absoluto de los valores intelectuales, nuestro autor,

(1) FARINELLI.

se sitúa de lleno dentro de las tendencias del momento barroco. El siglo XVII seguirá recomendando la unión de las armas y las letras, de la acción y la reflexión, pero será el pensamiento el que habrá de preparar el camino a la acción, y todo esfuerzo tendrá que ser regulado por una previa meditación prudente (1). « Toda la vida ha de ser pensar para acertar el rumbo ». Actuar, pero inteligentemente y descartando todo impulso irreflexivo; he aquí la norma que Gracián no se cansará de inculcar a sus lectores.

Siente el atractivo de la lucha, pero su aguda conciencia del peligro le hace abandonar toda acción rectilínea y prefiere sortear hábilmente los obstáculos, porque para él la vida equivale a una perpetua encrucijada que exige una cautelosa decisión y una precaución sin límites.

Gracián ve en la prudencia la mayor garantía del éxito. Quien conservando el dominio de sí mismo logre encararse serenamente con el peligro, tendrá las máximas probabilidades de salir airoso. Todo dependerá de no perder los estribos, manteniendo el ánimo imperturbable. « Gran asunto de la cordura, nunca desbaratarse ». La ira y las pasiones impiden la decisión serena; por eso será necesario « a gran cólera, gran sosiego; y a una furia, una espera ».

Mas la lucha que tiene que entablar el hombre es de tal naturaleza, que a la prudencia será necesario añadir una actitud de desconfianza. Sólo una posición de mantenido recelo nos impedirá ser

(1) Díaz-Plaja, *El espíritu del Barroco*.

víctimas de las asechanzas del prójimo. Hay que vivir, pues, alerta, porque el engaño es la ley fundamental de la existencia humana. He aquí una de las normas capitales de toda la moral gracianesca. « Procura ir con cautela en el ver, en el oír, y mucho más en el hablar. Oye a muchos y de ninguno te fíes ». « Maldito el hombre que confía en otro y sea quien fuere ». Necesario es penetrar hasta el fondo de las intenciones ajenas poniendo al descubierto su malicia. Las cosas y los hombres nos ofrecen una apariencia falaz, y aquel que no posea la sagacidad suficiente será víctima de sus dobleces. « Hallarle su torcedor a cada cual » y disimular los propios defectos e intenciones constituyen dos condiciones ineludibles para el éxito. Puesto que todo son « tropelías y tramoyas », toda astucia, toda malicia, todo disimulo serán pocos. El hombre es malo y hay que vivir en acecho.

No deja de ser chocante que quien tal concepto tenía de la convivencia humana, haya sido uno de los moralistas que han tributado más cálidos elogios al sentimiento amistoso. Mas si atendemos a su velada intención, veremos que todas sus frases sobre la amistad encierran un odioso sentido utilitario.

« No hay desierto como vivir sin amigos », dirá, para añadir más tarde que « no sólo se ha de procurar en ellos conseguir el gusto, sino la utilidad », y que hay que « confiar de los amigos hoy como enemigos mañana y los peores ».

Y es que Gracián parece ignorar la existencia de sentimientos de sincera benevolencia ; las emociones efusivas se le antojan astutos ardides fruto

de una intención maligna, y en ningún momento le vemos ceder a un impulso generoso. Siempre en tensión por la perpetua zozobra de un recelo, se repliega en sí mismo y deja que un seco egoísmo inspire sus palabras, anulando todo sentimiento cordial. Odia la soledad, mas su anhelo de compañía no obedece a ninguna necesidad emotiva : los amigos no son para él más que instrumentos que le ayudarán a la consecución de sus fines particulares, un público dócil a su magisterio o simplemente un auditorio benévolo ante quien exhibir los frutos de su poderoso ingenio. Y, sin embargo, está solo porque ningún vínculo de amor le une a los que le rodean. Está solo y lo sabe, pero su frío temperamento orgulloso le lleva a desdeñar a sus semejantes aunque ello no le impida utilizarlos cuando sus conveniencias lo exijan. Cree ver un peligro en la bondad y exclama : « Sola la dulzura es para niños y necios ; gran mal es perderse de puro bueno » ; ve en la actitud altruísta un error, porque « no fuera uno dichoso si no fueran otros muchos desdichados », y acaba calificando al Quijote — obra cumbre del idealismo generoso — como « una necedad mayúscula ».

Cuanto acabamos de decir podría dar lugar a que el lector concibiese injustificadamente una imagen aborrecible de la figura del jesuíta aragonés. Por ello nos urge declarar que quizás no fué tan perverso como inducen a creer muchos de sus juicios. Un sereno y desapasionado estudio de su sobras nos lleva a la convicción de que Gracián no tuvo conciencia del monstruoso egoísmo de sus doctrinas ni fué un cínico que elevase desvergon-

zadamente el olvido de la caridad humana a norma suprema de conducta. Tal vez creyó que la única moral adecuada al momento histórico era aquella que tendiese a asegurar la independencia del individuo poniéndole en guardia contra las asechanzas de una sociedad relajada. Los tiempos eran realmente difíciles, el edificio social se acuarteaba y se hacía necesaria una formación fría e inteligente que, fortaleciendo la voluntad y recomendando cautela, salvase a los españoles del caos moral y de la hecatombe política que él veía mejor que nadie. Si se excedió en su intento prestando a sus máximas un tono demasiado duro e incompatible con nuestra moral, habrá que achacarlo en parte al espíritu de su época, tan propicia a la exageración hiperbólica, y a la ausencia de toda mesura, por más que él mismo, siempre paradójico, recomendase una prudente ponderación con machacona insistencia.

« Gran cosa aquella de no depender de voluntad ajena y más de un necio ». Vida independiente en una sociedad de estúpidos y malvados : he aquí la finalidad que trataban de procurar sus avisados consejos. No acertó a señalar unos medios más humanos, pero las anteriores consideraciones quizá contribuyan a disipar el gesto de repulsión que a veces nos inspiran.

Por cuanto llevamos dicho, nos resistimos también a ver en una actitud de rencor la causa del fondo atrozmente acre de su moral práctica. Sus frases son, en la mayoría de los casos, de una extremada dureza, pero nunca observamos en ellas ese poso amargo que suele ser fruto inequívoco del

odio reprimido. Y, en efecto, si el pícaro —máxima encarnación literaria del tipo del rencoroso — cede ante las circunstancias adversas, dejándose arrastrar por ellas, y se venga cobardemente de una sociedad que le zarandea sin piedad, negando los más altos valores, Gracián adopta siempre una actitud diametralmente opuesta, luchando sin tregua contra un mundo hostil con el fin de alcanzar algo que para el pícaro no significa nada : la Fama, la Inmortalidad. Mal puede llamarse resentido a quien como él experimenta un secreto entusiasmo por la lucha que supone la vida humana y cifra toda su ambición en perdurar en la memoria de las gentes. El signo externo del rencor es la posición negativa, y en la obra de Gracián no todo tiene este carácter.

Su jubilosa exaltación de la inteligencia, del valor, de la voluntad y de la fama le alejan considerablemente de la odiosa caterva de pícaros, cuyo canallesco resentimiento inficiona nuestra novelística barroca. Quien quiera comprenderle habrá de tener siempre en cuenta ese aspecto altamente optimista, vital y afirmativo de su producción.

El autor del *Oráculo Manual* era un espíritu aristocrático incapaz de aceptar en todos sus puntos la moral de harapientos que el pícaro defendía. Es cierto que, como éste, desconfía sistemáticamente de la bondad del prójimo y observa en todo momento una actitud de vigilante recelo ; pero el mundo de los valores ideales tiene para él una existencia tan auténtica como las mezquindades humanas.

Mas, ¿cuáles son esos valores que constituyen la meta de su personalísima moral? La respuesta podrá parecer atrevida y paradójica tratándose de un jesuíta, pero, si queremos ser sinceros, habremos de declarar que nada tienen que ver con aquellos que integran el núcleo fundamental de la moral cristiana. En toda su producción — si exceptuamos el *Comulgatorio*, del que hablaremos más adelante — se elude sistemáticamente toda referencia a actitudes que puedan ser originadas por un impulso de amor, de humildad o de generosa entrega, si no es para señalar los peligros que puedan encerrar : « Gran mal es perderse de puro bueno ». La abnegación y el sacrificio se le antojan un dislate, y la expresión de su sentir a este respecto alcanza en ocasiones una extremada dureza : « Sola la dulzura es para niños y necios ».

Sin embargo, la virtud es definida repetidas veces como el bien supremo a que puede aspirar el hombre en esta vida. Y el lector se pregunta cómo es posible conciliar el más seco egoísmo con una vida sinceramente virtuosa. Algunos críticos han intentado resolver esta dificultad achacando a disimulo todas aquellas frases en que recomienda la práctica de la virtud. Según ellos, el escritor aragonés habría paliado lo atrevido de sus normas de vida práctica, intercalando máximas concebidas según la moral tradicional.

Tal solución es ciertamente cómoda, pero, a nuestro entender, equivocada. Para nosotros la dificultad aludida no existe. No cabe el disimulo, porque Gracián está en este caso íntimamente de acuerdo con cuanto expresa. Y no hallaremos

contradicción alguna entre sus consejos fríamente utilitarios y sus elogios de la virtud, si tenemos en cuenta que la que él postula está mucho más cerca de la defendida por la moral pagana que por la cristiana, y que debe mucho más a Séneca que a Cristo. En alguna rara ocasión vemos asomar un Gracián que se expresa según la moral tradicional evangélica, pero en la mayoría de los casos sus palabras tienen un matiz acentuadamente estoico o epicúreo (1). La imagen del « sabio » — según el concepto del paganismo clásico — está siempre presente ante sus ojos, y ello confiere un peculiar matiz a su moral.

He aquí por qué tiende a identificar los conceptos de « virtud » y « sabiduría », ofreciéndonos al mismo tiempo el ideal de la « aurea mediocritas » y de la vida moderada como paradigma supremo de perfección humana. El sabio — o lo que es lo mismo, el justo — no ignora que la razón aconseja huir de todo extremo, y que « el saber vivir consiste en topar el medio », « porque siempre dañó más lo más que lo menos » ; desprecia las riquezas « porque el que se contenta con una medianía, tranquilo vive » y cifra su mayor empeño en llegar a ser un « hombre inapasionable » porque « no hay mayor señorío que el de sí mismo ».

Prudencia, moderación, impasibilidad, son, por sí solas, virtudes de claro abolengo estoico ; pero Gracián es un hombre de su siglo ; y lo prueba la presencia en sus obras de uno de los temas capitales de la moral de la época barroca : la idea

(1) Azorín ha hablado de su « ética de epicúreo intelectual », calificándola de « inadmisible ».

del desengaño. Como Calderón y tantos otros, cree que la inteligencia, la razón y la « moral filosofía » conducen siempre a la virtud porque son ellas las que nos advierten la inanidad de todo lo terreno, desengañándonos de los falsos bienes que la vida nos ofrece. Cierto es que « quien añade sabiduría añade tristeza », pero es ésta la mejor guía del hombre, porque la razón es « madre del desengaño », y « en amaneciendo la luz del desengaño, anocheció todo artificio ». Mas no se olvide que la desilusión es, para nuestro autor, fuente de nuevas energías y un acicate para la lucha defensiva ; lo que establece una cierta diferencia entre su actitud y la de los estoicos, más inclinados hacia una posición de pasividad.

Consignemos, por último, una influencia renacentista que como tal tiene también un remoto origen clásico. Nos referimos a la idea de la fama, tan importante en la ideología gracianesca (1). El autor de *El Héroe*, aunque plenamente identificado con las corrientes de su siglo, es uno de los escritores barrocos en quien el lastre de las concepciones renacentistas opera con mayor fuerza. Podría afirmarse que toda su moral tiene como meta definitiva la idea de la inmortalidad, no en el sentido cristiano, sino según la concepción clásico-pagana. La fama es el supremo galardón, la má-

(1) El siglo XVII ha manifestado por boca de Quevedo, de Saavedra Fajardo, Mateo Alemán y otros muchos, un solemne desprecio por la fama. « ¿Qué sabes o quién sabe del mayordomo del rey Don Pelayo, ni del camarero del conde Fernán González? Honra tuvieron y la sustentaron y dellos ni della se tiene ya memoria alguna. Pues así serás mañana olvidado », dice Guzmán de Alfarache.

xima recompensa que se concede al varón justo. « Sé eminente en la virtud, sé heroico y serás eterno, vive a la fama y serás inmortal », se dice en *El Criticón*. El aspirar a ella es un deber, « porque cuanto más hombre [es uno] debe anhelar más a la honra y a la fama », ya que, gracias a ella, « lo que para otros es muerte, para los insignes hombres es vida ».

Repitámoslo : a pesar de sus advertencias en pro de una existencia moderada, tranquila y apacible, la moral de Gracián es una moral de combate. Vencer al mundo descubriendo el secreto que se oculta tras las falaces apariencias, vencer al tiempo alcanzando una fama inmortal : he aquí el logro supremo de sus aspiraciones.

No crea el lector por cuanto llevamos dicho que la producción del Padre Baltasar sea únicamente un mosaico de ideas prestadas ; pues si bien es cierto que fué un lector infatigable y aprovechó en gran escala conocimientos que los libros le proporcionaban, el conjunto de su obra lleva en todo momento la impronta de su fuerte personalidad, aunque los diversos elementos utilizados estén dispuestos, más que por un procedimiento de fusión armónica, por un mero sistema de yuxtaposición. Por otra parte, no hay que olvidar que junto a los conceptos que extrajo del pensamiento estoico — los más abundantes dentro del edificio de su moral — y los que le prestó la ideología renacentista y barroca, se hallan esas originales y poco cristianas normas de vida práctica, cuya dureza trató quizás de justificar con el manoseado tópico de la maldad del hombre.

Siempre paradójico, Gracián se nos ofrece como uno de los escritores en quien la cultura anterior ha dejado un sedimento más considerable, y al mismo tiempo como uno de los ingenios más originales de la literatura universal.

### Actitud religiosa

Vistos hasta aquí los puntos capitales de su personalísima moral, réstanos, tan sólo, examinar su posición frente al ideario religioso de la época.

La escasa relación existente entre las máximas del autor de *El Criticón* y el espíritu cristiano—de la que él tal vez no tuvo una clara conciencia—ha dado lugar a que se haya llegado a poner en duda su íntima adhesión al dogma católico. Ciertamente, no deja de ser curioso que en sus obras —con excepción del *Comulgatorio* — no haya la menor alusión a las verdades religiosas, que como sacerdote tenía que propagar y defender ; a Cristo no se le nombra nunca, y sólo en algún momento se habla del « cielo » o de « Dios » sin mayor determinación. Y es sorprendente que cuando los dos protagonistas de *El Criticón* abandonan el mundo, lo hagan para entrar, no en el Cielo cristiano, sino en la Isla de la Inmortalidad, donde moran los hombres ilustres de todos los tiempos. No obstante, éstas y otras razones del mismo peso no nos parecen suficientes para poner en tela de juicio la firmeza de sus ideas religiosas, porque ha de tenerse en cuenta que Gracián sólo se propuso crear una obra de literatura profana, dejando para el *Comulgatorio*, o para los sermones, que tanto

éxito alcanzaron, la expresión de su sentir en el terreno de lo sobrenatural; así como en esta última eludió toda referencia a su concepción del mundo terreno, en las restantes obras limitóse a exponer su visión de la sociedad humana, evitando la interferencia de cualquier verdad de orden religioso. Quizás obrase así al no interesarle como escritor más que los temas didácticosatíricos, en el terreno de los cuales podía dedicarse impunemente al jugueteo intelectual y artístico que tanto le atraía; los asuntos dogmáticos no constituían materia adecuada para tal escarceo ni permitían la adopción de puntos de vista personales, y por ello nunca se le ocurrió tratarlos, hasta que quizás las circunstancias le obligaron (1). Pero de todo esto no creemos que haya que deducir un supuesto escepticismo de Gracián en materia de fe.

Karl Vossler ha dicho (2) que el jesuíta aragonés rehuyó el exponer las consecuencias que hubiera podido deducir de alguna de sus ideas poco en consonancia con la doctrina cristiana. Para nosotros, no sólo rehuyó el exponerlas, sino que nunca llegó a formulárselas, bien por lo firme de su fe, bien por falta de valor para ello. Pero esto pertenece ya al problemático terreno de la interpretación psicológica. No obstante, nuestro modo de ver es que Gracián, tan falto de arrojo y de decisión intelectual por su suspicaz escepticismo, no se hubiera atrevido nunca a afrontar con todas sus

(1) Nos referimos a la publicación del *Comulgatorio*, en 1655, cuando nuestro autor debía de temer algún castigo por haber publicado sin licencia las dos primeras partes de *El Criticón*.

(2) Ob. cit.

consecuencias el planteamiento de una cuestión de fe. Le hubiera faltado valentía para ello, caso de interesarle.

Sea lo que fuere, no teniendo suficientes elementos de juicio para dilucidar tan espinoso extremo, creemos que lo más sensato sería aceptar la realidad histórica del momento en que vivió y considerarle, si no como un « ferviente » católico, por lo menos como un religioso español que admitió sin discutirlas las ideas de su época y de su Orden.

No quisiéramos terminar esta parte de nuestro estudio sin aludir siquiera brevemente a las ideas del Padre Baltasar sobre la relación entre la realidad cuotidiana y el más allá, entre Dios y el hombre, ya que ofrecen algún matiz digno de comentario.

Para él existen tres mundos unidos por una perfecta subordinación jerárquica: el mundo « natural », cuyo señor es el hombre; el « humano », sometido a Dios, y el « divino », que rige los otros dos; desde los cuales nos podemos elevar al supremo «pasando de las criaturas al Creador», porque el Universo es « espejo grande de Dios ».

Aunque Gracián expuso repetidas veces esta idea, nunca supo imaginar como un todo coherente el mundo de las realidades concretas y el de las realidades transcendentes, ni establecer las relaciones que los unen, limitándose a señalar « teóricamente » la indicada subordinación. Cómo conciliar la existencia terrena — tan ambigua y llena de apariencias engañosas y tan atrozmente sometida a una perpetua y feroz contienda — y el reino de las verdades religiosas — regido por la Suma

Bondad y el amor y en el que nada se ofrece como equívoco y falaz — fué un problema que no llegó a resolver y que quizás no se planteó nunca.

El mundo debía de parecerle distinto según le considerase desde el púlpito o desde su mesa de escritor ; pero ello no le inquietaría mucho, porque, como alguien ha dicho, no era « una cabeza filosófica ». Y hasta es posible — así lo suponíamos al principio — que su mayor placer consistiese en enfocar los problemas desde los más diversos ángulos. Todo su anhelo tendió a alcanzar ese « saber culto orientado al devenir y pleno desenvolvimiento de la persona que sabe », prescindiendo del « saber de salvación, cuyo fin es la divinidad » (1). Pero aun en este aspecto no llegó a comprender lo que es la vida del hombre en toda su rica complejidad, pues « si el ente que sabe no tiene la tendencia a salir fuera de sí mismo para participar en otro ente, no hay en absoluto ningún saber posible. Yo no veo más nombre para denominar esa tendencia, sino el de amor » (2). Y amor es precisamente lo que faltaba a quien decía que « aun el corazón ha de tener sesos ».

Mas si Gracián adoleció de esa falta de capacidad emotiva y cordial que nos sorprende en la mayoría de las figuras del momento barroco, nadie podrá negarle el primer puesto entre nuestros moralistas, por la originalidad de sus sagaces normas, por la potencia vigorosa de su estro satírico y por su agudo — aunque unilateral — conocimiento del mundo y del hombre.

(1) Max Scheller, *El saber y la cultura.*
(2) Ibídem.

# LAS IDEAS ESTÉTICAS Y EL ESTILO

## Su concepto del arte literario

El arte del Renacimiento, que, siguiendo a los clásicos grecolatinos, había elevado a la categoría de supremas normas estéticas las notas de sencillez, naturalidad y serena armonía, fué desplazado, al llegar el siglo XVII, por un nuevo estilo — el barroco — que iba a ser, en casi todos sus aspectos, una absoluta reacción contra el que le había precedido.

Las causas que originan este nuevo movimiento artístico y cultural son extraordinariamente complejas, pero entre ellas sobresalen las circunstancias políticas y religiosas a que aludimos en los capítulos anteriores y el natural agotamiento de los temas y las formas que habían prevalecido durante el siglo renacentista.

Siendo así que el barroco responde en parte a la necesidad de atraer la atención gastada por determinados recursos estilísticos, no ha de extrañarnos que el primer móvil del artista de la época sea conseguir, por los medios a su alcance, la admiración del lector. Pero Gracián va todavía más lejos, ya que a su entender el simple asombro no tiene valor alguno si no va seguido de la com-

prensión inteligente del objeto estético. « La admiración es comúnmente sobrescrito de la ignorancia », y el arte nunca ha de dirigirse a los necios.

Para él, admiración y comprensión son, pues, los dos ejes del mecanismo de la fruición literaria, por lo cual la obra de arte es concebida como algo que viene a oponer un obstáculo intelectual a quien la contempla, residiendo el goce estético en la superación de las dificultades que aquélla ofrece. Lejos, pues, de proporcionar objeto para una serena y estática consideración, obligará a un denodado esfuerzo mental que desentrañe el enigma que encierra. Recordémoslo : « No es verdadera quietud la que no se consigue con el movimiento necesario ». La moral y la estética de Gracián están sujetas, por lo tanto, a un mismo concepto dinámico.

De acuerdo con ello, la « agudeza » y « el concepto » habían de constituir el núcleo de sus ideas sobre el arte literario.

Veamos, pues, qué alcance tienen estas denominaciones, que él suele usar indistintamente (1). Es el concepto « un acto del entendimiento que exprime (2) la correspondencia que se halla entre los objetos » o « una armónica correlación entre dos o tres cognoscibles extremos ». Reducido a esto — al menos teóricamente — todo el artificio literario — puesto que « lo conceptuoso es el espíritu del estilo » —, la labor del escritor quedará

(1) En algún momento parece querer establecer una diferencia entre ambas, pero, por lo común, vienen a designar una misma cosa.

(2) Expresa.

limitada a poner en juego su ingenio, bien para hallar y expresar sutilmente los ocultos vínculos que unen a las cosas y que pasan inadvertidos al común de las gentes, bien para establecer sus analogías o diferencias (1). Todo consistirá en lograr una feliz asociación de ideas, basándose en alguna « circunstancia especial » que ofrezca una cierta dificultad a la inteligencia, a fin de que el lector llegue a comprender, tras un considerable esfuerzo, la razón de tal artificio, porque « la verdad cuanto más dificultosa es más agradable ».

Es innegable que entre el concepto del mundo de Gracián y su manera de considerar la misión del artista hay una íntima relación. Ya observamos cómo para él el hombre debe tratar de descubrir el verdadero valor de las cosas, puesto que éstas ofrecen un doble aspecto según se atienda a su apariencia engañosa o a la realidad que encierran. Pues bien, semejante propósito, necesario para vencer la dualidad indicada, encuentra en el arte un medio eficacísimo para realizarse, desde el momento en que éste se concibe como una ingeniosa asociación de dos objetos o ideas de la que resulta el conocimiento de una verdad hasta entonces oculta. Puesto que « hace muy diferentes visos una misma cosa si se mira a diferentes luces », poniéndola en contacto con otra y proyectando sobre ella la luz que ésta despida, podremos descubrir con mayor facilidad sus más desconocidos aspectos.

---

(1) A « concordancia o disonancia... se viene a reducir todo el artificio conceptuoso ».

Vemos, pues, cómo la estética de nuestro autor responde a su concepción dualista de la realidad y cómo al mismo tiempo deriva de un ansia intelectual de conocimiento. Claro está que el arte no se reducirá únicamente a un ejercicio mental orientado hacia la aprehensión de verdades racionales o de orden moral — ya que siempre habrá de unir la « utilidad » al « gusto » y la « hermosura » al « provecho » —, pero la constante presencia de una finalidad didáctica presta una especial coloración a toda su estética.

« Siempre ha de atender el arte al fruto de la moralidad », nos dice en la *Agudeza*, haciéndose eco de una de las tendencias capitales del arte medieval, y esto basta para explicar la insistencia con que utiliza el procedimiento alegórico. Siendo así que toda alegoría tiende a ofrecer una moralidad al relacionar un objeto concreto con una verdad de orden superior, es natural que vea en ella un elemento estilístico adecuadísimo a sus intenciones estéticomorales, no sólo por su finalidad educativa, sino por su estructura formal, tan semejante a la del concepto, con el que, en el fondo, viene a identificarse.

Muy en boga entre los poetas medievales, la alegoría moral perdió terreno al llegar el Renacimiento y fué sustituída por las personificaciones mitológicas de la literatura clásica. El hombre de la Edad Media no había concedido a las cosas concretas otro valor que el que les confería el vínculo con una realidad más alta ; pero al desaparecer frente a otra concepción más optimista, esta visión del mundo arrastró consigo el proce-

dimiento literario que mejor venía a reflejarla. Nada tiene, pues, de extraño que el poeta barroco, al afirmar la pura aparencialidad del mundo visible, viniese a vigorizar de nuevo un recurso estilístico que expresaba fielmente su posición ideológica. Gracián en la prosa y Calderón en el teatro nos han legado las más grandiosas alegorías de nuestro siglo XVII.

Ciertamente, vemos en ellas un sinfín de puerilidades que hay que considerar como la escoria del pensamiento alegórico — entre las que pueden contarse muchos de sus «conceptos» y agudezas —, pero ello era inevitable y ya la Edad Media había presenciado un fenómeno análogo al irse convirtiendo la alegoría en un mero ejercicio del ingenio. Gracián usa y abusa de tal procedimiento; no obstante, habrá que ver en él a uno de sus primeros cultivadores.

Si pensamos ahora que la alegoría tiende a encuadrar el mundo caótico y fluctuante de los fenómenos en un sistema rígido de representaciones, veremos qué lejos se hallaba la literatura barroca de todo propósito realista. El mundo aparencial nos desorienta con su eterno devenir, viene a decirnos Gracián. Será necesario, pues, huir de las cosas concretas y refugiarse en unas cuantas verdades esenciales y permanentes, de las que la imagen alegórica constituirá la más cabal expresión.

Cómo sea posible conciliar el acentuado realismo individualista de nuestra pintura del siglo XVII con este aspecto del arte literario del mismo siglo, en el que lo particular y contingente

queda sustituído por esquemas ideales, es algo que no nos incumbe directamente y que, por otra parte, nadie ha tratado de explicar todavía.

No obstante, el hecho cierto es que la estética que Gracián postula responde a un anhelo de expresar lo absoluto y universal, eludiendo toda representación del mundo de los fenómenos relativos.

Trátase, pues, de un arte que busca en el « tipo » y en el paradigma abstracto la fórmula capaz de simplificar y ordenar el confuso conjunto de las apariencias engañosas, reduciéndolas a un cierto número de verdades claras y coherentes que eviten la fluctuación de la naturaleza viva. Si la metáfora culterana es la manifestación literaria de un deseo de belleza absoluta, la alegoría, la abstracción moral y el concepto son la expresión de un ansia intelectual de esencialidad nunca satisfecha. Insatisfacción, afán de superar todo límite, he aquí también dos notas típicamente barrocas.

Esta tendencia acentuadamente cerebral de quien decía que se vive con el entendimiento, había de excluir casi forzosamente todo cuanto tuviese un valor de tipo sensorial o emotivo; y, en efecto, Gracián siente un instintivo desdén por aquellos recursos literarios que tratan de influir sobre los sentidos mediante el halago de lo musical o de lo pictórico, porque « no está la eminencia en la cantidad de sílabas ni en la cadencia de ellas, que eso es muy material; no pasa del oído ». Siempre concede la primacía estética a « los artificios intelectuales » y a la « sutileza del pensar », omitiendo toda referencia a lo que ofrezca un matiz emocio-

nal, lo que nos hace pensar de nuevo en su moral, tan ajena a todo impulso afectivo.

El único factor que nuestro autor exige junto a los de orden estrictamente intelectual es el ingenio, a cargo del cual corre precisamente la belleza del ornato literario. Él es quien confiere un sabor « picante » a la obra de la inteligencia, y su acción resulta indispensable porque siempre han de ir unidos « la viveza del ingenio y el acierto del juicio ». La agudeza ingeniosa es, pues, considerada como un elemento espumoso que viene a contrarrestar lo denso del pensamiento y lo amargo de la moralidad, provocando, al mismo tiempo, la « admiración », sin la cual, como vimos, no hay goce estético posible.

Por todo cuanto llevamos dicho — predominio de lo intelectual, tendencia didáctica, decidido empleo de alegorías, elusión de la realidad concreta y de lo sensorial...—, Gracián se sitúa de lleno dentro de una de las dos tendencias capitales del siglo XVII español : el conceptismo. Sabido es que esta corriente literaria se opone en multitud de aspectos al culteranismo, con el cual, sin embargo, coincide en muchos otros, formando la unidad estilística del barroco.

Veamos, pues, sucintamente cómo el autor de la *Agudeza* participa de las notas que caracterizan el arte de su siglo.

El escritor barroco sabe que el principal escollo que ha de sortear para conseguir el asombro del lector es el cansancio engendrado por el uso constante de determinadas formas, pues « la costumbre de ver las cosas, por maravillosas que sean,

no deja lugar a la admiración ». Por eso considerará la novedad como un requisito indispensable para lograr la sorpresa admirativa de una atención distraída por el hábito. « Gran hechizo es el de la novedad », exclama Gracián ; mas como la obra de arte persigue un fin moral, y en este aspecto ya no hay posibilidad de inventar porque « ya todo es repetir », la novedad habrá de ser de orden puramente formal. De ahí esa afanosa búsqueda de artificiosidades que caracteriza a los escritores del momento, ávidos de originalidad.

Nuestro autor no ignora a qué excentricidades puede conducir tal orientación — « así andamos mendigando niñerías en la novedad para acallar nuestra curiosa solicitud con la extravagancia »—, pero su preceptiva viene a ser la justificación teórica de semejante actitud.

Lejano ya el Renacimiento, que veía en la naturalidad la suprema norma estilística, el escritor barroco mostrará su preferencia por los más intrincados productos del Arte, porque « donde no media el artificio, toda se pervierte la naturaleza ». La facilidad es considerada como un defecto, ya que « los mayores prodigios si son fáciles y a todo querer se envilecen », y « la verdad, cuanto más dificultosa es más agradable » ; todo lo cual había de llevar necesariamente a un arte en que las más rebuscadas sutilezas se acumulasen hasta el infinito formando verdaderos arabescos lógicos o meramente verbales. Por ello recomendará a cada paso « realzar » y alambicar hiperbólicamente cualquier hallazgo intelectual, hasta que ofrezca el aspecto de una retorcida voluta.

Claro está que el poeta barroco no pretendía lograr el aplauso de la mayoría con semejantes artificiosidades, pues su obra iba dirigida a una minoría selecta capaz de valorar el esfuerzo del autor, saboreando cumplicadamente las alquitaradas esencias de sus refinados logros artísticos. Nuestro siglo XVII ha demostrado un soberano desdén por el vulgo, considerando que «la poesía es asunto de plumas muy doctas» (1); por eso, Gracián — aunque movido por su invencible cautela llegue a decir que «no se vive de un voto solo» y que por consiguiente hay que tener en cuenta la opinión del «vulgacho» — orientará decididamente su obra hacia la atención de unos pocos, porque «hartazgos de aplauso común no satisfacen a los discretos» y «no se ha de atender a lo que [el vulgo] dice».

Mas siendo así que «tal vez conviene la oscuridad para no ser vulgar», habrá que huir de la claridad en la expresión y velar el significado, no sólo porque «la arcanidad tiene visos de divinidad» y «toda dificultad hace punta al entendimiento» espoleando la inteligencia del lector, sino porque ello será el medio más eficaz para halagar la vanidad de éste, ya que «el destinar para sólo entendidos, es picón general, porque todos se lo piensan». El poeta «será celebrado cuando no fuere entendido», dice Gracián, y en su frase hay quizás menos ironía de la que pudiera creerse.

Sin embargo, su producción alcanzó una difusión mucho mayor de la que cabría esperar de tales

(1) CARRILLO DE SOTOMAYOR.

asertos. Y es que su concepto del arte literario, aunque apareciese matizado de elementos cultos, se hallaba profundamente enraizado en el gusto español. En ningún país como en el nuestro tuvo el barroco una aceptación más amplia en todos los sectores de la sociedad ; y el ejemplo de todo un pueblo escuchando complacido las retorcidas sutilezas teológicas de Calderón, es más que suficiente. El mismo Gracián había situado la patria de la agudeza en España, intuyendo esa nativa propensión de los españoles hacia el juego de palabras y la sutileza del ingenio. Por ello, sus ideas sobre el estilo, a las que habría que añadir el gusto por el contraste y por la expresión dinámica y variada, le sitúan de lleno dentro de las más genuinas tendencias de la estética nacional.

Hemos procurado señalar, en los párrafos anteriores, el perfil aproximado del ideario artístico de nuestro autor, pero antes de pasar al examen de su estilo conviene advertir que sus opiniones en este terreno ofrecen la misma fluctuación que la que observábamos en el campo de la moral. Los juicios que expone a lo largo de sus obras nos le presentan estrechamente identificado con los que definen el conceptismo literario y en general con todas las normas del arte barroco. No obstante, en más de una ocasión nos sorprenderá con afirmaciones que suponen un criterio diametralmente opuesto. A veces, tan sólo se trata de un deseo de armonizar extremos — como cuando señala las ventajas del estilo « lacónico » y las del « redundante », tras haber elogiado exclusivamente el primero, o cuando justifica la existencia de un

lenguaje « natural » y otro « artificial » después de haber abogado insistentemente por este último —, pero a menudo sus conceptos se oponen tan radicalmente a lo expresado en otro punto, que adquieren el carácter de flagrante contradicción.

Hay que « huir la vulgaridad », pero « importa mucho pensar al uso ». « Todo lo dificultoso es violento, y todo lo violento no dura » porque « lo natural fué siempre más grato que lo artificial », pero « toda noticia que cuesta es más estimada y gustosa ». Expresarse « sin violencia » y « a lo natural » es « hablar con seso »; no obstante, « donde no media el artificio toda se pervierte la naturaleza ».

Probablemente, y como ya indicamos, habría que ver la razón de tales antítesis en un deseo de atar todos los cabos o en la indecisión propia de quien por tener una vívida conciencia del pro y contra de todas las cosas, está íntimamente convencido de la validez de cualquier punto de vista. Mas sea de ello lo que fuere, ahí quedan esos contrastes para desconcierto del lector y desesperación de los críticos.

## Modalidades de su estilo

Quien después de conocer en detalle las normas establecidas por Gracián en su *Agudeza y Arte de Ingenio* se enfrenta directamente con una de las páginas del gran escritor, queda sorprendido al calibrar la enorme distancia que media entre su limitada estética y la extraordinaria riqueza

de su estilo. Infinidad de matices a los que en su caprichosa codificación ni siquiera había aludido, dan a su prosa un valor que nunca hubiera alcanzado de haberse reducido a poner en práctica las máximas de su preceptiva. Íntimamente ligado a los principios del arte seiscentista, el estilo de Gracián ofrece unos rasgos tan acusadamente personales, que el más breve párrafo se destaca del resto de la literatura del momento por su perfil inconfundible. Nadie como él ha sabido dar a la prosa esas individuaciones estilísticas que M. Pidal señala como típicas del siglo barroco, y su vigorosa originalidad y su talento de escritor consiguen que cuantas obras produjo gocen todavía hoy de una vitalidad magnífica.

Una de las causas que más eficazmente contribuyen a ello es la variedad que ofrecen sus modos de expresión dentro de la visible unidad del estilo, pues aunque prefiera un lenguaje contorsionado, de ritmo rapidísimo y esmaltado de cultas referencias, en ocasiones dejará que fluya con naturalidad, remansándose en amplios y pausados períodos o, abandonando todo propósito erudito, utilizará cuantos elementos pueda suministrarle la lengua popular para sus atrevidas acrobacias verbales. Del mismo modo, alternan más profusamente de lo que cabría esperar de tan intransigente conceptista, las sutiles y rebuscadas agudezas con las pomposas y fragantes metáforas culteranas. Y apenas hay recurso estilístico al que la inquietud literaria de nuestro autor no haya hecho aflorar genialmente en algún momento. No obstante, es indudable que sus preferencias estaban orientadas

hacia determinados procedimientos más estrictamente de acuerdo con su idiosincrasia.

Entre las características más audaces de su estilo se halla la violenta retorsión a que es sometido el léxico. Parécenos como si Gracián, movido por una invencible curiosidad de ver el haz y el envés de las cosas hubiera situado las palabras tras un prisma multicolor, que descomponiéndolas en mil y un cambiantes le permitiese utilizarlas según sus nuevas e inesperadas significaciones. No bastándole el sentido recto de los vocablos, inquiere afanosamente todos sus posibles valores semánticos, para lanzarse luego a un desconcertante escarceo verbal que tiene como base la ambigüedad que con tal procedimiento adquieren las palabras. El equívoco originado por doble valor de un término había de ser uno de sus recursos favoritos. En este orden de cosas, sus hallazgos literarios van desde los más acertados logros hasta las más inconcebibles puerilidades, pero en su conjunto demuestran un verdadero derroche de ingenio y confieren al estilo una movilidad que mantiene tensa la atención del lector, llevándole de sorpresa en sorpresa.

Por otra parte, su falta de escrúpulos en el empleo del léxico — utilizando sin selección alguna las voces de origen más dispar : cultismos, popularismos, palabras creadas por él mismo... — da a su vocabulario una riqueza pocas veces superada.

La arquitectura formal de la frase fué otra de sus mayores preocupaciones estilísticas. También aquí podemos observar esa obsesionante dualidad que adquiría cuanto forjaba su mente : el mundo está compuesto de contrarios, las cosas

ofrecen un doble aspecto según se las considere, la agudeza deriva de la asociación de un par de ideas, cualquier vocablo puede adoptar un sentido figurado a espaldas de su propia significación y la frase es concebida como un todo orgánico que abarca dos conceptos semejantes o antagónicos (1). Una vez más, « concordancia o disonancia » vendrán a constituir la base de todo el artificio literario, reduciendo lo esencial de la sintaxis a una perpetua *yuxtaposición* (2) de paralelismos o antítesis.

« Trocóse la alegría del nacer en el horror del morir, el trono de la mañana en el túmulo de la noche » ; « calienta el sol y seca de día la tierra, la luna de noche la refresca »... Fiel a la técnica del barroco, nuestro autor no se cansa de contrastar cuanto pasa por su imaginación, y el resultado son estas frases que, según Spitzer, son reflejo de « un sentimiento antitético de la vida, de una concepción del mundo como antinomia irreductible, basada sobre el contraste : apariencia engañosa, verdad especiosa ».

La artificiosidad de este constante ritmo binario aparece acrecentada con un laconismo que a veces llega a lo inverosímil (3), y un violento hipérbaton que descoyunta los elementos de la frase

---

(1) El mundo literario de Gracián se nos ofrece como un microcosmos en el que cada elemento reproduce la estructura del inmediatamente superior.

(2) « Su espíritu procedía por súbitas iluminaciones, por bruscas asociaciones ; no hay, por decirlo así, progresión en su pensamiento ». LACOSTE.

(3) Gracián es quizás el escritor más conciso de nuestra literatura.

y retuerce toda la estructura gramatical. Por si ello fuera poco, la abrumadora insistencia de elipsis sintácticas y conceptuales que suprimen elementos necesarios para la fácil comprensión del período y escamotean los puntos de apoyo que exigiría una lectura reposada, presta al estilo una inestabilidad que nos obliga a realizar una ininterrumpida serie de ágiles brincos mentales.

Si « la belleza hispana es siempre belleza activa » ([1]), semejante prosa habrá de ser considerada como un producto esencialmente español, por su nervioso dinamismo y esa « continua efervescencia » que hizo que Voltaire le aplicase el calificativo de « stile d'Arlequin ».

Ya vimos cómo Gracián postulaba un arte que agitase implacablemente la imaginación y la inteligencia del lector. Por eso, cuando se sitúe en el plano de la creación literaria, no ahorrará esfuerzos para lograr su asombro admirativo, utilizando cuantos recursos le proporcione la estética barroca.

Siendo así que uno de los medios más frecuentemente puestos en práctica por los artistas de la época era la expresión plástica o literaria de lo que pueda producir un violento choque emocional, nuestro autor recurrirá con relativa insistencia a aquellas imágenes que por sus dimensiones hiperbólicas, por su aspecto horrible, repugnante o simplemente pintoresco, exciten intensamente el ánimo de quien las contemple. Lo gracioso, lo fantástico, lo monstruoso, lo espeluznante y lo grotesco

---

([1]) A. F. G. Bell.

son categorías típicamente barrocas que pueden identificarse con facilidad en las páginas de *El Criticón :* la colosal Rueda del Tiempo, la asquerosa reina de la borrachera, la horrenda imagen de la Muerte, el maravilloso palacio de Salastano o los ridículos engendros del Anfiteatro de monstruosidades son buena prueba de ello. El espíritu del siglo, ávido de estremecimientos, exigía tales representaciones, demostrando muy a menudo un gusto más que dudoso.

Falta, en cambio, totalmente, la emoción sentimental. Su arte es duro, cruelmente inhumano. Nunca le veremos ceder a la ternura ni abandonar la mueca acremente irónica. Pero en esto no era una excepción en su época. Habrá que esperar todavía un siglo para que Rousseau haga brotar el manantial de las lágrimas europeas.

Descartado el elemento emotivo y parcamente representados los valores sensoriales, su obra se había de orientar — de acuerdo con la especial modalidad de su inteligencia y con sus teorías estéticas — por los caminos de la agudeza y de la abstracción intelectual.

La asombrosa agilidad mental de Gracián cristalizó en una extraordinaria cantidad de conceptos en los que el más chispeante ingenio alterna con una acerada visión de las cosas. La gravedad sentenciosa se alía a una caprichosa audacia verbal en estos geniales malabarismos, dando al estilo ese sabor agridulce que constituye uno de sus mayores atractivos. Tan pronto ceñudo y trascendente como juguetón e irónico, el arte de nuestro autor adquiere gracias a esa inagotable cantera

de sutiles y recargadas agudezas una centelleante movilidad que nos sorprende a cada instante con inesperados reflejos.

El doble sentido de un vocablo — pues «el nombre siempre ayuda a discurrir» —, los refranes populares, los temas mitológicos, las sentencias de los hombres célebres, todo puede ser utilizado para esas atrevidas acrobacias mentales que transforman los manidos tópicos en insospechadas paradojas.

Gracián, para quien «son las voces lo que las hojas en el árbol y los conceptos el fruto», busca infatigablemente, como nuevo Jano de doble visión, los varios aspectos de las cosas, y poniéndolos en contacto hace brotar la chispa que ilumina súbitamente sus más ocultas facetas.

Ya advertimos que a veces todo se reduce a un jugueteo que roza con lo infantil, pero — como supone Coster — es posible que él mismo no tomase en serio tales intrascendentes escarceos, reservando lo más enjundioso de su pensamiento para sus avisadas advertencias y sus alegorías morales.

Como hemos visto, el arte gracianesco aspira a encerrar en unas cuantas imágenes representativas la desconcertante variedad del mundo fenoménico. Mediante este procedimiento, la ambigüedad de las cosas queda anulada al encasillar la serie infinita de las realidades aparenciales en un limitado conjunto de «tipos» claramente definidos y de una sola pieza. Y es así como surgen esos personajes simbólicos, puras entelequias sin savia vital, que pueblan *El Criticón* de una abundante fauna alegórica. Figuras arquetípicas sin más vida que la que les confiere la idea que encar-

nan, se nos antojan muñecos automáticos que obren a impulsos de inquietudes cerebrales ; pero la potencia intelectual de su autor les confiere tal alcance moral y tal vigor representativo que permanecen en nuestra imaginación con toda la fuerza de un obsesionante recuerdo. Andrenio, Critilo, Falsirena, Falimundo, Momo y tantos otros son puras abstracciones sin calor de vida que gracias a la capacidad mental y descriptiva de su creador llegan a cobrar la misma intensidad que los seres de la realidad auténtica.

Gracián ha utilizado a fondo el procedimiento alegórico en el ámbito novelesco de *El Criticón*. Cuantos personajes deambulan por sus páginas encierran una significación más o menos oculta a nuestros ojos, y hasta los mismos lugares o países citados son imágenes que aluden a algún valor moral. A veces las ideas abstractas encarnan en seres de apariencia normal y humana — tal Andrenio, Critilo, Falsirena — pero, por lo común, el autor les hace revestir la forma de espectrales monstruos de pesadilla que nos recuerdan aquellas delirantes fantasías pictóricas del Bosco, que tanto le atraían. En este caso — como ha señalado J. M. Blecua —, el procedimiento empleado nada tiene que ver con la deformación de la realidad que caracteriza a Quevedo y a otros escritores barrocos, ya que siempre se trata de una pura creación literaria sin atadero alguno con el mundo real ; recurso que, por otra parte, se halla muy lejos del superrealismo de nuestros días por faltarle esos elementos caprichosos o arbitrarios que denotan en dicho estilo el influjo del subconsciente.

Hasta el menor detalle de la más alucinante visión tiene en Gracián — a pesar de su aparente incoherencia — una clara justificación racional, lo que no invalida su altísimo valor plástico e imaginativo, que es, en fin de cuentas, lo que más interesa al lector actual.

Pasma ver cómo en las páginas de *El Criticón* cualquier elemento tomado de la erudición, de la propia fantasía del autor o de la realidad más anodina, puede convertirse, mediante un hábil enfoque de visión, en un símbolo cargado de significación moral. Y tanta audacia hay en semejante técnica, que los resultados cobran a veces visos de insospechada modernidad. Cuando nos encontramos con esas atrevidas y divertidísimas personificaciones del « diptongo », del « paréntesis » y hasta del « ablativo absoluto », nos parece estar leyendo a un humorista de vanguardia, a pesar de las diferencias de intención y procedimiento. Y esta mezcla de fantasía funambulesca y de apariencia normal da a la abigarrada novela un picante atractivo pocas veces superado en la literatura mundial.

Mas la vena cómica y el gusto por la alegoría no se manifestó plenamente hasta que vió la luz la primera parte de *El Criticón*. No obstante, la tendencia a la generalización abstracta y a dejar en los huesos la realidad viva sustituyéndola por esquemas arquetípicos, estaba tan arraigada en el alma de nuestro autor, que ya desde sus primeras obras se revela de forma inequívoca. El Héroe, el Discreto y el Político son, dígase lo que se quiera, meras abstracciones intelectuales de las

que ha desaparecido todo recuerdo de una personalidad concreta. Y la imposibilidad de concebir una imagen dotada de vida a base de las cualidades que aquéllas ostentan es razón suficiente para que podamos afirmarlo (1).

No obstante, el contenido dinamismo de estos arquetipos barrocos contorsionados por rápidos esguinces, les aleja considerablemente de aquellas estáticas y armoniosas figuras ideales creadas por el Renacimiento. La distancia que media entre *El Cortesano* de Castiglione y *El Héroe* de Gracián, es la misma que separa el sereno y reposado arte renacentista del trágico desasosiego del siglo XVII.

Hasta el mismo pensamiento moral había de sustraerse, en estas primeras obras, a la contingencia de las circunstancias concretas y a la expresión de lo individual para cristalizar en lemas o sentencias plenos de un valor universal y perenne. Y no ha de hacernos cambiar de opinión la presencia de citas anecdóticas, ya que éstas sólo tienen el valor de ejemplos « a posteriori » que vienen a conferir una mayor validez a la idea abstracta o a aligerar el peso de la exposición didáctica colmando al mismo tiempo un deseo de exhibición erudita. En la mente de Gracián lo particular sigue en todo momento a lo general, y el caso concreto está siempre supeditado al esquema.

Como ya observamos, la finalidad docente era uno de los propósitos capitales que movían su pluma. Y, en efecto, muchas de sus alegorías y

(1) Aunque Gracián dice haberse inspirado para su *Político* en la figura de Fernando el Católico, lo cierto es que la personalidad del gran rey queda tan desdibujada que pierde por ello mismo toda concreción humana.

conceptos responden a un deseo de dorar la píldora de una reflexión amarga con «lo dulce y fácil de una ficción», ya que «por cuentos y por chistes han intentado algunos sabios el introducir la moral filosofía» (1). Sin embargo, el fondo didáctico es a menudo mero pretexto para una desinteresada creación literaria. Y así sucede frecuentemente con la sátira, en cuyo terreno alcanzó los mejores aciertos.

Su temperamento zumbón y malicioso le llevó irremisiblemente a un género en el que sus dotes de agudo psicólogo y humorista genial habían de hallar cumplido empleo. «Toda la sátira del siglo de oro — ha dicho Vossler (2) — tiene un sabor risible y burlón; la exclusivamente austera no se encuentra»; y la de nuestro autor, a pesar de su magnífica originalidad, no escapa a esta regla general. Más cercano al arte mordaz y pintoresco de su admirado Marcial que a las severas recriminaciones de un Juvenal, su sátira — aunque desprovista de toda benevolencia — no llega nunca a lo francamente corrosivo. Pero sin caer en la nota negativa, el humor gracianesco ofrece un tono tan agresivo que nunca le veremos conseguir la dignificación estética de lo puesto en tela de juicio. Agrio y malintencionado, sabe eludir lo meramente festivo, y su irónica e inteligente sonrisa se halla tan lejos de las chocarrerías intrascendentes de Quevedo como de la amplia y luminosa risa

(1) Tanto por esta orientación estética como por su tendencia a los alambicados juegos del ingenio, el arte de Gracián revela un claro entronque con el siglo XV. Worringer ha estudiado en la plástica el nexo que une el estilo gótico con el barroco.

(2) Ibídem.

de Cervantes. No deshace, pero hiere ; y los seres caricaturescos que imagina no logran movernos a humana comprensión, permaneciendo en nuestra memoria como grotescos monigotes cruelmente zarandeados por su creador. Incapaz de todo sentimiento de ternura o simpatía, acierta a dar con el aspecto ridículo de la sociedad humana y lanza contra ella sus punzantes dardos satíricos, uniendo la broma jocosa con la incisiva y acerada agudeza. Desprovisto de veneno, pero cargado de mala intención, pues Gracián lo es todo menos inofensivo, se burla implacablemente de las flaquezas del hombre ; mas su sátira resulta tan aguda y tan viva y su humor tan variado y profundo que todavía ejerce sobre nosotros una intensa sugestión. Sabía que « el agrio siempre fué sainete de los buenos gustos », pero no ignoraba que « no hay mayor desaire que el continuo donaire », y gracias a esta conciencia del quehacer literario logró unir como nadie las picantes sales del juglar con la adusta doctrina del clérigo.

Si uno de los mayores atractivos de su pensamiento es su desconcertante complejidad y la audaz yuxtaposición de afirmaciones y negaciones que se contradicen íntimamente, la gracia fundamental del estilo reside en esa pintoresca e impensada sucesión de chispeantes agudezas y graves máximas morales, de irónicas cabriolas y desoladas reflexiones, de acres censuras y divertidas sátiras. Brillantemente efectista y al mismo tiempo saturada de intención y de ideas, la obra de Gracián se eleva ante nosotros como una de las dos supremas cumbres de la prosa barroca.

## FUENTES LITERARIAS E IDEOLÓGICAS

La empresa de discriminar con exactitud las influencias ejercidas sobre Gracián, ofrece dificultades insuperables, dado lo copioso de sus lecturas. Nuestro autor aprovechó a fondo cuantos libros cayeron en sus manos, y es punto menos que imposible rastrear el origen de muchas frases. Mas, siendo así que el estudio de las fuentes sólo puede interesar al especialista, nos limitaremos a enumerar brevemente los autores que dejaron una huella indudable en su obra.

La Biblia fué uno de los libros que más debieron de atraerle, no sólo por la amarga filosofía del Eclesiastés, sino por sus recursos estilísticos, entre los que se cuenta el paralelismo, tan utilizado por Gracián ; la literatura árabe, por su parte, le proporcionó el tema inicial de una de sus obras : García Gómez ha demostrado que un cuento oriental anterior al siglo XII es la fuente común de la gran novela de Abentofail y de las primeras crisis de *El Criticón*, cuyo autor lo conocería a través de una versión aljamiada.

Entre los autores griegos, es « el impío Luciano » el que más se le asemeja. Su inteligente ironía y su malicioso escepticismo debieron de ejercer sobre él una intensa sugestión. Pero tal vez sea

el latino Séneca el escritor clásico que más le influyó ; por lo menos es patente en su obra una profunda huella de la filosofía estoica y del estilo ceñido y chispeante del gran moralista hispanoromano.

La literatura italiana renacentista y barroca le proporcionó también abundantes materiales. *El Cortesano*, de B. Castiglione, estaría presente en su memoria al concebir *El Héroe* y *El Discreto ;* y a su influjo habría que añadir la de los Emblemas de Alciato, el de las doctrinas políticas antimaquiavélicas de G. Botero y hasta el de las obras del propio Maquiavelo, pues aunque Gracián le haya atacado repetidas veces es innegable que el tono « realista » y práctico de las doctrinas políticas del escritor florentino tiene una cierta relación con su descarnada moral; quizás sólo fué el carácter contundente y cínico de los consejos de *El Príncipe* lo que motivó su censura.

Boccalini y el Marqués de Malvezzi con sus escritos políticos, y Mateo Peregrini con su tratado sobre las Agudezas — que Gracián aprovechó ampliamente para su *Agudeza y Arte de Ingenio* — son los tres italianos del siglo XVII que más debió de tener en cuenta.

Algún eco se advierte de los tratados de Bacon y de la novela titulada *Satyricon*, del seiscentista John Barclay, pero en general la literatura inglesa le fué poco conocida.

Por lo contrario, sus abundantes alusiones a escritores españoles demuestran que no ignoró lo esencial de nuestra tradición literaria, tanto en su aspecto popular — verbigracia, los refranes, que

tan copiosamente utilizó — como en el culto. Los conceptuosos poetas del siglo xv, los escritores renacentistas — como Guevara y Fray Luis de Granada — y sobre todo los poetas y prosistas barrocos dejaron una profunda huella en su obra. Entre estos últimos cabría citar a su admirado M. Alemán y a Don Francisco de Quevedo ; posiblemente fueron las graves doctrinas morales, las fantasías burlescas y el estilo rápido y condensado del gran escritor madrileño lo que ejerció un influjo más decisivo en la producción de Gracián, a pesar de las hondas diferencias que los separan.

A todo ello habría que añadir, como resultado inevitable de su formación y de su ambiente, las enérgicas y certeras normas morales del « gran maestro » San Ignacio de Loyola — encaminadas a una intensa vida de acción, al fortalecimiento de la voluntad y a la consecución del autodominio —, los recursos de los más célebres oradores sagrados y la tradición retórica de los jesuítas.

Como ha indicado C. Calderón, se observa en él « un gusto persistente por lo que podríamos llamar literatura menor », y, en efecto, al lado de las grandes figuras vemos recordados en su obra una multitud de escritores de segunda categoría que le proporcionaron esa menuda erudición que era tan de su gusto. Gracián ha inventado poco ; no obstante, tal es la fuerza de su temperamento, que los elementos utilizados cobran nueva vida y el conjunto de su producción alcanza una originalidad pocas veces superada.

## ÉXITO E INFLUENCIA

Gracián ha sido uno de los autores españoles más conocidos en el extranjero. Pocos años después de su muerte, la magnífica traducción francesa de *El Oráculo*, debida a Amelot de la Houssaie, le abre las puertas de las bibliotecas europeas, y en algo más de un siglo sus obras se ven vertidas al alemán, italiano, inglés, holandés, húngaro, polaco, ruso y latín, aunque no todas logran el mismo éxito, pues si bien el *Oráculo Manual* consigue un gran número de traducciones, la *Agudeza y Arte de Ingenio* sólo puede leerse, incluso hoy, en la lengua en que fué escrita.

A mediados del siglo XVIII, habiendo caducado el gusto por la literatura barroca, su fama inicia un período de descenso y, a fines del ochocientos, Gracián cae en el olvido más absoluto. Mal podía avenirse el rígido y atildado arte neoclásico con sus atrevimientos y fantasías, y a la época romántica, tan dada a la efusión sentimental y tan convencida de la bondad de la Naturaleza, sus secas y recelosas máximas de vida le hubieran parecido odiosas. Pero la difusión de las doctrinas de su panegirista Schopenhauer y los puntos de contacto entre su moral y la de Nietzsche atraen de nuevo sobre él la atención universal. Los hombres de la generación del 98, obsesionados

por el pasado nacional y por los problemas de la formación de la personalidad, se interesan vivamente por sus ideas, e ilustres hispanistas, como el italiano Farinelli, el francés Coster, el inglés Bell, y el alemán Vossler, contribuyen con amplios estudios al conocimiento e interpretación de sus obras ; hasta que la presente revalorización del arte barroco le sitúa otra vez en el primer plano de la actualidad crítica y literaria.

El nombre de Gracián suele unirse al de tres grandes figuras de la cultura europea : La Rochefoucauld, Schopenhauer y Nietzsche. Veamos rápidamente cómo pudo influir sobre ellos.

Se halla ya fuera de toda duda que un buen número de las máximas del clásico francés del siglo XVII deriva directamente de él. Muy comentado en los salones y tertulias literarias de la corte de Luis XIV, Gracián pudo llegar hasta La Rochefoucauld gracias a las traducciones de su gran amiga la marquesa de Sablé. Un estudio comparativo nos demostraría su notable influjo sobre la moral pesimista que caracteriza al gran escritor francés. En ambos se observa la misma visión suspicaz y peyorativa de las actitudes humanas, pero si éste le gana en claridad de expresión, aquél le lleva considerable ventaja no sólo por lo que se refiere a originalidad y nervio de estilo, sino en cuanto a agudeza y penetración psicológica.

La influencia de Gracián sobre el moralista cortesano es doblemente interesante desde el momento en que La Rochefoucauld dejó una pro-

funda huella en la obra del moralista Chamfort, cuyas amargas consideraciones habían de repercutir a su vez en Stendhal y Schopenhauer.

Antes de que el último se viera atraído por la producción del jesuíta español, éste había sido ya objeto de repetidas imitaciones por parte de los novelistas alemanes de los siglos XVII y XVIII ; pero fué sobre todo el autor de « El mundo como Voluntad y Representación » quien lo dió a conocer al público europeo con encendidos elogios, y una correcta traducción del *Oráculo*, terminada en 1832. « Mi escritor favorito — llega a decir en cierta ocasión — es este filósofo Gracián... Para mí, su *Criticón* es uno de los mejores libros del mundo ». Bastarían tales frases para acreditar a Gracián como uno de los inspiradores de Schopenhauer, si no hubiera entre ambos considerables puntos de contacto. Según Vossler, « el rudo complacerse en la incertidumbre y vileza de las cosas humanas, el desdén hacia el vulgo necio, el placer irónico en evidenciar las falsas apariencias, el histriónico goce en descifrar y contrahacer pomposamente los valores auténticos, el recrearse en la propia superioridad espiritual y, en fin, cuanto pueda imaginarse como propio de los humores y actitudes de un regañón heroico, es más o menos común a ambos ingenios ». Su violenta misoginia y una gran preocupación por el estilo vendrían a completar el cuadro de sus analogías. Mas no hay que olvidar que si el hondo pesimismo del filósofo alemán conduce a una amarga renuncia y a una negación de los valores vitales, la moral combativa de Gracián se halla en el polo opuesto

a todo nirvana. No obstante, el influjo que ejerció sobre Schopenhauer tiene un enorme valor, puesto que las doctrinas de éste fueron el punto de partida de las concepciones filosóficas de Nietzsche.

A pesar de que el gran pensador alemán no debió de conocer directamente las obras del autor del *Oráculo*, su semejanza con él es realmente curiosa. Fué Azorín el primero en percatarse de ello, pero el estudio más concienzudo sobre tan interesante cuestión lo debemos a V. Bouillier. Para éste, el estilo de ambos ofrece un paralelismo tan notable que habría que ver en Nietzsche el heredero más ilustre del conceptismo; los dos fueron maestros en el aforismo y se expresaron en un lenguaje conciso y dotado de una solidez metálica.

Sin embargo, la semejanza adquiere un mayor relieve en el terreno de la moral. Uno y otro coinciden en la tendencia aristocrática a huir de lo vulgar, en la complacencia por el instinto de poderío, en el desdén hacia la humanidad en general y especialmente hacia los débiles, en el desprecio por la compasión y en el profundo pesimismo que sabe reaccionar contra la adversidad porque va acompañado de una intensa voluntad de poder y de vida.

Claro está que hondas diferencias separan al frío e irónico Gracián del dionisíaco y apasionado Nietzsche, pues así como éste rompe abiertamente con la moral tradicional, movido por un arrebatado deseo de reforma, aquél, siempre receloso e indeciso, se limita a señalar con astucia nuevas actitudes de vida práctica sin exponerse dema-

siado. « Nietzsche se exalta y fulmina. Gracián medita, comprende y ríe » (1).

No obstante, las analogías indicadas bastan para que veamos en el jesuíta aragonés el más claro precursor de uno de los filósofos que han influído más hondamente en la conciencia moral de la Europa de nuestros tiempos. Si sus obras no tuvieran un extraordinario valor intrínseco, ello sólo sería suficiente para considerarle como una de las más sugestivas figuras del pensamiento universal.

Terminemos señalando cómo en España la producción de Gracián ha experimentado idéntica suerte que en el extranjero : éxito en el siglo XVII, aceradas críticas en el XVIII, olvido casi absoluto en el XIX y definitiva rehabilitación en el XX.

(1) ROUVEYRE.

# RESUMEN BIBLIOGRÁFICO

## ESTUDIOS DE CONJUNTO


A. Farinelli, *Gracián y la literatura de Corte en Alemania.* En « Divagaciones hispánicas », 1936. (Ensayo publicado por primera vez en 1896).

Azorín, *Baltasar Gracián.* En « Lecturas Españolas », 1912.

A. Coster, *Baltasar Gracián.* « Revue Hispanique », 1913. (Contiene la biografía más completa publicada hasta hoy).

A. F. G. Bell, *Baltasar Gracián.* « Hispanic Notes and Monographs. Spanish Series », vol. III, 1921.

K. Vossler, *Introducción a Gracián.* « Rev. de Occidente », 1935. (Es el mejor ensayo crítico sobre Gracián).

M. Romera Navarro, Prólogo a la edición de *El Criticón.* Londres, 1940.

E. Correa Calderón, *Introducción a las Obras completas de Gracián,* 1945. (Documentado estudio sobre los problemas referentes al tema).


## ESTUDIOS MONOGRÁFICOS


Menéndez Pelayo, *Sobre la estética de Gracián.* En « Historia de las ideas esteticas », vol. 2, pág. 535. 1884.

B. Croce, *I trattatisti italiani del concettismo e B. Gracián,* 1899.

B. Ovejero Maury, *El Criticón, de Baltasar Gracián.* En « España Moderna », 1913.

J. M. López Landa, *Gracián y su biógrafo Coster,* 1922. (Estudio sobre los últimos años de Gracián).

A. Rouveyre y V. Bouillier. *Gracian, Pages caractéristiques,* 1925. (Sobre la influencia filosófica de Gracián).

V. Bouillier, *Gracian et Nietzsche.* « Rev. de littérature comparée », 1926.

E. García Gómez, *Un cuento árabe, fuente común de Abentofail y Gracián.* « Revista de Archivos », 1926. (Sobre una curiosa fuente de *El Criticón*).
M. Lacoste, *Les sources de l'Oráculo Manual.* « Bull. Hispanique », 1929 y 1934.
A. Castro, *Gracián y España.* En « Santa Teresa y otros ensayos », 1929.
L. Spitzer, *Belengabor, une erreur de Gracian?* « Rev. de Filología Española », 1930. (Luminosas observaciones sobre el estilo de Gracián).
J. F. Montesinos, *Gracián o la picaresca pura.* « Cruz y Raya », n.º 4, 1933.
J. M. Cosío, *Gracián, crítico literario.* En « Siglo XVII », 1939.
G. Díaz Plaja, *El Espíritu del Barroco,* 1941. (Sobre la posible influencia del factor judaico en la obra de Gracián).
J. M. Blecua, *El estilo de El Criticón.* « Archivo de Filología Aragonesa », 1945.
Ferrari, *Fernando el Católico en Baltasar Gracián,* 1045.
M. Romera Navarro, *Estudio del autógrafo de « El Héroe » Graciano.* Anejo XXXV. « Rev. Filología Española », 1946.

## EDICIONES MODERNAS

*El Héroe, El Discreto, Oráculo Manual.* Bibl. de Autores Españoles, 1873, vol. 65. Ed. de A. de Castro.
*El Héroe, El Discreto, Oráculo Manual* y *El Político,* en « Tratados Políticos ». Ed. G. Juliá Andreu, 1941.
*El Criticón.* Ed. J. Cejador. Bibl. Renacimiento, 1913.
*El Criticón.* Bibl. Clásica Universal. Buenos Aires, 1938.
*El Criticón.* Ed. crítica de M. Romera Navarro. Londres, 1940.
La Colección Austral ha publicado recientemente en ediciones algo defectuosas *El Héroe* y *El Discreto,* la *Agudeza y Arte de Ingenio* y *El Criticón.*
Obras Completas (en edición modernizada) a cargo de E. Correa Calderón. Editorial Aguilar, 1945.

# SELECCIÓN

## CRITERIO DE ESTA ANTOLOGÍA

En las páginas siguientes hemos procurado seleccionar una serie de fragmentos de las obras de Gracián, cuyo conjunto puede proporcionar al lector una rápida visión de lo más característico de su producción.

Solamente hemos excluído el Epistolario particular — cuyos párrafos más interesantes van citados en nuestra nota biográfica —, el prólogo a la *Predicación Fructuosa del Padre Jerónimo Continente*, publicada por Gracián en 1652, y *Las Selvas del Año*, que hasta ahora le habían sido atribuídas (1).

Hemos utilizado la edición de 1669 de sus obras completas — « en Barcelona, por Antonio Lacavalleria » —, cotejándola con la de E. Correa Calderón, basada a su vez en las primeras que se conocen.

La ortografía ha sido modernizada, aunque respetando en cada caso el valor fonético de las grafías. Conservamos, por ejemplo, « propria » y « plático » — por « propia » y « práctico » —, pero sustituímos la ss y la x por s y j.

---

(1) La edición barcelonesa de 1669, cuya aprobación data de 1667, cita ya como suyas *Las Cuatro Selvas del Año*, pero J. M. Blecua ha descubierto recientemente un manuscrito en el que figura *La Selva del verano* a nombre del poeta Matías Ginoves. Como esta versión puede fecharse hacia 1615 — cuando Gracián contaba 14 años —, el problema parece quedar resuelto definitivamente.

## EL HÉROE

Gracián comienza su carrera literaria dando a la imprenta los veinte « Primores » de *El Héroe*, y desde 1637, fecha de la primera edición, le vemos ya dedicado a la tarea de marcar rumbos, de señalar caminos de perfección.

Se ha puesto en tela de juicio el propósito que le movió a crear su primera obra y el alcance del término que le sirve de título, pero basta una mera lectura para llegar a la conclución de que su intento fué definir un paradigma abstracto que reuniese en apretada síntesis las cualidades del hombre extraordinario. Héroe vendría a designar, según la terminología gracianesca, al avisado varón que, gracias a determinadas actitudes y facultades, sabe sortear hábilmente todo género de obstáculos y alcanzar la consecución de sus fines particulares, logrando tras el éxito la fama.

La idea central de la obra pudo sugerírsela cualquiera de los innumerables tratados en que los escritores renacentistas trazaron las normas de conducta que habían de seguir cortesanos y gobernantes, pero al concebir la imagen del hombre superior la despojó de toda concreción social dejándola reducida a un desnudo esquema de perfección humana.

Desde el primer capítulo, Gracián nos ofrece ya lo que constituirá el tono fundamental de toda su

concepción ética : « Que el Héroe platique incomprehensibilidades de caudal », ocultando los límites de su capacidad. Disimulo, astucia, prudente reserva : he aquí las primeras cualidades necesarias a quien quiera asegurarse el triunfo en la universal contienda de la vida. Ya han pasado los tiempos felices de la confianza ingenua en la bondad del prójimo ; el héroe barroco tendrá que sostener una lucha denodada valiéndose de cuantas armas posea e infundiendo respeto al adversario con la amenaza de recursos inexistentes, para « mantener con el recelo, el crédito ».

Como vemos, el efecto externo juega en nuestro autor, desde su primera obra, un papel importantísimo. Según Vossler, « le gusta más el gesto que el hecho, más el individuo teatral que la persona ética ». Por ello habrá de llevar a cabo, más que las empresas intrínsecamente excelentes, aquellas acciones que atraigan el aplauso general, confiriendo la Fama, supremo galardón del Héroe. Tanto insiste en las cualidades de éste — simpatía, don de gentes, atractivo personal —, que a veces nos parece conceder más importancia a la apariencia aparatosa que a las virtudes auténticas. ¿Y qué tiene ello de extraño si el último objetivo que señala a su Héroe es el éxito en la lucha y el honor que éste lleva consigo? Sin que nunca nos lo diga, Gracián ha subordinado, tal vez inconscientemente, la perfección real, al triunfo en las relaciones humanas. ¿No queda ello bien de manifiesto cuando nos invita, si no a « ser infinitos, a parecerlo »?

Mas como no ignora que la farsa heroica no puede llegar a buen fin sin el concurso de armas decisivas, atribuirá a su arquetipo una serie de primores que impidan que todo se malogre. El primero «el entendimiento», al que llama «la mayor prenda del Héroe» —, recordemos la primacía que el siglo barroco otorga a los valores intelectuales —; en segundo término, el valor. Es necesario un «corazón de rey» para afrontar el peligro y luchar contra la adversidad; porque aunque Gracián no olvida el papel que la Fortuna puede desempeñar en la vida del hombre, cree firmemente que el valor y la inteligencia pueden neutralizar o soslayar su influjo; habrá, pues, que «tomar el pulso a la felicidad» y retirarse a tiempo, antes de que decline.

El último capítulo de la obra nos sorprende con un elogio de la virtud. En él se afirma rotundamente que «ser héroe del mundo poco o nada es»; pero, ¿pueden realmente invalidar estas palabras el contenido de un libro orientado en un sentido diametralmente opuesto? Reservamos la respuesta al lector.

«Nuestro sentido de lo individual — ha dicho Lafuente Ferrari (1) — no está hecho de proyección heroica hacia lo exterior ni de introspección psicológica hacia las profundidades de nuestro ser, sino fundamentalmente de sentimiento trágico de la vida y de nuestro destino eterno». De ser ello cierto, Gracián sería — en este aspecto — el menos español de nuestros clásicos, ya que su

(1) Prólogo a la obra de WEISBACH, *El Barroco, arte de la Contrarreforma*.

Héroe, tan teatral como astuto, es la antítesis más absoluta del ideal humano, que, según el citado crítico, constituye la suprema aspiración de nuestro arte.

En este sentido habría que interpretar su concepción de lo heroico como una consecuencia lejana de la orgullosa exaltación renacentista del hombre ; y ya vimos cómo la Fama — meta definitiva de sus esfuerzos — responde igualmente a la ideología del siglo XVI. Nuestro autor no habría hecho, pues, más que sustituir el tipo de armoniosa y equilibrada humanidad que había creado aquella época, por un nuevo arquetipo al que la dureza de los tiempos obligaría a una perpetua tensión. Por eso el Héroe resulta una figura de imposible representación plástica, ya que su característica más visible reside en su inquieto dinamismo ; cuando creemos haber apresado su perfil definitivo, la imagen se descompone para adoptar una inestable actitud de acecho o para hurtar el golpe y devolverlo con un gesto oblicuo.

A pesar de que en las líneas que preceden hemos intentado señalar los rasgos esenciales que definen al paradigma humano que Gracián nos presenta, en realidad su contorno psicológico encierra la misma contradicción íntima que el resto de la producción de nuestro autor. Porque, ¿hasta qué punto es posible conciliar el recelo con el ánimo valeroso, el afán de notoriedad con la falta de afectación, y el desenfrenado individualismo que respira toda la obra con la virtud excelsa que al final se postula? Opínese lo que se quiera, lo cierto es que en tan desconcertante

complejidad reside uno de sus mayores atractivos.

La expresión, aunque un poco forzada, ofrece ya las mismas notas que caracterizan todo su estilo : lenguaje sentencioso, concisión extrema, audacias de léxico... Y la estructura de la obra adolece de la misma falta de sistema que los demás libros ; también aquí la forma orgánica y la cohesión lógica de las partes aparece sustituída por una mera yuxtaposición de capítulos.

« Más que cualquier imperativo abstracto — dice Montesinos —, la hazaña magnífica de algún héroe antiguo fué para el humanista norma y estímulo ». El arte de Gracián representa en este aspecto el punto opuesto : partiendo de la norma general, nuestro autor concibe a un Héroe que encarne una cualidad abstracta, y las anécdotas históricas que a continuación expone sólo tienen el valor de meros ejemplos.

Aunque desprovisto de acritud y de malévolas intenciones satíricas, su obra inicial contiene ya lo más característico de su personalidad.

« Es muy donoso este brinquiño ; aseguro que contiene grandes cosas », exclamó Felipe IV al leerla ; y sus palabras nos ofrecen el mejor testimonio del éxito que obtuvo.

# *El Héroe*

## PRIMOR I

### QUE EL HÉROE PLATIQUE [1] INCOMPREHENSIBILIDADES DE CAUDAL

Sea ésta la primera destreza en el arte de entendidos: medir el lugar con su artificio. Gran treta es ostentarse al conocimiento, pero no a la comprehensión; cebar la expectación, pero nunca desengañarla del todo. Prometa más lo mucho, y la mejor acción deje siempre esperanzas de mayores.

Excuse a todos el varón culto sondarle el fondo a su caudal, si quiere que le veneren todos. Formidable fué un río hasta que se le halló vado, y venerado un varón hasta que se le conoció término a la capacidad; porque, ignorada y presumida profundidad, siempre mantuvo con el recelo el crédito.

Culta propiedad fué llamar señorear al descubrir, alternando luego la vitoria, sujetos; si el que comprehende señorea, el que recata nunca cede.

Compita la destreza del advertido en templarse con la curiosidad del atento en conocerle, que suele ésta doblarse a los principios de una tentativa.

---

(1) Practique.

Nunca el diestro en desterrar una barra remató al primer lance ; vase empeñando con uno para otro, y siempre adelantándolos.

Ventajas son de ente infinito envidar mucho con resto de infinidad. Esta primera regla de grandeza advierte, si no el ser infinitos, a parecerlo, que no es sutileza común.

En este entender, ninguno escrupuleará aplausos a la cruda paradoja del sabio de Mitilene : «Más es la mitad que el todo », porque una mitad en alarde y otra en empeño más es que un todo declarado.

Fué jubilado en ésta como en todas las demás destrezas aquel gran rey (1) primero del Nuevo Mundo, último de Aragón, si no el *non plus ultra* de sus heroicos reyes.

Entretenía este católico monarca, atentos siempre, a todos sus conreyes, más con las prendas de su ánimo — que cada día de nuevo brillaba — que con las nuevas coronas que ceñía.

Pero a quien deslumbró este centro de los rayos de la prudencia, gran restaurador de la monarquía goda, fué, cuando más, a su heroica consorte, después a los tahures del palacio, sutiles a brujulear el nuevo rey, desvelados a sondarle el fondo, atentos a medirle el valor.

Pero ¡qué advertido se les permitía y detenía Fernando!, ¡qué cauto se les concedía y se les negaba! Y, al fin, ganóles.

¡Oh, varón cándido de la fama! Tú, que aspiras a la grandeza, alerta al primor. Todos te conozcan,

(1) Fernando el Católico.

ninguno te abarque ; que, con esta treta, lo moderado parecerá mucho, y lo mucho, infinito, y lo infinito, más.

## PRIMOR II

### CIFRAR LA VOLUNTAD

Lega quedaría el arte si, dictando recato a los términos de la capacidad, no encargase disimulo a los ímpetus del afecto.

Está tan acreditada esta parte de sutileza, que sobre ella levantaron Tiberio y Luis [1] toda su máquina y política.

Si todo exceso en secreto lo es en caudal, sacramentar [2] una voluntad será soberanía. Son los achaques de la voluntad desmayos de la reputación, y, si se declaran, muere comúnmente.

El primer esfuerzo llega a violentarlos, a disimularlos el segundo. Aquello tiene más de lo valeroso, esto de lo astuto.

Quien se les rinde, baja de hombre a bruto ; quien los reboza, conserva, por lo menos en apariencias, el crédito.

Arguye eminencia de caudal penetrar toda voluntad ajena, y concluye superioridad saber celar la propia.

Lo mismo es descubrirle a un varón un afecto, que abrirle un portillo a la fortaleza del caudal, pues por allí maquinan políticamente los atentos, y las más veces asaltan con triunfo. Sabidos los

---

(1) Luis XI de Francia.
(2) Ocultar, disimular.

afectos, son sabidas las entradas y salidas de una voluntad, con señorío en ella a todas horas.

Soñó dioses a muchos la inhumana gentilidad, aun no con la mitad de hazañas de Alejandro, y nególe al laureado macedón el predicamento a la caterva de deidades. Al que ocupó mucho mundo, le señaló poco cielo ; pero ¿de dónde tanta escasez, cuando tanta prodigalidad?

Asombró (1) Alejandro lo ilustre de sus proezas con lo vulgar de sus furores, y desmintióse a sí mismo, tantas veces triunfante, con rendirse a la avilantez del afecto. Sirvióle poco conquistar un mundo, si perdió el patrimonio de un príncipe, que es la reputación.

Es Caribdis de la excelencia la exorbitancia irascible, y Scila (2) de la reputación la demasía concupiscible.

Atienda, pues, el varón excelente, primero a violentar sus pasiones ; cuando menos, a solaparlas con tal destreza, que ninguna contratreta acierte a descifrar su voluntad.

Avisa este primor a ser entendidos no siéndolo, y pasa adelante a ocultar todo defecto, desmintiendo las atalayas de los descuidos y deslumbrando los linces de la ajena obscuridad.

Aquella católica amazona (3), desde quien España no tuvo que envidiar las Cenobias, Tomiris, Semíramis y Pantasileas, pudo ser oráculo destas sutilezas. Encerrábase a parir en el retrete más

(1) Obscureció.
(2) Escila y Caribdis : escollo y remolino cercanos al estrecho de Mesina.
(3) Isabel la Católica.

oscuro y, celando el connatural decoro, la innata majestad echaba un sello a los suspiros de su real pecho, sin que se le oyese un ay, y un velo de tinieblas a los desmanes del semblante. Pero quien así menudeaba en tan excusables achaques del recato, ¡cómo que escrupulearía en los del crédito!

No graduaba de necio el cardenal Madrucio al que aborta una necedad, sino al que, cometida, no sabe ahogarla.

Accesible es el primor a un varón callado, calificada inclinación, mejorada del arte, prenda de divinidad, si no por naturaleza, por semejanza.

## PRIMOR IV

### CORAZÓN DE REY

Gran cabeza es de filósofos, gran lengua de oradores, pecho de atletas, brazos de soldados, pies de cursores (1), hombros de palanquines. Gran corazón de reyes, de las divinidades de Platón, y texto con que en favor del corazón arma algunos pleitos a la inteligencia.

¿Qué importa que el entendimiento se adelante, si el corazón se queda? Concibe dulcemente el capricho lo que le cuesta mucho de sacar a lucimiento al corazón.

Son estériles por la mayor parte las sutilezas del discurso, y flaquean por su delicadeza en la ejecución.

Proceden grandes efectos de gran causa, y portentos de hazañas de un prodigio de corazón.

(1) Correos.

Son gigantes los hijos de un corazón gigante. Presume siempre empeños de su tamaño, y afecta primeros asuntos.

Grande fué el de Alejandro, y el archicorazón, pues cupo en un rincón dél todo este mundo holgadamente, dejando lugar para otros seis.

Máximo el de César, que no halla medio entre todo y nada.

Es el corazón el estómago de la fortuna, que digiere con igual valor sus extremos. Un gran buche no se embaraza con grandes bocados, no se estraga fácilmente con la afectación ni se aceda con la ingratitud. Es hambre de un gigante el hartazgo de un enano.

Aquel milagro del valor, digo el delfín de Francia entonces y Carlos VII después, notificándole la sentencia, estrujada en el supremo por los dos reyes — el de Francia, su padre, y el de Inglaterra, su antagonista —, en que le declaraban por incapaz de suceder en la corona de los lilios, respondió invicto que se apelaba. Instáronle con admiración que a quién. Y él, que a la grandeza de su corazón y a la punta de su espada. Y valióle.

No brilla tan ufano el casi eterno diamante en medio de los voraces carbunclos como soliza (si así puede decirse un hacer del sol) un augusto corazón en medio de las violencias de un riesgo.

Rompió con solos cuatro de los suyos el Aquiles moderno, Carlos Manuel de Saboya, por medio de cuatrocientas corazas enemigas, y satisfizo a la universal admiración diciendo que no hay compañía en el mayor aprieto como la de un gran corazón.

Suple la sobra dél la falta de todo lo demás, siendo siempre el primero que llega a la dificultad y vence.

Presentáronle al rey de Arabia un alfanje damasquino, lisonja para un guerrero. Alabáronle los grandes de la asistencia áulica, no por ceremonia, sí con razón ; y, atentos a la fineza y arte, alargáranse a juzgarle por rayo de acero, si no pecara algo en corto. Mandó llamar el rey al príncipe para que diese su voto, y podía, pues era el famoso Jacob Almanzor. Vino, examinóle y dijo que valía una ciudad, propio apreciar de un príncipe. Instó el rey que si le hallaba alguna falta. Respondió que todas eran sobras. « Pues, Príncipe, estos caballeros todos le condenan por corto ». Él, entonces, echando mano a su cimitarra, dijo : « Para un caballero animoso nunca hay arma corta, porque con hacerse él un paso adelante, se alarga ella bastantemente, y lo que falta de acero lo suple el corazón de valor ».

Lauree este intento la magnanimidad en los agravios, timbre augusto de grandes corazones. Enseñó Adriano un raro sobre excelente modo de triunfar de los enemigos, cuando al mayor de los suyos le dijo : « Escapástete ».

No hay encomio igual a un decir Luis XII de Francia : « No venga el Rey los agravios hechos al Duque de Orleáns » (1). Éstos son milagros del corazón de un héroe.

---

(1) El Duque de Orleáns: el mismo Luis XI antes de subir al trono.

## PRIMOR ÚLTIMO Y CORONA

### VAYA LA MEJOR JOYA DE LA CORONA Y FÉNIX DE LAS PRENDAS DE UN HÉROE

Todo lucimiento deciende del padre de ellos, y así de padre a hijos. Es la virtud hijo de la luz auxiliante, y así con herencia de esplendor. Es la culpa un monstruo que abortó la ceguera, y así heredada en obscuridad.

Todo héroe participó tanto de felicidad y de grandeza cuanto de virtud, porque corren paralelas desde el nacer al morir.

Eclipsóse en Saúl la una con la otra y amanecieron en David a la par.

Fué Constantino entre los césares el primero que se llamó Magno, y fué juntamente el primer emperador cristiano ; superior oráculo de que con la cristiandad nació hermanada la grandeza.

Carlos, primer emperador de Francia, alcanzó el mismo renombre y aspiró al de santo.

Luis, gloriosísimo rey, fué flor de santos y de reyes.

En España, Fernando, llamado comúnmente el Santo en Castilla, fué el Magno del orbe.

El conquistador de Aragón consagró tantos templos a la Emperatriz del Empíreo como conquistó almenas.

Los dos Reyes Católicos, Fernando y Isabel, fueron el *non plus ultra*, digo colunas de la fe.

El bueno, el casto, el pío, el celoso de los Filipos españoles, no perdiendo un palmo de tierra, ganó a varas el Cielo, y de verdad que venció

más monstruos con su virtud que Alcides con su clava.

Entre capitanes, Godofre de Bullón, Jorge Castrioto, Rodrigo Díaz de Vivar, el gran Gonzalo Fernándes, el primero de Santa Cruz y el pasmo de los turcos, el serenísimo señor don Juan de Austria, fueron espejos de virtud y templos de la piedad cristiana.

Entre los héroes sacrosantos, los dos primeros a quienes dió renombre la grandeza, Gregorio y León, les dió esplendor la santidad.

Aun en los gentiles y infieles, reduce el sol de los ingenios, Augustino, toda la grandeza al fundamento de algunas virtudes morales.

Creció Alejandro hasta que menguaron sus costumbres. Venció Alcides (1) monstruos de fortaleza hasta que se rindió a la misma flaqueza.

Fué tan cruel la fortuna — digo, justiciera — con ambos Nerones, cuanto lo fueron ellos con sus vasallos.

Monstruos fueron de la lascivia y flojedad Sardanápalo, Calígula y Rodrigo (2), y portentos del castigo.

En las monarquías pretende evidencia este primor. Floreció el que es flor de los reinos mientras que floreció la piedad y religión, y marchitóse con la herejía su belleza.

Pereció la fénix de las provincias en el fuego de Rodrigo, y renació en la piedad de Pelayo o en el celo de Fernando.

---

(1) Hércules.
(2) Último rey godo.

Salió a ser maravilla de prosapias la augustísima casa de Austria, fundando su grandeza en la que es cifra de las maravillas de Dios. Y rubricó su imperial sangre con la de Cristo, Señor nuestro, sacramentada.

¡Oh, pues, varón culto, pretendiente de la heroicidad! Nota el más importante primor, repara en la más constante destreza.

No puede la grandeza fundarse en el pecado, que es nada, sino en Dios, que lo es todo.

Si la excelencia mortal es de codicia, la eterna sea de ambición.

Ser héroe del mundo poco o nada es; serlo del Cielo es mucho. A cuyo gran Monarca sea la alabanza, sea la honra, sea la gloria.

## EL POLÍTICO DON FERNANDO EL CATÓLICO

La segunda obra de Gracián es, sin duda alguna, la menos importante de cuantas escribió. Dedicada a su amigo el duque de Nocera, aparece en 1640, y en sus páginas creemos percibir un leve eco de los acontecimientos políticos que a la sazón se desarrollaban en España. El comentario sobre la diversidad de las regiones españolas, por ejemplo, nos produce el efecto de una advertencia al rey sobre la política a seguir en Cataluña y su alusión a la « ociosidad » — « carcoma de la continuada felicidad de España » — es prueba de su aguda conciencia del momento histórico. En este sentido, sus elogios de Felipe IV y el Conde-Duque habría que interpretarlos como una simple precaución del autor.

La figura del Rey Católico, cuyo perfil psicológico queda muy borroso, sirve de pretexto para hilvanar una desordenada serie de consejos y observaciones en torno al gobierno del Estado. Reduciéndolos a esquema vendrían a referirse a tres puntos capitales : 1.°, cualidades que han de adornar al príncipe (audacia en la juventud y prudencia en la vejez ; valor y capacidad intelectual ; sagacidad y espíritu activo... ) ; 2.°, actividades hacia las que debe dirigir su atención (unificar el

reino, aprovechar las ocasiones, conocer lo que el Estado necesita en un momento dado, practicar una política realista, saber hacer la guerra «con pólvora sorda», elegir buenos ministros y no escuchar sus adulaciones, hacerse imprescindible y deseado...), y 3.°, circunstancias que favorecen su éxito (una buena educación, que la nación cuente con buenos soldados y se halle «en creciente de imperio»...).

Aunque, como puede verse, las concepciones políticas del autor carecen de originalidad, en conjunto tienen un carácter acentuadamente gracianesco. La insistencia en la necesidad de talento para dirigir la nación y de esfuerzo continuo para no caer en la apatía — pues «no hay mayores enemigos que el no tenerlos» —, el afirmar que «más vale maña que fuerza» y que «la aplicación» en el arte de gobernar es preferible a «un raro talento», el supeditar la Fortuna a la Providencia y el señalar los peligros de una actuación basada en «fantásticas quimeras», son cosas que encajan perfectamente con el pensamiento de Gracián. Hasta su característica obsesión misógina apunta en cierto lugar al decirnos que «reinan comúnmente en este sexo las pasiones».

Sorprende, ciertamente, en este tratado, su violenta censura del disimulo, que ya en los primeros capítulos de *El Héroe* señalaba como una actitud imprescindible para el éxito social. Pero es posible que tanto en esto como en su absoluta elusión de toda norma que rozase con la moral tradicional, sólo obedeciese a un deseo de apartarse totalmente de las teorías de Maquiavelo,

con el cual presenta tantos puntos de contacto en otras obras, pues de haberse dejado llevar en absoluto por sus ideas favoritas, la semejanza hubiera sido palpable y de funestas consecuencias. Mas no deja de ser curioso que Gracián haya evitado la relación con la doctrina maquiavélica en la única obra que responde a un propósito semejante al de *El Príncipe*.

El estilo, sin apartarse de las normas generales de la producción de nuestro autor, ofrece una mayor claridad que en *El Héroe*, y no llega nunca al extremado laconismo de su primera obra.

## *El Político Don Fernando el Católico*

Con el valor se consiguen las coronas y con la prudencia se establecen.

Hay... grande distancia de fundar un reino especial y homogéneo dentro de una provincia al componer un imperio universal de diversas provincias y naciones. Allí, la uniformidad de leyes, semejanza de costumbres, una lengua, y un clima, al paso que lo unen en sí, lo separan de los extraños. Los mismos mares, los montes y los ríos le son a Francia término connatural y muralla para su conservación. Pero en la monarquía de España, donde las provincias son muchas, las naciones diferentes, las lenguas varias, las inclinaciones opuestas, los climas encontrados, así como es menester gran capacidad para conservar, así mucha para unir.

No tienen algunos por gran príncipe sino al que fué gran caudillo, gran batallador, estrechando el empleo universal de un monarca al especial de un capitán, confundiendo el del superior con el de un inferior. La eminencia real no está en el pelear, sino en el gobernar.

Vulgar agravio es de la política el confundirla con la astucia ; no tienen algunos por sabio sino al engañoso, y por más sabio al que más bien supo fingir, disimular, engañar, no advirtiendo que el

castigo de los tales fué siempre perecer en el engaño.

Política inútil la que se resolvió toda en fantásticas sutilezas, y, comúnmente, cuantos afectaron artificio, fueron reyes de mucha quimera y de ningún provecho... La verdadera y magistral política fué la de Fernando, segura y firme, que no se resolvía en fantásticas quimeras. Útil, pues le rindió reino por año. Honesta, pues le mereció el blasón Católico. Conquistó reinos para Dios, coronas para tronos de su Cruz, provincias para campos de la Fe, y, al fin, él fué el que supo juntar la tierra con el Cielo.

El primario real constitutivo es una gran capacidad, y rey de mucha capacidad, rey de mucha substancia. Llamóse la cabeza así, no de la material cabidad, sino del comprender. Eslo el príncipe del reino : luego su mayor atributo ha de ser el abarcar, el entender.

Es la capacidad la otra columna, que, ladeada del valor, aseguran entrambas la reputación, y, en competencia, ganó siempre la primera.

...La eminencia deste gran político [Fernando el Católico] estuvo en hacer siempre la guerra con pólvora sorda. Esto es, sin el peligroso y vano ruido del armar sin asonadas de empresas, que avisan a los contrarios, irritan a los neutrales, y despiertan a todos.

## AGUDEZA Y ARTE DE INGENIO

Habiendo ya expuesto en el prólogo lo esencial de las ideas estéticas de nuestro autor, remitimos a aquellas páginas al lector que desee una mayor información sobre la obra que nos ocupa.

Publicada por primera vez en 1642 con el título de *Arte de Ingenio*, fué objeto de una segunda edición seis años más tarde, recibiendo entonces su forma definitiva. En esta refundición, la obra aparece considerablemente ampliada con las traducciones de Marcial debidas a su amigo, el canónigo Salinas, y una interminable serie de citas de poetas aragoneses y alusiones a oradores sagrados de la época, entre los que se encuentran sus propios hermanos, a quienes tributa grandes elogios. No obstante, la doctrina de las dos ediciones apenas difiere.

Integrada por sesenta y tres « discursos », la obra consta de dos elementos primordiales : una larga exposición de los principales procedimientos estilísticos gratos a la época y una extensísima antología de poetas españoles y extranjeros, intercalada en el texto con el objeto de ejemplificar la teoría.

La primera viene a equivaler a una preceptiva tradicional, salvo la terminología empleada y el hacer consistir en el juego ingenioso de ideas lo esencial del estilo. En efecto, todos aquellos tropos y figuras retóricas que solían ser minuciosamente analizados en los códigos literarios desde hacía

siglos, quedan englobados en el tratado de Gracián bajo la denominación genérica de « agudezas » y « conceptos ». Como para él todo consiste en expresar la similitud o disparidad entre dos objetos (1), y los más diversos procedimientos poéticos aparecen asimilados a tan limitado propósito, a cada momento le veremos esforzarse en justificar semejante concepción del arte literario. Ello y el elogio exclusivo del ingenio como facultad capital del poeta, dan a la obra un tono conceptista inconfundible.

Mucho se ha discutido si el fin que Gracián se propuso fué establecer una preceptiva de acuerdo con sus peculiares gustos, o simplemente codificar los recursos más frecuentes del barroquismo ; pero el carácter normativo de la mayor parte de sus afirmaciones y su absoluta conformidad con cuanto expone, hacen oculta toda disputa sobre dicha cuestión. En este sentido, nuestro autor sería responsable, en parte, de las ridiculeces y absurdos del conceptismo decadente. Él mismo había de considerar, años más tarde, a la « Agudeza », como « más sutil que provechosa ».

Aunque, como decíamos, sus preferencias se orientan en un sentido muy concreto, su característica indecisión le hace adoptar a menudo una postura ecléctica, situándose frente a determinados dilemas en un término medio de cordura. Obsérvese en los fragmentos que insertamos a continuación su defensa del estilo lacónico y del redundante. Otras veces, limítase a exponer los términos

(1) « Es el ingenio anfibio ; está siempre a las dos vertientes de conveniencia y desconveniencia ».

de la cuestión sin decidirse por ningún extremo; así, cuando nos habla de los ingenios rápidos y reflexivos, respecto de los cuales « consta de la diferencia, no así de la ventaja ».

Sus divagaciones estéticas ocupan tanto espacio en el libro como las citas de sus poetas favoritos. El predominio de alusiones a autores en nada afectos al estilo conceptista ha desconcertado a algunos críticos, pero la lectura de los comentarios que las siguen es suficiente para hacernos ver que lo único que de ellos interesaba a Gracián era el rasgo ingenioso o el elemento intelectual. No ha de extrañarnos, pues, que sea el culterano Góngora el más ampliamente representado en esta multicolor antología. A su lado figuran también en primer término Quevedo, Lope de Vega, los Argensola, Juan Rufo y un sin fin de poetas menores, entre los que se hallan los conceptuosos líricos de los cancioneros del siglo xv. Los ejemplos latinos abundan asimismo en las páginas de la *Agudeza*, alcanzando Marcial el mayor número de citas y menos extensión Virgilio, Horacio, Ovidio y los poetas de la decadencia. Algunos italianos, como Guarini y Marino, y portugueses, como Camoens, completan este cuatrilingüe panorama literario. El propósito de Gracián no fué, pues, más que recopilar lo más saliente del ingenio universal, aprovechando el reciente aluvión de sutilezas que le proporcionaba la moda barroca.

Muchos de los fragmentos intercalados tienen para él, más que el valor de modelos dignos de imitación, el de brillantes ejemplos de la teoría expuesta, ya que el poeta ha de evitar el « para-

frasear ajenas y rozadas antiguallas », superando con nuevas invenciones los más autorizados logros. Los tiempos se muestran ávidos de originalidad y « poco es ya discurrir lo posible, si no se trasciende a lo imposible ». Emular, no imitar, es uno de los postulados máximos del Gracián preceptista.

La crítica de las poesías incluídas en el texto suele ser bastante endeble a consecuencia del unilateral concepto de la belleza literaria mantenido por nuestro autor, ya que al valorar exclusivamente el esfuerzo del ingenio, forzosamente tenía que prodigar los elogios a rebuscados poetas mediocres, pasándole inadvertido en otros casos el verdadero mérito de una composición. Su admiración por los ridículos engendros de Ledesma y demás autores semejantes, no tiene otro origen. Choca, no obstante, ver cómo se ofusca aquí su buen sentido crítico con motivo de un obcecado *parti pris*.

Está hoy fuera de toda duda que la idea central del libro se la proporcionaron las *Acutezze* de M. Peregrini. Sin embargo, Gracián alteró tanto la doctrina expuesta por el autor italiano, que su obra, muy al contrario de la que le inspiró, se convierte en una cálida defensa de la agudeza.

Como indicábamos en otro lugar, todavía no ha sido vertida a ningún idioma, ni es probable que lo consiga, dada su extraordinaria extensión y los numerosos e intraducibles juegos de palabras a que hace referencia. Por otra parte, lo limitado de sus doctrinas estéticas y lo arbitrario de muchos juicios críticos, hacen que sólo conserve para nosotros un mero valor histórico.

## *Agudeza y Arte de ingenio*

Si el percibir la agudeza acredita de águila, el producirla empeñará en ángel; empleo de querubines, y elevación de hombres, que nos remonta a extravagante (1) jerarquía.

Es este ser uno de aquellos que son más conocidos a bulto, y menos a precisión; déjase percibir, no definir; y en tan remoto asunto, estímase cualquiera descripción; lo que es para los ojos la hermosura, y para los oídos la consonancia, eso es para el entendimiento el concepto.

No se contenta el ingenio con sola la verdad, como el juicio, sino que aspira a la hermosura. Poco fuera en la arquitectura asegurar firmeza, si no atendiera al ornato.

Consiste, pues, este artificio conceptuoso, en una primorosa concordancia, en una armónica correlación entre dos o tres cognoscibles extremos, expresada por un acto del entendimiento.

De suerte, que se puede definir el concepto. Es un acto del entendimiento, que exprime (2) la correspondencia que se halla entre los objetos. La misma consonancia, o correlación artificiosa

(1) Fuera de lo común, excelente.
(2) Expresa.

exprimida, es la sutileza objetiva, como se ve, o se admira, en este célebre soneto, que, en competencia de otros muchos a la rosa, cantó don Luis de Góngora :

Ayer naciste, y morirás mañana ;
para tan breve ser, ¿quién te dió vida?
para vivir tan poco, estás lucida,
y para nada ser, estás lozana.
Si tu hermosura te engañó más vana,
bien presto la verás desvanecida,
porque en esa hermosura está escondida
la ocasión de morir muerte temprana.
Cuando te corte la robusta mano,
ley de la agricultura permitida,
grosero aliento acabará tu suerte.
No salgas, que te aguarda algún tirano,
dilata tu nacer para tu vida,
que anticipas tu ser para tu muerte.

Del Discurso II. « Esencia de la Agudeza ilustrada ».

Si una pregunta curiosa y dificultosa es prueba grande del discurso, una respuesta sutilmente adecuada, y pronta, será su desempeño. Habíase disfrazado el famoso Dante, y andaban por conocerle ; para esto, preguntaron : ¿Quién sabe del bien? Respondió él : quien sabe del mal, y al punto fué descubierto. Estas respuestas sentenciosas hicieron tan célebres los siete sabios de Grecia, como Tales, que preguntando, cuál era la cosa más fácil y la más dificultosa, respondió, que el conocer uno de sus defectos, y los ajenos. Bías, ¿cuál era la más cruel de las fieras, y más dañosa? : de las bravas, el tirano ; de las mansas, el adulador ; pero Diógenes, de las crueles, el mur-

murador ; de las domésticas, el adulador. Estuvo la gracia en responder con tanta sutileza, fuera de lo que le preguntaba, con lo moral a lo natural.

Unas veces consiste su primor en dar la difinición o declaración de la cosa que se pregunta, ya por una sentenciosa metáfora ; así Zenón, preguntándole, qué era la hermosura, en qué consistía, dijo que es flor que promete buen fruto de costumbres ; Aristóteles, prerrogativa de la naturaleza ; Sócrates, tiranía breve ; Teofrastro, engaño callado ; Carneades, imperio sin soldados ; Teócrito, escollo de marfil.

Por una semejanza se explica agradablemente el sujeto de que se pregunta ; pidiéndole a Platón, qué cosa era la esperanza, respondió : sueño de hombres despiertos. Demócrito, que las palabras son las sombras de los hechos. Solón, que los amigos de los reyes son lo que los contadores entre las monedas.

Una difinición sentenciosa es un relevante desempeño de la pregunta. Preguntándole a Pitágoras, qué cosa es el amigo, dijo : otro yo. *Amicus est alter ego*. Aristóteles, que dos cuerpos con una alma. Diógenes, de el amar, que era ocupación de ociosos ; él mismo, preguntándole uno, de dónde era, dijo que ciudadano de todo el mundo. Prosiguiendo, qué había estudiado, que la ciencia que enseña a estar indiferente y prevenido para toda fortuna.

Al contrario, otras veces se pregunta el sujeto de la misma difinición, y a quien convenga, la propiedad, el afecto, o circunstancia, y la sutileza de la respuesta consiste en descubrirlo. Desta

suerte, Sócrates, preguntando quién es el que más se parece a Dios, dijo que el que no depende de cosa alguna. Tales, quién se podía llamar feliz, respondió que el que tiene tres eses; esto es, santo, sano y sabio. Bión, quién vive con más cuidado y afán, el que en grandes puestos atiende a conservar su fortuna. Chilón, cuál es la cosa más dificultosa, dijo que el guardar el secreto encomendado. Aristóteles, qué saca el mentiroso, que ni él cree, ni a él le creen.

Pregúntanse tal vez las causas, y es discurrir señalar las morales y sentenciosas, como Diógenes, que preguntándole, por qué nos dió la naturaleza dos oídos y una lengua, dijo: para hablar poco y oír mucho. El emperador Sigismundo, por qué favorecía tanto a los buenos ingenios; dijo: la misma naturaleza me enseña a aventajarlos. Marcial, a uno que le extrañaba el no querer casar con una mujer muy rica:

> Prisco, ¿por qué no me caso,
> dices, con rica mujer?;
> porque no quiero yo ser
> la mujer, y éste es el caso.

Pídese también en la pregunta algún medio prudencial, o alguna elección acertada, y la prontitud está en el saber iluminar. Preguntando uno a Diógenes, de qué edad era bueno casar, respondió: para el mozo aún es presto, para el viejo ya es tarde, y, por consecuencia, nunca. A Antístenes, otro, qué mujer escogería; si fea, respondióle, da enfado, si hermosa, cuidado. Agesilao, cómo se alcanza la buena fama: dijo que hablando lo muy cuerdo, y obrando lo muy honroso. Agatocles,

de qué suerte reinará uno seguro y sin armas: si tratare a sus vasallos como a hijos.

Respóndese tal vez una cosa impensada, pero acertada. Preguntándole a una doncella pobre, como por fisga, dónde tenía su dote, respondió que en su honestidad y buena fama. Cautiva otra, y preguntada del comprador, si sería buena, respondió: y aunque no me compres. Sócrates, qué sabía, dijo: sólo sé, que nada sé.

Con acción se responde misteriosamente; así, aquel filósofo, preguntado qué era nuestra vida, dió una vuelta alrededor del corro y sin decir palabra desapareció, significando, que otro tanto es la vida humana. No respondiendo alguna vez, se responde mucho. Preguntándole a Biante, un hombre muy malo, qué cosa era la virtud, no le respondía; instado, dijo: es impertinente para ti. Indirectamente, se puede responder con mucha agudeza. Preguntándole uno a Aristóteles cuál sea la causa que gustamos más de tratar y conversar con las personas de buen rostro, respondió: esa pregunta sólo pudiera hacerla un ciego. A Antístenes consultó Antígono, si iría a un convite; advierte, dijo, que te crías para rey.

Cuando se pregunta la causa de alguna acción extraordinaria y notable, suele ser la respuesta desempeño del intento misterioso. Iba Diógenes por una calle caminando contra la numerosa corriente del pueblo; preguntóle uno, por qué caminaba de aquel modo, y respondió: yo siempre voy al contrario de el vulgo.

Del Discurso XLI. «De las respuestas prontas ingeniosas».

Dos cosas hacen perfecto un estilo, lo material de las palabras y lo formal de los pensamientos, que de ambas eminencias se adecúa su perfección. Conténtanse unos con sola la alma de la agudeza, sin atender a la bizarría del exprimirla, antes tienen por felicidad la facilidad del decir, aun en la poesía.

Son las voces, lo que las hojas en el árbol, y los conceptos el fruto. No fué paradoja, sino ignorancia, condenar todo concepto. Ni fué Aristarco, sino monstruo el que satirizó la agudeza, antípoda del ingenio, cuya mente debía ser el desierto del discurso. Son los conceptos, vida del estilo, espíritu del decir y tanto tiene de perfección, cuanto de sutileza ; mas cuando se junta lo realzado del estilo y lo remontado del concepto, hacen la obra cabal.

Del Discurso LX. «De la perfección del estilo en común».

Descendiendo a los estilos en su hermosa variedad, dos son los capitales, redundante el uno, y conciso el otro, según su esencia : asiático y lacónico, según la autoridad. Yerro sería condenar cualquiera ; porque cada uno tiene su perfección y su ocasión. El dilatado es propio de oradores, el ajustado de filósofos morales. Los historiadores se bandean lisonjeando el gusto con su agradable variedad. Más que vulgar ignorancia, es querer ajustar un historiador a la seca narración de los sucesos, sin que comente, pondere, ni censure ; ¿quién presumirá condenar a Valerio Máximo, que pondera, y a Tácito, que censura ; a Floro, que

aprecia, y a Patérculo, que comenta? Y si esta paradoja fuera verisímil, no había de haber más que un historiador de cada materia ; porque en refiriendo uno los sucesos, no les quedaría quehacer a los demás, sino cansar con repetir. La desnuda narración es como el canto llano ; sobre él se echa después el agradable artificioso contrapunto. Es anómalo el humano gusto, que apatece en un mismo manjar mil diferencias de sainetes (1). De los Poetas, los Épicos se explayan, los Epigramatarios se ciñen.

Uno y otro estilo han de tener alma conceptuosa, participando del ingenio su inmortalidad.

Del Discurso LXI. « De la variedad de los estilos ».

Otros dos géneros de estilo hay célebres, muy altercados de los valientes gustos, y son el natural, y el artificial ; aquél, liso, corriente, sin afectación, pero proprio, casto y terso ; éste, pulido, limado, con estudio y atención ; aquél claro, éste dificultoso. Aquél, dicen sus valedores, es el propio, grave, decente ; en él hablamos de veras, con él hablamos a los príncipes y personajes autorizados ; él es eficaz para persuadir, y así muy propio de oradores, y más cristianos ; es gustoso, porque no es violento ; es substancial, verdadero, y así el más apto para el fin del habla, que es darnos a entender. El artificioso, dicen sus secuaces, es más perfecto, que sin el arte siempre fué la naturaleza inculta, y basta ; es sublime, y así más

(1) Salsa que se pone a ciertos manjares para hacerlos más apetitosos.

digno de los grandes ingenios ; más agradable, porque junta lo dulce con lo útil, como lo han platicado todos los varones ingeniosos y elocuentes.

Pero cada uno en su sazón, y todo con cordura ; y nótese con toda advertencia, que hay un estilo culto, bastardo y aparente, que pone la mira en sola la colocación de las palabras, en la pulideza material de ellas, sin alma de agudeza, usando de encontrados y partidos conceptos ; de alforja los apodaba Bartolomé Leonardo ; porque lo mismo exprime el que va delante, como el que viene detrás. Ésta es una enfadosa, vana, inútil afectación, indigna de ser escuchada. Ornato hay en la retórica para las palabras, es verdad ; pero más principal para el sentido, que llaman tropos y figuras de sentencias. Siempre insisto en que lo conceptuoso es el espíritu del estilo.

Del Discurso LXII. « Ideas del hablar bien ».

## EL DISCRETO

Cuatro años más tarde de la aparición de la *Agudeza y Arte de Ingenio*, Gracián da a la imprenta una nueva obra. Costéala su amigo Lastanosa y va dedicada al infante Baltasar Carlos. Tres veces más extensa que *El Héroe*, con el que, según veremos, guarda una indudable relación, consta de veinticinco capítulos, en los que se exponen otros tantos primores o « realces » del hombre de mundo.

Así como en su obra inicial nuestro autor nos dibuja un paradigma humano sustrayéndolo a toda determinación social, *El Discreto* aparece estrictamente vinculado a un ambiente cortesano. La meta propuesta a estas dos figuras ideales viene a ser la misma : el triunfo en la difícil relación con los demás hombres y el aplauso de la mayoría ; pero las especiales circunstancias que rodean a la última hacen que varíen ligeramente las normas de conducta que habrá de seguir. Ya no se le exigirá, como al Héroe, un « corazón de rey » ni « una secreta fuerza de imperio », insistiéndose, en cambio, en aquellas virtudes que confieren el éxito en una sociedad distinguida ; por eso podría definirse el presente tratado como un « arte de marear en Palacio », utilizando una expresión del propio Gracián.

También aquí echamos de menos ese plan de conjunto que falta en sus dos primeras obras. No obstante, podríamos sintetizar en seis virtudes esenciales la serie de cualidades que van apareciendo en el libro de forma desordenada.

1.ª. Prudencia reflexiva, ponderado equilibrio.
2.ª. Espíritu aristocrático, señoril llaneza, noble desenvoltura.
3.ª. Trato agradable, amenidad, ingenio.
4.ª. Sagaz perspicacia, rapidez de juicio, palabra y obra.
5.ª. Aplicación, cultura, « arte ».
6.ª. Virtuosa « entereza ».

Es de notar la absoluta ausencia de alusiones al elemento religioso ; circunstancia que adquiere un mayor relieve si comparamos *El Discreto* con *El Héroe*, donde los valores cristianos encuentran una amplia referencia en el último capítulo. Por si ello fuera poco, multitud de detalles nos muestran la considerable distancia que media entre los fines propuestos por Gracián y los que señalaba la moral tradicional. Cuando en el capítulo XIII se recomienda un « prudente encogimiento » para « esconder los méritos », no es la humildad cristiana la razón de tal actitud, sino un simple deseo de picar « en lo vivo a la curiosidad... cebando la admiración ». A través de toda la producción gracianesca puede observarse un progresivo alejamiento de los principios y propósitos de la moral católica, que deja de manifiesto, cada vez con mayor claridad, la intención puramente mundana

y la peculiar posición práctica de nuestro autor. Dígase lo que se quiera, tanto en ésta como en las demás obras, Gracián sólo se ha interesado por una educación del hombre orientada hacia el éxito social, haciendo caso omiso de cuanto pudiera relacionarse con su destino eterno.

Un eminente crítico de literatura comparada [1] ha señalado las hondas diferencias que separan a *El Héroe* y a *El Discreto*, de los modelos europeos propuestos por los siglos XVI y XVII, pues si el « cortegiano » de la Italia del Renacimiento se caracteriza, entre otras cosas, por su elegante despreocupación y su destreza en las más diversas actividades — poesía, música, danza, ejercicios corporales... —, los arquetipos españoles se nos muestran dotados de una mayor gravedad y más reconcentrados y dueños de sí mismos; y si en algún momento persiguen una amable variedad en sus habilidades y actitudes, será, más para deslumbrar la atención ajena y evitar el cansancio producido por la repetición monótona de un gesto, que para conseguir esa universalidad que constituía el objeto primordial de la educación renacentista. Gracián recomendará siempre « singularizarse » en alguna cualidad excelsa, más bien que una formación orientada hacia el desarrollo integral y armónico de todas las facultades humanas. La dureza de la época exigía concentrar las energías en un solo punto para impedir que se diluyeran en una multitud de amables empleos.

---

(1) BALDENSPERGER ; citado por ROUVEYRE.

También difieren notablemente los modelos gracianescos, de *L'Honnête homme* creado por el siglo XVII francés, a pesar de que con seguridad debieron de inspirarle algunos rasgos, ya que su frivolidad de hombre de salón y la limitación de su espíritu, sofocado por los convencionalismos cortesanos, son la más absoluta antítesis de la austeridad de vida y del receloso individualismo de aquéllos.

Equilibrados, suspicaces y concentrados en sí mismos, como el propio Gracián, sus tipos ideales nos parecen a veces la encarnación literaria del asténico introvertido.

El estilo de *El Discreto* supera en muchos aspectos a las obras que le precedieron. La fluidez y la soltura de la expresión, unidas a una mayor amenidad ocasionada por la variedad de los asuntos y la ampliación del elemento narrativo, hacen que podamos considerarle como un paso entre las primeras obras y *El Criticón*. Si por su intención y contenido nos recuerda los « Primores » de *El Héroe*, de los que en cierta manera podría considerarse como una glosa constante (1), el uso de alegorías, la introducción del diálogo, el mayor desarrollo conferido a lo narrativo, el título de algunos capítulos — verbigracia, los denominados « Sátira » o « Crisis » — y sobre todo la consideración final, en la que estudia la « Culta repartición de la vida de un discreto », nos anuncian lo que será la obra definitiva de Gracián.

(1) Apenas hay capítulo de *El Discreto* que no pueda relacionarse con otro de *El Héroe*. Véase, por ejemplo, el que lleva el título « Contra la hazañería », de contenido semejante al Primor XVII.

## *El Discreto*

### NO ESTAR SIEMPRE DE BURLAS

SÁTIRA

Es muy seria la prudencia, y la gravedad concilia veneración ; de dos extremos, más seguro es el genio majestuoso. El que siempre está de burlas nunca es hombre de veras, y hay algunos que siempre lo están ; tiénenlo por ventaja de discreción y lo afectan, que no hay monstruosidad sin padrino ; pero no hay mayor desaire que el continuo donaire. Su rato han de tener las burlas ; todos los demás, las veras. El mismo nombre de sales está avisando cómo se han de usar. Hase de hacer distinción de tiempos, y mucho más de personas. El burlarse con otro es tratarle de inferior, y a lo más de igual, pues se le aja el decoro y se le niega la veneración.

Estos tales nunca se sabe cuándo hablan de veras, y así los igualamos con los mentirosos, no dándoles crédito a los unos por recelo de mentira, a los otros de burla. Nunca hablan en juicio, que es tanto como no tenerle, y más culpable, porque no usar dél por no querer, más es que por no poder ; y así, no se diferencian de los faltos sino en ser voluntarios, que es doblada monstruo-

sidad. Obra en ellos la liviandad lo que en los otros el defecto ; un mismo ejercicio tienen, que es entretener y hacer reír, unos de propósito, otros sin él.

Otro género hay aún más enfadoso por lo que tiene de perjudicial, y es de aquellos que en todo tiempo y con todos están de fisga. Aborrecibles monstruos, de quienes huyen todos más que del bruto de Esopo, que cortejaba a coces y lisonjeaba a bocados. Entre fisga y gracia van glosando la conversación, y lo que ellos tienen por punto de galantería es un verdadero desprecio de lo que los otros dicen ; y no sólo no es graciosidad, sino una aborrecible frialdad. Lo que ellos presumen gracia es un prodigioso enfado de los que tercian. Poco a poco se van empeñando hasta ser murmuradores cara a cara. Por decir una gracia os dirán un convicio (1), y éstos son de quien Cicerón abominaba, que por decir un dicho pierden un amigo o lo entibian ; ganan fama de decidores y pierden el crédito de prudentes. Pásase el gusto del chiste, y queda la pena del arrepentimiento : lloran por lo que hicieron reír. Éstos no se ahorran, ni con el más amigo ni con el más compuesto ; y es notable que jamás se les ofrece la promptitud en favor sino en sátira ; tienen siniestro el ingenio.

Éste, con otros defectos infelices, nace de poca substancia y acompaña la liviandad. En hombres de gran puesto se censuran más y, aunque los hace en algún modo gratos al vulgo, por la llaneza, pone a peligro el decoro con la facilidad ; que,

(1) Injuria.

como ellos no lo guardan a los otros, ocasionan el recíproco atrevimiento.

Es connnatural en algunos el donoso genio. Dotóles desta gracia la naturaleza, y, si con la cordura se templasen, sería prenda y no defecto. Un grano de donosidad es plausible realce en el más autorizado; pero dejarse vencer de la inclinación en todo tiempo es venir a parar en hombre de dar gusto por oficio, sazonador de dichos y aparejador de la risa. Si en una cómica novela se condena por impropriedad el introducirse siempre chanceando a Davo (1), y que entre lo grave de la enseñanza o lo serio de la reprehensión del padre al hijo mezcle él su gracejo, ¿qué será, sin ser Davo, en una grave conversación estar chanceando? Será hacer farsa con risa de sí mismo.

Hay algunos que, aunque le pese a Minerva, afectan la graciosidad, y, como en ellos es postiza, ocasiona antes enfado que gusto, y si consiguen el hacer reír, más es fisga de su frialdad que agrado de su donaire. Siempre la afectación fué enfadosa, pero en el gracejo, intolerable, porque sumamente enfada y, queriendo hacer reír, queda ella por ridícula; y si comúnmente viven desacreditados los graciosos, cuánto más los afectados, pues con su frialdad doblan el desprecio.

Hay donosos y hay burlescos, que es mucha la diferencia. El varón discreto juega también esta pieza del donaire, no la afecta, y esto en su sazón; déjase caer como al descuido un grano desta sal, que se estimó más que una perla, raras

(1) Tipo de la comedia latina, que representa a un esclavo fiel algo cándido.

veces haciendo la salva a la cordura y pidiéndole al decoro la venia. Mucho vale una gracia en su ocasión. Suele ser el atajo del desempeño. Sazonó esta sal muchos desaires. Cosas hay que se han de tomar de burlas, y tal vez las que el otro toma más de veras. Único arbitrio de cordura, hacen juego del más encendido fuego.

Pesado es el extremo de los muy serios, y poco plausible Catón con su bando, pero venerado; rígida secta la de los compuestos y cuerdos; pocos la siguen, muchos la reverencian, y aunque causa la gravedad pesadumbre, pero no desprecio.

Que es de ver uno destos destemplados de agudeza, siniestros de ingenio, chancear aún en la misma muerte; que si los sabios mueren como cisnes (1), éstos como grajos, graceando mal y porfiando. De esta suerte un Carvajal (2) mostró cuán rematada había sido su vida.

Los hombres cuerdos y prudentes siempre hicieron muy poca merced a las gracias, y una sola bastaba para perder la real del Católico Prudente. Súfrense mejor unos a otros los necios, o porque no advierten, o porque se semejan. Mas el varón prudente no puede violentarse, si no es que tercie la dependencia.

### CULTA REPARTICIÓN DE LA VIDA DE UN DISCRETO

Mide su vida el sabio como el que ha de vivir poco y mucho. La vida sin estancias es camino

(1) Cantando.
(2) Aventurero español que murió descuartizado en América.

largo sin mesones ; pues ¡qué si han de pasar en compañía de Heráclito! (1). La misma naturaleza, atenta, proporcionó el vivir del hombre con el caminar del sol, las estaciones del año con las de la vida, y los cuatro tiempos de aquél con las cuatro edades désta.

Comienza la Primavera en la niñez, tiernas flores en esperanzas frágiles.

Síguese el Estío caluroso y destemplado de la mocedad, de todas maneras peligroso, por lo ardiente de la sangre y tempestuoso de las pasiones.

Entra después el deseado Otoño de la varonil edad coronado de sazonados frutos, en dictámenes, en sentencias y en aciertos.

Acaba con todo el Invierno helado de la vejez : cáense las hojas de los bríos, blanquea la nieve de las canas, hiélanse los arroyos de las venas, todo se desnuda de dientes y de cabellos, y tiembla la vida de su cercana muerte. De esta suerte alternó la naturaleza las edades y los tiempos.

Emula el arte, intenta repartir la moral vida ingeniosamente varia. En una palabra la dijo Pitágoras y aun menos, pues en una sola letra (2) y en sus dos ramos cifró los dos caminos tan opuestos del mal y del bien. A este arriesgado bivio (3) dicen que llegó Alcides al amanecer, que la razón es aurora, y aquí fué su común perplejidad. Miraba el de la diestra con horror, y con afición el de la siniestra. Estrecho aquél y difi-

(1) Filósofo griego que afirmaba como verdad fundamental el devenir de los seres.
(2) La Y griega.
(3) Bifurcación de un camino.

cultoso, al fin cuesta arriba, y por el consiguiente desandado ; espacioso éste y fácil, tan a cuesta abajo cuan trillado. Paró aquí, reparando cuán superior mano le guió impulsiva por el camino de la virtud al paradero de heroicidad.

Donosamente discurrió uno, y dulcemente lo cantó otro, el falcón que se convirtió en cisne. Diéronle al hombre treinta años suyos para gozarse y gozar, veinte después prestados del jumento para trabajar, otros tantos del perro para ladrar y veinte últimos de la mona para caducar ; excelentísima ficción de la verdad.

Mas, ahorrando de erudita prolijidad, célebre gusto fué el de aquel varón galante que repartió la comedia en tres jornadas y el viaje de su vida en tres estaciones. La primera empleó en hablar con los muertos. La segunda con los vivos. La tercera consigo mismo. Descifremos el enigma.

Digo que el primer tercio de su vida destinó a los libros, leyó, que fué más fruición que ocupación ; que si tanto es uno más hombre cuanto más sabe, el más noble empleo será el aprender ; devoró libros, pasto del alma, delicias del espíritu. ¡Gran felicidad, topar con los selectos en cada materia! Aprendió todas las artes dignas de un noble ingenio, a distinción de aquéllas que son para esclavas del trabajo.

Previnose para ellas con una tan precisa cuanto enfadosa cognición de lenguas : las dos universales, latina y española, que hoy son las llaves del mundo, y las singulares griega, italiana, francesa, inglesa y alemana, para poder lograr lo mucho y bueno que se eterniza en ellas.

Entregóse luego a aquella gran madre de la vida, esposa del entendimiento y hija de la experiencia, la plausible historia, la que más deleita y la que más enseña. Comenzó por las antiguas, acabó por las modernas, aunque otros platiquen [1] lo contrario. No perdonó a las propias ni a las extranjeras, sagradas y profanas, con elección y estimación de los autores, con distinción de los tiempos, eras, centurias y siglos; comprensión grande de las monarquías, repúblicas, imperios, con sus aumentos, declinaciones y mudanzas; el número, orden y calidades de sus príncipes; sus hechos en paz y en guerra. Y esto con tan feliz memoria, que parecía un capacísimo teatro de la antigüedad presente.

Paseó los deliciosísimos jardines de la poesía, no tanto para usarla cuanto para gozarla, que es ventaja y aun decencia; con todo eso, ni fué tan ignorante que no supiese hacer un verso, ni tan inconsiderado que hiciese dos. Leyó todos los verdaderos poetas, adelantando mucho el ingenio con sus dichos y el juicio con sus sentencias; y entre todos dedicó el seno al profundo Horacio y la mano al agudo Marcial, que fué darle la palma, entregándolos todos a la memoria y más al entendimiento. Con la poesía juntó la gustosa humanidad, y por renombre las buenas letras, atesorando una relevante erudición.

Pasó a la filosofía y, comenzando por la natural, alcanzó las causas de las cosas, la composición del universo, el artificioso ser del hombre, las pro-

---

(1) Practiquen.

piedades de los animales, las virtudes de las hierbas y las calidades de las piedras preciosas. Gustó más de la moral, pasto de muy hombres, para dar vida a la prudencia, y estudióla en los sabios y filósofos, que nos la vincularon en sentencias, apotegmas, emblemas, sátiras y apólogos. Gran discípulo de Séneca, que pudiera ser Lucilio ; apasionado de Platón, como divino de los Siete de la fama, de Epitecto y de Plutarco, no despreciando al útil y donoso Esopo.

Supo con magisterio la cosmografía, la material y la formal, midiendo las tierras y los mares, distinguiendo los parajes y los climas ; las cuatro partes hoy del universo, y en ellas las provincias y naciones, los reinos y repúblicas, ya para saberlo, ya para hablarlo, y no ser de aquellos tan vulgares, o por ignorantes o por dejados, que jamás supieron dónde tenían los pies.

De la astrología supo lo que permite la cordura. Reconoció los celestes orbes, notó sus varios movimientos, numeró sus astros y planetas, observando sus influencias y efectos.

Coronó su plática estudiosidad con una continua grave lición de la Sagrada Escritura, la más provechosa, varia y agradable al buen gusto y al ejemplo de aquel fénix de reyes don Alfonso el Magnánimo, que pasó de cabo a cabo la Biblia catorce veces con comento, en medio de tantos y tan heroicos empleos.

Consiguió con esto una noticiosa universalidad, de suerte que la filosofía moral le hizo prudente ; la natural, sabio ; la historia, avisado ; la poesía, ingenioso ; la retórica, elocuente ; la hu-

manidad, discreto ; la cosmografía, noticioso ; la sagrada lición, pío, y todo él en todo género de buenas letras consumado, que pudiera competir con el excelentísimo señor don Sebastián de Mendoza, conde de Coruña. Éste fué el grande y primer acto de su vida.

Empleó el segundo en peregrinar, que fué gusto peregrino, segunda felicidad para un hombre de curiosidad y buena nota. Buscó y gozó de todo lo bueno y lo mejor del mundo, que quien no ve las cosas no goza enteramente de ellas : va mucho de lo visto a lo imaginado ; más gusta de los objetos el que los ve una vez que el que muchas, porque aquélla se goza y las demás enfadan ; consérvase en aquellas primicias el gusto sin que las roce la continuidad ; el primer día es una cosa para el gusto de su dueño, todos los demás para el de los extraños.

Adquiérese aquella ciencia experimental, tan estimada de los sabios, especialmente cuando el que registra atiende y sabe reparar, examinándolo todo o con admiración o con desengaño.

Trasegó, pues, todo el universo, y paseó todas sus políticas provincias : la rica España, la numerosa Francia, la hermosa Inglaterra, la artificiosa Alemania, la valerosa Polonia, la amena Moscovia y todo junto en Italia. Admiró sus más célebres emporios, solicitando en cada ciudad todo lo notable, así antiguo como moderno ; lo magnífico de sus templos, lo suntuoso de sus edificios, lo acertado de su gobierno, lo entendido de sus ciudadanos, lo lucido de su nobleza, lo docto de sus escuelas y lo culto de su trato.

Frecuentó las cortes de los mayores príncipes, logrando en ellas todo género de prodigios de la naturaleza y del arte en pinturas, estatuas, tapicerías, librerías, joyas, armas, jardines y museos.

Comunicó con los primeros y mayores hombres del mundo, eminentes, ya en letras, ya en valor, ya en las artes, estimando toda eminencia ; y todo esto con una juiciosa comprehensión, notando, censurando, cotejando y dando a cada cosa su merecido precio.

La tercera jornada de tan bello vivir, la mayor y la mejor, empleó en meditar lo mucho que había leído y lo más que había visto. Todo cuanto entra por las puertas de los sentidos en este emporio del alma va a parar a la aduana del entendimiento ; allí se registra todo. Él pondera, juzga, discurre, infiere y va sacando quintas esencias de verdades. Traga primero leyendo, devora viendo, rumia después meditando, desmenuza objetos, desentraña las cosas averiguando las verdades, y aliméntase el espíritu de la verdadera sabiduría.

Es destinada la madura edad para la contemplación, que entonces cobra más fuerzas el alma cuando las pierde el cuerpo, reálzase la balanza de la parte superior lo que descaece la inferior. Hácese muy diferente concepto de las cosas, y con la madurez de la edad se sazonan los discursos y los afectos.

Importa mucho la prudente reflexión sobre las cosas, porque lo que de primera instancia se pasó de vuelo, después se alcanza a la revista.

Hace noticiosos el ver, pero el contemplar hace sabios. Peregrinaron todos aquellos antiguos filó-

sofos discurriendo primero con los pies y con la vista, para después con la inteligencia, con la cual fueron tan raros. Es corona de la discreción el saber filosofar, sacando de todo, como solícita abeja, o la miel del gustoso provecho o la cera para la luz del desengaño.

La misma filosofía no es otro que meditación de la muerte, que es menester meditarla muchas veces antes para acertar a hacer bien una sola después.

## ORÁCULO MANUAL Y ARTE DE PRUDENCIA

Publicada en 1647, es quizás la obra de Gracián que más fama le ha procurado en el extranjero. En 1684, Amelot de la Houssaie la traduce por primera vez al francés con el título de *L'Homme de cour*, y poco a poco va siendo vertida al alemán, inglés, italiano, holandés, húngaro, latín y ruso.

Unas palabras de Lastanosa, al frente del *Oráculo*, han dado lugar a innumerables conjeturas sobre su confección. Resumiendo los términos de esta engorrosa cuestión erudita, podemos afirmar que el noble mecenas redujo su tarea a recopilar las trescientas máximas de que consta la obra, espigándolas en los diversos tratados que había compuesto Gracián, quien probablemente colaboraría en tal empresa dando la forma definitiva a las sentencias escogidas. A pesar de la intervención del primero, el *Oráculo* ofrece el típico desorden que caracteriza a todas las producciones de nuestro autor.

La mayor parte de sus máximas proceden, pues, directamente de obras que ya habían visto la luz; pero cierto número de ellas, cuyo origen no ha podido establecerse, es posible que guarde una inmediata relación con dos libros a que se hace

referencia en algún punto (1) y que no llegaron a publicarse, al incluirse sus ideas esenciales en el *Oráculo*.

La circunstancia de que sus trescientos apartados sean síntesis o desarrollo de pensamientos apuntados en otra parte, da a la presente colección una densidad ideológica que justifica el extraordinario éxito alcanzado fuera de España. En ellas vemos condensado lo más substancial de la filosofía práctica de nuestro autor, pudiendo afirmarse, como alguien lo ha hecho, que son como las raíces de que se nutre el árbol de *El Criticón*. El extremado laconismo del estilo y la absoluta supresión del elemento narrativo, hacen que cada párrafo aparezca tan preñado de sentido que equivalga por sí solo a un extenso capítulo, lo que constituye precisamente uno de sus mayores atractivos.

Siendo así que en otro lugar hemos señalado las líneas generales de la moral gracianesca (2), nos limitaremos a exponer algunas ideas en relación con las máximas que a continuación se insertan.

Gracián no podía haber escogido un título más adecuado a su obra que el de *Arte de Prudencia*, ya que todos sus avisos vienen a sintetizarse en dos palabras: sé prudente. El mayor error que puede cometer un hombre es dejarse llevar por sus naturales impulsos y obrar de acuerdo con

---

(1) *El Atento* y *El Galante*, citados en el prólogo de *El Discreto* y que quizás sólo se hallaban en embrión al editarse el *Oráculo*.

(2) Vid. en nuestro prólogo: « Ideario moral »,

la apariencia de las cosas, pues ni la actuación basada en nuestra pobre condición humana es, por sí sola, garantía del éxito, ni la realidad se halla donde cree hallarla la mirada ingenua. Por ello, es necesario adoptar un gesto de prudente recelo y desconfiar de todo y hasta de nosotros mismos, reprimiendo con las normas que nos dicte el « arte » de vivir, los movimientos espontáneos de nuestra « naturaleza ». La pura bondad irreflexiva puede sernos fatal y hay que ir con cautela para no caer en la tontería, entendiendo por tal la conducta de quien por ayudar al prójimo labra su propia ruina. De nada sirve « la contemplación de las cosas sublimes » si no se tiene « un punto de negociante », y en ello reside « el verdadero saber ». Eludir la necedad y aprovechar la ajena : gran regla de la sabiduría práctica.

Semejantes premisas nos obligan a obrar en consecuencia, ejerciendo una rígida vigilancia sobre nuestras reacciones temperamentales y nuestra relación con los demás hombres.

Para lograr el control de la propia personalidad basta evitar que las pasiones y « los humores » nos arrastren, manteniendo en todo momento un prudente equilibrio ; pero hay que conseguirlo a todo trance, porque quien no haya alcanzado la impasibilidad frente a las contrariedades y el más absoluto dominio de sí mismo, ofrece constantemente un portillo abierto al enemigo.

En cuanto a nuestra vida social, tendremos que sustituir la noción de convivencia por un concepto de lucha. Ante la imposibilidad de una relación presidida por el amor y la confianza recíproca,

no resta otro camino que atacar y defenderse ; ni aun con los amigos cabe una actitud de absoluta entrega, porque en un momento dado pueden volverse contra nosotros.

El ataque se iniciará descubriendo los puntos débiles del adversario, y para ello toda astucia será poca. Gracián, gran maestro de « tretas » y « contratretas », se complace en imaginar los más sinuosos y sagaces procedimientos para llegar a conocer los ocultos propósitos del enemigo. Una vez conseguido esto, habrá que desorientarle con el objeto de poder asestar inesperadamente el golpe decisivo. Todo el arte de combatir de este formidable estratega moral está hecho de fintas impensadas y segundas intenciones. Nunca dar la cara al adversario, parece decirnos a cada instante.

Sin embargo, sus preferencias — como en la España de la época — estaban orientadas hacia la táctica defensiva. Cree que una retirada a tiempo tiene tanto valor como una brillante victoria y hace de la prudente precaución su arma favorita. ¿Y qué mejor precaución que disimular los propios recursos ocultándolos a la ajena consideración? Eludir todo cuanto pueda revelar el secreto de nuestra intimidad es quizás el consejo más insistentemente repetido a lo largo de todo el *Oráculo Manual*. Descubrir para atacar ; disimular para defenderse ; he aquí el eje de la técnica combativa de Gracián.

Hemos procurado sintetizar, dándole trabazón lógica, el contenido de las treinta y cinco máximas que insertamos a continuación ; no obstante, in-

terésanos señalar cómo hasta en estas reducidas muestras se dan esas sorprendentes contradicciones que ya hemos puesto de relieve repetidas veces. Basta comparar las que llevan los números CXLIX y CCLXXXV para advertir la constante fluctuación del pensamiento gracianesco. Dícesenos en la primera que « hay que tener en quien recaiga la censura de los propios desaciertos », y en la segunda que « siempre fué superioridad la generosidad ». Honradamente, no vemos cómo sea posible conciliar tan antagónicas afirmaciones. Pero habiendo ya hablado en otro lugar de esta curiosa modalidad de la ideología de nuestro autor, nos limitaremos a recordar la opinión de Vossler, para quien « el especial encanto del *Oráculo Manual* reside cabalmente en este español e inimitable maridaje de sí y no ».

La moral expuesta en sus páginas ha provocado duros comentarios por parte de algunos críticos, habiéndose llegado a calificarla de « abominable ». Para nosotros lo verdaderamente censurable es el seco egoísmo que respiran buen número de sentencias, entre las que se encuentran la CXLIX, la CLXIII y la CCLXXXV, todas ellas incluídas en la presente antología. Es cierto que su constante elogio del disimulo resulta poco simpático, pero unas palabras de cierto pensador católico (1) podrán servirle de disculpa : « El disimulo no equivale siempre a mala fe. No sería moral, sino insensato, abrir el corazón y los pensamientos íntimos a cualquier estúpido o mal-

(1) MARITAIN, *Sort de l'Homme*.

vado. La estupidez no es nunca moral: es un vicio ».

Observe, por último, el lector, la casi total ausencia del elemento religioso en esta breve obra inspirada, en su mayor parte, en la filosofía práctica de la antigüedad clásica.

## *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*

### III

*Llevar sus cosas con suspensión.* La admiración de la novedad es estimación de los aciertos. El jugar a juego descubierto, ni es de utilidad, ni de gusto. El no declararse luego (1) suspende, y más donde la sublimidad del empleo da objeto a la universal expectación, amaga (2) misterio en todo y con su misma arcanidad provoca la veneración ; aun en el darse a entender se ha de huir la llaneza ; así como ni en el trato se ha de permitir el interior a todos. Es el recatado silencio sagrado de la cordura. La resolución declarada nunca fué estimada ; antes se permite a la censura ; y si se saliere azar, será dos veces infeliz. Imítese, pues, el proceder divino para hacer estar a la mira y al desvelo.

### XII

*Naturaleza y arte, materia y obra.* No hay belleza sin ayuda, ni perfección que no dé en bárbara sin el realce del artificio ; a lo malo socorre y lo bueno lo perficiona. Déjanos comúnmente a lo mejor la naturaleza : acojámonos al arte. El mejor natural es inculto sin ella, y les falta la mitad a las

(1) Inmediatamente.
(2) Oculta.

perfecciones si les falta la cultura. Todo hombre sabe a tosco sin artificio, y ha menester pulirse en todo orden de perfección.

## XIII

*Obrar de intención, ya segunda, ya primera.* Milicia es la vida del hombre contra la malicia del hombre ; pelea la sagacidad con estratagemas de intención. Nunca obra lo que indica : apunta, sí, para deslumbrar : amaga (1) al aire con destreza y ejecuta en la impensada realidad, atenta siempre a desmentir. Echa una intención para asegurarse de la émula atención, y revuelve luego contra ella, venciendo por lo inesperado. Pero la penetrante inteligencia la previene con atenciones, la acecha con reflejos ; entiende siempre lo contrario de lo que quiere que entienda, y conoce luego cualquier intentar de falso : deja pasar toda primera intención, y está en espera a la segunda, y aun a la tercera. Auméntase la simulación al ver alcanzado su artificio, y pretende engañar con la misma verdad. Muda de juego, por mudar de treta, y hace artificio del no artificio, fundando su astucia en la mayor candidez. Acude la observación, entendiendo su perspicacia, y descubre las tinieblas revestidas de la luz ; descifra la intención, más solapada cuanto más sencilla. Desta suerte combate la calidez de Pitón (2) contra la candidez (3) de los penetrantes rayos de Apolo.

(1) Aquí : simula con un ademán la intención de dar un golpe.

(2) La astucia de la serpiente Pitón.

(3) En su doble acepción de blancura y ausencia de malicia.

## XXIX

*Hombre de entereza.* Siempre de parte de la razón : con tal tesón de su propósito, que ni la pasión vulgar ni la violencia tirana le obliguen jamás a pisar la raya de la razón. Pero ¿quién será este fénix de la equidad? Que tiene pocos finos la entereza. Celebrándola muchos, mas no por su casa, síguenla otros hasta el peligro ; en él, los falsos la niegan, los políticos la disimulan. No repara ella en encontrarse con la amistad, con el poder y aun con la propia conveniencia, y aquí es el aprieto del desconocerla. Abstraen los astutos con metafísica plausible, por no agraviar, o la razón superior o la de Estado ; pero el constante varón juzga por especie de traición el disimulo ; préciase más de la tenacidad que de la sagacidad : hállase donde la verdad se halla, y, si deja los sujetos, no es por variedad suya, sino de ellos, en dejarla primero.

## XLV

*Usar — no abusar — de las reflexas* (1). No se han de afectar, menos dar a entender ; toda arte se ha de encubrir, que es sospechosa, y más la de cautela, que es odiosa. Úsase mucho el engaño : multiplíquese el recelo, sin darse a conocer, que ocasionaría la desconfianza ; mucho desobliga y provoca a la venganza ; despierta el mal que no se imaginó. La reflexión en el proceder es gran ven-

(1) Cautela, segunda intención.

taja en el obrar; no hay mayor argumento del discurso. La mayor perfección de las acciones está afianzada del señorío con que se ejecutan.

## XLVII

*Huir los empeños.* Es de los primeros asuntos de la prudencia. En las grandes capacidades siempre hay grandes distancias, hasta los últimos trances. Hay mucho que andar de un extremo a otro, y ellos siempre se están en el medio de su cordura: llegan tarde al cumplimiento; que es más fácil hurtarle el cuerpo a la ocasión que salir bien della. Son tentaciones de juicio; más segura el huirlas que el vencerlas. Trae un empeño otro mayor, y está muy al canto del despeño. Hay hombres ocasionados por genio, y aun por nación, fáciles de meterse en obligaciones; pero el que camina a la luz de la razón siempre va muy sobre el caso. Estima por más valor el no empeñarse que el vencer, y ya que haya un necio ocasionado, excusa que con él no sean dos.

## LXX

*Saber negar.* No todo se ha de conceder, ni a todos. Tanto importa como el saber conceder; y en los que mandan es atención urgente. Aquí entra el modo. Más se estima el no de algunos que el sí de otros, porque un no dorado satisface más que un sí a secas. Hay muchos que siempre tienen en la boca el no, con que todo lo desazonan. El no es siempre el primero en ellos, y aunque después

todo lo vienen a conceder, no se les estima porque precedió aquella primera desazón. No se han de negar de rondón las cosas ; vaya a tragos el desengaño ; ni se ha de negar del todo, que sería desahuciar la dependencia. Queden siempre algunas reliquias de esperanza para que templen lo amargo del negar. Llene la cortesía el vacío del favor y suplan las buenas palabras la falta de las obras. El no y el sí son breves de decir, y piden mucho pensar.

## XCIX

*Realidad y apariencia.* Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen ; son raros los que miran por dentro y muchos los que se pagan de lo aparente. No basta tener razón con cara de malicia.

## CV

*No cansar.* Suele ser pesado el hombre de un negocio y el de un verbo. La brevedad es lisonjera y más negociante. Gana por lo cortés lo que pierde por lo corto. Lo bueno, si breve, dos veces bueno. Y aun lo malo, si poco, no tan malo. Más obran quintas esencias que fárragos. Y es verdad común que, hombre largo, raras veces entendido : no tanto en lo material de la disposición cuanto en lo formal del discurso. Hay hombres que sirven más de embarazo que de adorno del universo, alhajas perdidas, que todos las desvían. Excuse el discreto el embarazar ; y mucho menos a grandes personajes, que viven muy ocupados, y sería peor desazonar uno dellos que todo lo restante del mundo. Lo bien dicho se dice presto.

## CXXX

*Hacer y hacer parecer.* Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen. Valer y saberlo mostrar es valer dos veces : lo que no se ve es como si no fuese. No tiene su veneración la razón misma donde no tiene cara de tal. Son muchos más los engañados que los advertidos ; prevalece el engaño y júzganse las cosas por fuera ; hay cosas que son muy otras de lo que parecen. La buena exterioridad es la mejor recomendación de la perfección interior.

## CXLV

*No descubrir el dedo malo,* que todo topará allí. No quejarse dél, que siempre sacude la malicia a donde le duele a la flaqueza. No servirá el picarse uno sino de picar el gusto al entretenimiento : va buscando la mala intención el achaque del hacer saltar ; arroja varillas (1) para hallarle el sentimiento ; hará la prueba de mil modos hasta llegar al vivo. Nunca el atento se dé por entendido, ni descubra su mal, o personal o heredado, que hasta la fortuna se deleita a veces de lastimar donde más ha de doler. Siempre mortifica en lo vivo : por esto no se ha de descubrir, ni lo que mortifica, ni lo que vivifica ; uno para que se acabe, otro para que dure.

## CXLIX

*Saber declinar a otro los males,* tener escudos contra la malevolencia : gran treta de los que

(1) Indirectas.

gobiernan. No nace de incapacidad, como la malicia piensa — sí de industria superior —, tener en quien recaiga la censura de los desaciertos y el castigo común de la murmuración. No todo puede salir bien, ni a todos se puede contentar. Haya, pues, un testa de hierros (1), terrero (2) de infelicidades, a costa de su misma ambición.

## CL

*Saber vender sus cosas.* No basta la intrínseca bondad de ellas ; que no todos muerden la substancia ni miran por dentro. Acuden los más a donde hay concurso : van porque ven ir a otros. Es gran parte del artificio saber acreditar unas veces celebrando — que la alabanza es solicitadora del deseo —, otras dando buen nombre — que es un gran modo de sublimar —, desmintiendo siempre la afectación. El destinar para solos los entendidos es picón (3) general, porque todos se lo piensan y, cuando no, la privación espoleará el deseo. Nunca se han de acreditar de fáciles ni de comunes los asuntos, que más es vulgarizarlos que facilitarlos ; todos pican en lo singular, por más apetecible, tanto al gusto como al ingenio.

## CLXIII

*Nunca por la compasión del infeliz se ha de incurrir en la desgracia del afortunado.* Es desven-

(1) Testaferro.
(2) Blanco para tirar sobre él.
(3) Burla que se hace a uno para incitarle a ejecutar algo.

tura para unos la que suele ser ventura para otros ; que no fuera uno dichoso si no fueran muchos otros desdichados. Es propio de infelices conseguir la gracia de las gentes, que quiere recompensar ésta con su favor inútil los disfavores de la fortuna ; y vióse tal vez que, el que en la prosperidad fué aborrecido de todos, en la adversidad compadecido de todos. Trocóse la venganza de ensalzado en compasión de caído. Pero el sagaz atienda al barajar de la suerte. Hay algunos que nunca van sino con los desdichados, y ladean hoy por infeliz al que huyeron ayer por afortunado ; arguye tal vez nobleza del natural, pero no sagacidad.

## CLXV

*Hacer buena guerra.* Puédenle obligar al cuerdo a hacerla, pero no mala : cada uno ha de obrar como quien es, no como le obligan. Es plausible la galantería en la emulación ; ha de pelear, no sólo para vencer en el poder, sino en el modo. Vencer a lo ruín no es gloria, sino rendimiento. Siempre fué superioridad la generosidad : el hombre de bien nunca se vale de armas vedadas, y sonlo las de la amistad acabada para el odio comenzado, que no se ha de valer de la confianza para la venganza. Todo lo que huele a traición inficiona el buen nombre. En personajes obligados se extraña más cualquier átomo de bajeza ; han de distar mucho la nobleza de la vileza. Préciese de que, si la galantería, la generosidad y la fidelidad se perdiesen en el mundo, se habían de buscar en su pecho.

## CLXXVII

*Excusar llanezas en el trato.* Ni se han de usar ni se han de permitir. El que se allana pierde luego la superioridad que le daba su entereza, y tras ella la estimación. Los astros, no rozándose con nosotros, se conservan en su esplendor; la divinidad solicita decoro. Toda humanidad facilita el desprecio. Las cosas humanas, cuanto se tienen más, se tienen en menos; porque con la comunicación se comunican las imperfecciones que se encubrían con el recato. Con nadie es conveniente el allanarse: no con los mayores, por el peligro, ni con los inferiores, por la indecencia. Menos con la villanía, que es atrevida por lo necio, y, no reconociendo el favor que se le hace, presume obligación. La facilidad es ramo de vulgaridad.

## CLXXIX

*La retentiva es el sello de la capacidad;* pecho sin secreto es carta abierta; donde hay fondo, están los secretos profundos, que hay grandes espacios y ensenadas donde se hunden las cosas de monta. Procede de un gran señorío de sí, y el vencerse en esto es el verdadero triunfar. A tantos pagan pecho a cuantos se descubre (1). En la templanza interior consiste la salud de la prudencia. Los riesgos de la retentiva son la ajena tentativa, el contradecir para torcer, el tirar varillas

(1) «...a cuantos se descubre» el pecho. En el primer caso «pecho» equivale a «tributo». Claro ejemplo del tropo llamado «zeugma», uno de los más frecuentemente utilizados por Gracián.

para hacer ; saldrá aquí el atento más cerrado. Las cosas que se han de hacer no se han de decir ; y las que se han de decir no se han de hacer.

## CC

*Tener que desear*, para no ser felizmente desdichado ; respira el cuerpo y anhela el espíritu. Si todo fuere posesión, todo será desengaño y descontento ; aun en el entendimiento siempre ha de quedar qué saber en que se cebe la curiosidad. La esperanza alienta ; los hartazgos de felicidad son mortales. En el premiar es destreza nunca satisfacer ; si nada hay que desear, todo es de temer : dicha desdichada. Donde acaba el deseo comienza el temor.

## CCI

*Son tontos todos lo que lo parecen y la mitad de los que no lo parecen.* Alzóse con el mundo la necedad, y si hay algo de sabiduría, es estulticia con la del cielo ; pero el mayor necio es el que no se lo piensa y a todos los otros difine. Para ser sabio, no basta parecerlo, menos parecérselo ; aquél sabe que piensa que no sabe, y aquél no ve que no ve que los otros ven. Con estar todo el mundo lleno de necios, ninguno hay que lo piense, ni aun lo recele.

## CCXIII

*Saber contradecir.* Es gran treta del tentar, no para empeñarse, sino para empeñar. Es el único

torcedor el que hace saltar los afectos ; es un vomitivo para los secretos la tibieza en el creer, llave del más cerrado pecho. Hácese con grande sutileza la tentativa doble de la voluntad y del juicio. Un desprecio sagaz de la misteriosa palabra del otro da caza a los secretos más profundos, y valos con suavidad bocadeando, hasta traerlos a la lengua, y a que den en las redes del artificioso engaño. La detención en el atento hace arrojarse a la del otro en el recato, y descubre el ajeno sentir, que de otro modo era el corazón inescrutable. Una duda afectada es la más sutil ganzúa de la curiosidad para saber cuanto quisiere ; y aun para el aprender es treta del discípulo contradecir al maestro, que se empeña con más conato en la declaración y fundamento de la verdad ; de suerte que la impugnación moderada da ocasión a la enseñanza cumplida.

## CCXVII

*No se ha de querer ni aborrecer para siempre.* Confiar de los amigos hoy como enemigos mañana, y los peores : y pues pasa en la realidad, pase en la prevención. No se han de dar armas a los tránsfugas de la amistad, que hacen con ellas la mayor guerra ; al contrario con los enemigos, siempre puerta abierta a la reconciliación, y sea la de la galantería : es la más segura. Atormentó alguna vez después la venganza de antes, y sirve de pesar el contento de la mala obra que se le hizo.

## CCXIX

*No ser tenido por hombre de artificio*, aunque no se pueda ya vivir sin él. Antes prudente que astuto. Es agradable a todos la lisura en el trato, pero no a todos por su casa. La sinceridad no dé en el extremo de simplicidad, ni la sagacidad de astucia. Sea antes venerado por sabio, que temido reflexo. Los sinceros son amados, pero engañados. El mayor artificio sea encubrir lo que se tiene por engaño. Floreció en el siglo de oro la llaneza ; en este de hierro, la malicia. El crédito de hombre que sabe lo que ha de hacer es honroso y causa confianza ; pero el de artificioso es sofístico y engendra recelo.

## CCXXXII

*Tener un punto de negociante*. No todo sea especulación : haya también acción. Los muy sabios son fáciles de engañar, porque, aunque saben lo extraordinario, ignoran lo ordinario del vivir, que es más preciso. La contemplación de las cosas sublimes no les da lugar para las manuales, y, como ignoran lo primero que habían de saber y en que todos parten un cabello, o son admirados, o son tenidos por ignorantes del vulgo superficial. Procure, pues, el varón sabio tener algo de negociante, lo que baste para no ser engañado y aun reído ; sea hombre de lo agible (1), que, aunque no es lo superior, es lo más precioso del

(1) Factible.

vivir. ¿De qué sirve el saber si no es plático? (1) Y el saber vivir es hoy el verdadero saber.

## CCXXXVII

*Nunca partir secretos con mayores.* Pensará partir peras y partirá piedras ; perecieron muchos de confidentes. Son éstos como cuchar de pan, que corre el mismo riesgo después. No es favor del príncipe, sino pecho (2), el comunicarlo. Quiebran muchos el espejo porque les acuerda la fealdad : no puede ver al que le pudo ver, ni es bien visto el que vió mal. A ninguno se ha de tener muy obligado, y al poderoso menos. Sea antes con beneficios hechos que con favores recibidos ; sobre todo, son peligrosas confianzas de amistad. El que comunicó sus secretos a otro hízose esclavo dél ; y en soberanos es violencia que no puede durar. Desean volver a redimir la libertad perdida, y para esto atropellarán con todo, hasta la razón. Los secretos, pues, ni oírlos ni decirlos.

## CCXL

*Saber usar de la necedad.* El mayor sabio juega tal vez desta pieza, y hay tales ocasiones que el mejor saber consiste en mostrar no saber ; no se ha de ignorar, pero sí afectar que se ignora. Con los necios poco importa ser sabio, y con los locos, cuerdo. Hásele de hablar a cada uno en su lenguaje : no es necio el que afecta la necedad, sino el que

(1) Práctico.
(2) Tributo.

la padece. La sencilla lo es, que no la doble, que hasta eso llega el artificio. Para ser bienquisto, el único medio es vestirse la piel del más simple de los brutos.

## CCXLIII

*No ser todo columbino.* Altérnense la calidez de la serpiente con la candidez de la paloma. No hay cosa más fácil que engañar a un hombre de bien. Cree mucho el que nunca miente, y confía mucho el que nunca engaña. No siempre procede de necio el ser engañado, que tal vez de bueno. Dos géneros de personas previenen mucho los daños : los escarmentados, que es muy a su costa, y los astutos, que es muy a la ajena. Muéstrese tan extremada la sagacidad para el recelo como la estucia para el enredo, y no quiera uno ser tan hombre de bien que ocasione al otro serlo de mal: sea uno mixto de paloma y de serpiente ; no monstruo, sino prodigio.

## CCXLVI

*Nunca dar satisfación a quien no la pedía,* y, aunque se pida, es especie de delito si es sobrada. El excusarse antes de ocasión es culparse, y el sangrarse en salud es hacer del ojo al mal y a la malicia. La excusa anticipada despierta al recelo que dormía. Ni se ha de dar el cuerdo por entendido de la sospecha ajena, que es salir a buscar el agravio ; entonces la ha de procurar desmentir con la entereza de su proceder.

## CCLI

*Hanse de procurar los medios humanos como si no hubiese divinos, y los divinos como si no hubiese humanos :* regla de gran maestro [1] ; no hay que añadir comento.

## CCLX

*Ni será ni tendrá a ninguno todo por suyo ;* no son bastantes la sangre ni la amistad, ni la obligación más apretante, que va grande diferencia de entregar el pecho o la voluntad. La mayor unión admite excepción ; ni por eso se ofenden las leyes de la fineza. Siempre se reserva algún secreto para sí el amigo, y se recata en algo el mismo hijo de su padre ; de unas cosas se celan con unos que comunican a otros, y al contrario ; con que se viene uno a conceder todo y negar todo, distinguiendo los de la correspondencia.

## CCLXVI

*No ser malo de puro bueno.* Eslo el que nunca se enoja ; tienen poco de personas los insensibles. No nace siempre de indolencia, sino de incapacidad. Un sentimiento en su ocasión es acto personal ; búrlanse luego las aves de las apariencias de bultos. Alternar lo agrio con lo dulce es prueba de buen gusto : sola la dulzura es para niños y necios. Gran mal es perderse de puro bueno en este sentido de insensibilidad.

(1) San Ignacio de Loyola.

## CCLXXVI

*Saber renovar el genio con la naturaleza y con el arte.* De siete en siete años, dicen que se muda la condición ; sea para mejorar y realzar el gusto. A los primeros siete entra la razón ; entre después a cada lustro una nueva perfección. Observe esta variedad natural para ayudarla, y esperar también de los otros la mejoría. De aquí es que muchos mudaron de porte, o con el estado o con el empleo ; y a veces no se advierte hasta que se ve el exceso de la mudanza. A los veinte años será pavón, a los treinta león, a los cuarenta camello, a los cincuenta serpiente, a los sesenta perro, a los setenta mona, y a los ochenta nada.

## CCLXXXV

*No perecer de desdicha ajena.* Conozca al que está en el lodo, y note que le reclamará para hacer consuelo del recíproco mal. Buscan quien les ayude a llevar la desdicha, y los que en la prosperidad le daban espaldas, ahora la mano. Es menester gran tiento con los que se ahogan, para acudir al remedio sin peligro.

## CCLXXXVII

*Nunca obrar apasionado :* todo lo errará. No obre por sí quien no está en sí, y la pasión siempre destierra la razón. Sustituya entonces un tercero prudente, que lo será si desapasionado. Siempre ven más los que miran que los que juegan, porque

no se apasionan. En conociéndose alterado, toque a retirar la cordura, porque no acabe de encendérsele la sangre, que todo lo ejecutará sangriento, y en poco rato dará materia para muchos días de confusión suya y murmuración ajena.

## CCXC

*Es felicidad juntar el aprecio con el afecto;* no ser muy amado, para conservar el respeto. Más atrevido es el amor que el odio; afición y veneración no se juntan bien. Y aunque no ha de ser uno muy temido ni muy querido, el amor introduce la llaneza, y, al paso que ésta entra, sale la estimación. Sea amado antes apreciativamente, que afectivamente, que es amor muy de personas.

## CCXCV

*No hazañero, sino hazañoso.* Hacen muy de los hacendados los que menos tienen para qué. Todo lo hacen misterio, con mayor frialdad. Camaleones del aplauso, dando a todos hartazgos de risa. Siempre fué enfadosa la vanidad: aquí reída. Andan mendigando hazañas las hormiguillas del honor. Afecte menos sus mayores eminencias. Conténtese con hacer, y deje para otros el decir. Dé las hazañas, no las venda. Ni se han de alquilar plumas de oro para que escriban lodo, con asco de la cordura. Aspire antes a ser heroico que a sólo parecerlo.

## EL COMULGATORIO

Aunque Gracián dice al comienzo del único libro que firmó con su propio nombre, que lo escribió para cumplir una promesa hecha « en un peligro de la vida », lo más probable es que —como suponíamos en otro lugar — su publicación obedeciese a un deseo de atraerse la benevolencia de sus superiores, después de la grave reprimenda de 1652, ya que la obra fué entregada para su aprobación al año siguiente y editada en 1655, o sea, entre la segunda y tercera partes de *El Criticón*.

El rasgo más saliente que la caracteriza es el vivo contraste que ofrece en casi todos sus aspectos con las restantes producciones. En primer lugar, su perfecta estructura, puesto que consta de 50 Meditaciones, divididas a su vez en cuatro puntos : « para antes de comulgar », « para comulgar », « para después de haber comulgado » y « para dar gracias ».

En segundo término, la radical diferencia de intención y lenguaje, ocasionada por el distinto punto de vista adoptado por el autor, pues si en las otras obras se analiza la relación del hombre con sus semejantes, aquí su dependencia respecto de Dios. Siendo la cautela y el recelo consecuencias obligadas de la maldad humana, toda suspi-

cacia estará de más tratándose de la Suma Bondad. El hombre no es visto aquí como Héroe, sino como siervo de Cristo. De ahí que el orgulloso individualismo y la actitud de maliciosa reserva aconsejada en otros momentos quede sustituída por una sumisión absoluta y una amorosa entrega. Si se sienta como verdad indiscutible la ruindad humana, resulta justificado, hasta cierto punto, observar con los semejantes una conducta basada en la desconfianza, y experimentar ante Dios un «humilde encogimiento», acercándonos a Él con «fervor» y «ternura» o ofreciéndole nuestra alma encendida «en el fuego del amor». Pero encajar dentro de un mismo concepto de la moral el seco y razonado egoísmo aconsejado en *El Oráculo*, con la «ardiente caridad» y la «compasión afectuosa» que postula *El Comulgatorio*, ofrece para el lector dificultades insuperables. Todas tienen su origen en el hecho de que Gracián ignora que el hombre no difiere, tanto si se le considera como miembro de la sociedad humana, como si se ve en él a una criatura de Dios. No sabe conciliar el mundo terreno con el divino, y de tamaño obstáculo derivan sus paradójicas afirmaciones.

Por más que nos diga que «más goza quien más ama» o que «no hay horror donde hay amor», y aunque el léxico, lleno de «lágrimas» y «suspiros», abunde en afectuosos diminutivos, nos resistimos a ver en el libro ese «misticismo persuasivo» de que alguien ha hablado. Más acertada nos parece la opinión de Rouveyre — aunque no siempre compartamos sus juicios — ; para el citado crítico,

en *El Comulgatorio* « se vé más literatura que verdadera unción, y un mayor deseo de seducir a un auditorio selecto que el propósito de conmover y edificar ».

En realidad, la base de las Meditaciones la constituye, más que una emoción religiosa, una simple operación intelectual de asociación de ideas o de « careo », para decirlo con el término favorito de Gracián (1). Todo está en relacionar el acto de la Comunión con un pasaje bíblico y expresar la semejanza en un estilo florido y lleno de color y fragancia. « Carea tu vileza con su grandeza, su infinidad y tu cortedad »... El hecho de recomendar aquellas meditaciones que por haber « costado trabajo suelen despertar mayor devoción » hacen más patente la conexión entre el Gracián preceptista y el director espiritual.

El tono retórico de su obra ha hecho pensar que pudiera ser, en parte, una recopilación de sermones. Sea de ello lo que fuere, *El Comulgatorio* nos ofrece un espléndido ejemplo de oratoria barroca. Como nos dice el propio autor, el estilo es el que pedía el tiempo, es decir, cuajado de antítesis, juegos de palabras y pomposas expresiones culteranas : « Madrugarás la mañana de la Resurrección, en compañía de la virginal aljoforada Aurora, a ver salir aquel glorioso Sol entre los alegres arreboles de sus llagas »... Acostumbrados a un lenguaje terriblemente lacónico y de una implacable precisión, Gracián nos sorprende

(1) Obsérvese cómo hasta en esta obra la « correlación entre dos o tres cognoscibles extremos » constituye el eje del artificio literario.

en su única obra religiosa con una verdadera exhibición de cálidas magnificencias verbales.

A pesar de algunos detalles de mal gusto, propios de la época barroca — como lo es su desgraciada frase « regüelde tu corazón buena palabra » o el hablarnos de « las cebollas del mundo y el pan del cielo » —, *El Comulgatorio* es indudablemente, desde el punto de vista estético, uno de los mejores libros de devoción de la época. Atestígualo cumplidamente su extraordinario éxito en el extrajero.

## *El Comulgatorio*

### MEDITACIÓN XLIV

PARA RECIBIR AL SEÑOR CON LA MADALENA, COMO A HORTELANO DE TU ALMA

*Punto 1.* Meditarás qué ansiosa madruga la Madalena en busca de un Sol eclipsado. Apoderóse de ella el amor, y así no la deja reposar ; fuera está de sí, y toda en su Jesús amado, que no está donde anima, sino donde ama. Deja presto el lecho la más diligente esposa. Pero ¿qué mucho se le impida el dormir a quien no se le permite el vivir? No se quieta en ninguna criatura, fuera del centro de su Criador, mas ¡ay!, que no vive quien tiene muerta su vida, que no se dijo por ella : A muertos y a idos no hay amor ; y finezas de quien bien ama, más allá pasan de la muerte ; herida del divino amor y muerta del dolor, se va ella mesma a enterrar en el sepulcro de su amado.

Pondera qué buena preparación ésta de oraciones y vigilias de lágrimas y suspiros, para hallar un Señor que murió de amores y vive de finezas. Madruga hoy, alma diligente, en busca del mismo Señor, que allí ensayó sus finezas para amarte y favorecerte a ti ; no le busques cubierto de una losa, sino de una Hostia ; no entre sudarios de muerte, sino entre accidentes de vida. Llora tus

errores y suspira por sus favores, y conseguirás el premio de tus deseos.

*Punto 2.* Atraído el Señor, no ya de los yerros de una pecadora, sino del oro (1) de un amante, se le franquea, pagando en favores tan extremadas finezas, muéstrasele en traje de Hortelano, por lo que tiene de Jesús florido ; pretende coger los frutos en virtudes de aquellas flores en deseos : pregúntala por qué llora y a quién busca, quien tan bien sabe que Él es la causa, pero tiene gloria en oirla relatar su pena. Responde ella como de cosa sabida, que todos cree piensan en lo que ella, y no se engaña, porque ¿qué otra cosa se puede pensar que en Dios, ni hablar de otro que de Dios? No dice que busca un muerto, que aun pensarlo es morir : Restitúyeme — dice — y no te espantes de que no tema, que si me faltan fuerzas, el ánimo me sobra ; no hay horror donde hay amor ; dilata el Señor el descubrirse por oirla multiplicar deseos.

Alma, advierte que aquí tienes el mismo Señor, Hortelano de las almas, que las riega con su sangre ; aquí asiste disfrazado entre accidentes de pan, escuchando tus amorosas finezas ; pero si el amor le disimula, descúbrale tu fe, y si la Madalena intentó llevársele amortajado, llévatele tú Sacramentado.

*Punto 3.* Gozoso el divino Hortelano Nazareno de haberla visto regar con las fuentes de sus ojos segunda vez sus plantas, viendo aljoforadas las rosas de sus llagas con las perlas de tan copioso llanto, manifiéstasele, nombrándola por su nom-

(1) Obsérvese el juego de palabras : yerros (en su doble acepción de « error » y « hierro ») y oro.

bre: María, dice, y ella al punto, como oveja no ya perdida, reconoce la voz de su bien hallado Pastor; nombróla con tal agrado que pudo conocer su misericordia; arrojósele afectuosa a sus pies, sabido centro de su propensión, y si otra vez cayó con el peso de sus culpas, ésta con el de su amor; calóse como solícita abejuela a la fragrancia que despedían sus floridas llagas, pero detúvola el Señor, diciendo: No te acerques, no me toques, que aún no he subido a mi Padre; quédense para ti las penas, resérvense para mi Padre las glorias; para ti las espinas, para Él las fragrantes rosas.

¡Oh, alma mía!, reconoce aquí tu dicha, y procúrala estimar, pues no sólo no te manda este Señor que te retires recatada, sino que te acerques afectuosa; cuando a la Madalena recata sus llagas, a ti te convida con ellas, no sólo para que las toques, sino para que te las comas; oye que te llama por tu nombre, con tales demostraciones de agrado que te atraiga su bondad; si te retira su grandeza, no pierdas la sazón de comulgar, que envidiarás toda la eternidad; arrójate a aquellos pies, aprieta aquellas floridas llagas y brotarán, en vez de sangre, miel dulcísima que comas, néctar celestial que chupes y con que te apacientes.

*Punto 4.* Pasó de favorecida a agradecida la Madalena, y no cabiéndole el contento en el pecho, parte a comunicárseles a los Apóstoles, deseando la ayuden a dar gracias y a gozar de los favores; congratúlase con ellos no de una sola dracma hallada, sino de cinco, y tan preciosas que vale cada una un Cielo; ni se contentaría con esto, sino que convidaría los Coros celestiales para

que con sus aventajadas lenguas le ayudasen a adelantar las divinas alabanzas, mereciendo oír toda la vida sus agradecidos cantares.

Pondera que si la Madalena por una vez que llegó a ver, que aun no a tocar, aquellas gloriosas llagas, a mirarlas, que no a besarlas, todos los años de su vida, día por día, entre los alados Coros, celebra esta dicha, tú, alma mía, que no una sola vez, sino tantas y en tantos años, día por día, prosigues en recibir todo el Señor, no sólo en besar sus llagas, sino comértelas, cómo debes repetir cada hora y cada instante las debidas gracias. Empléense a coros todas tus potencias en engrandecer y agradecer tan singulares favores ; rebosen tus labios en alabanza destas llagas la dulzura que chupó tu corazón.

## EL CRITICÓN

La primera parte de la obra definitiva de Gracián apareció en 1651, con el seudónimo de « García de Marlones », anagrama de su propio nombre, y la segunda y tercera, firmadas por « Lorenzo Gracián », en 1655 y 1657, respectivamente. Un año más tarde moría su autor, tal vez a consecuencia de los disgustos que la publicación del libro le proporcionara.

En él nos presenta una amplia visión alegórica de la vida humana, donde quedan encuadradas las andanzas de los protagonistas « en la primavera de la niñez y en el estío de la juventud », en el otoño de la varonil edad » y « en el invierno de la vejez ».

Toda la narración se hace girar en torno a las peripecias por que pasan Andrenio y Critilo, los dos personajes en quienes Gracián encarnará su concepción dualista del mundo. Veamos, pues, qué alcance tienen ambas figuras en el ámbito de la gran novela.

Se ha repetido hasta la saciedad que Andrenio simboliza el hombre de la Naturaleza y Critilo el de la Cultura. Aquél vendría a representar al individuo en quien dominan los impulsos espontáneos e irreflexivos, y éste al desengañado varón que, instruído por la vida y la sabiduría moral,

reprime sus pasiones y pone en todos sus actos un grano de prudente cordura. O si se quiere, el primero sería una alegoría viviente del hombre incauto y embrutecido por un fatal aislamiento, y el segundo, del ejemplar humano aleccionado por su relación con la sociedad.

Como se advierte, el autor parte del supuesto — típico del siglo barroco — de que la Naturaleza no basta para que desempeñemos cumplidamente en este mundo la misión que corresponde a nuestra dignidad humana. Es necesario que el arte, el contacto con nuestros semejantes, el cultivo de las más altas facultades y la « moral filosofía » vengan a suplir las deficiencias de aquélla. Lo que representa una posición diametralmente opuesta a la que Rousseau había de mantener dogmáticamente un siglo más tarde. Para Gracián, no es la Sociedad lo que pervierte al individuo, sino lo que hace posible su perfeccionamiento, pues « su Andrenio, hombre natural, nada vale frente a Critilo, el hombre social, firme a golpes de experiencia » [1]. De acuerdo con este pensamiento inicial, los dos protagonistas irán encarnando sucesivamente aquellas cualidades que, según el autor, son inherentes al dualismo indicado : Andrenio, el asombro propio del ignorante, el instinto irracional, las bajas apetencias... ; Critilo, la avisada comprensión, la conducta basada en motivos racionales, los más dignos y enaltecedores propósitos...

Dadas tales circunstancias, es lógico que Gracián conceda su adhesión a todas las palabras

[1] García Gómez.

y actitudes de Critilo, reservando una constante censura para las de Andrenio, pues aunque, hasta cierto punto, las dos criaturas novelescas le hayan servido de hábil subterfugio para exponer sin trabas su doble concepción del mundo, pocas veces le sorprenderemos hablando por boca del segundo. Es cierto que en algún caso las verdades más contundentes corren a cargo de algún loco — procedimiento curioso, aunque frecuente en todas las literaturas —, pero Andrenio no obra a impulsos de la locura, sino de una cándida ingenuidad que le hace adoptar siempre el peor partido. Así tenía que ser para que resaltase más la sabia prudencia de su compañero.

En realidad, ambos constituyen una verdadera unidad, pues vienen a simbolizar conjuntamente los diversos aspectos de la personalidad humana; Critilo, los más nobles. Andrenio, los más reprobables. Y que son una misma entidad inseparable nos los demuestra el hecho de que entren al mismo tiempo en la Isla de la Inmortalidad, a pesar de haber sido tan distinta su conducta hasta el último momento.

Quizás las palabras anteriores hayan hecho acudir a la mente del lector el recuerdo de otra pareja de personajes, la más célebre de las letras universales : Don Quijote y Sancho ; pero aunque alguna semejanza externa la una a la creada por Gracián, son muchas más las diferencias que las separan. No obstante, el paralelo entre ambas podrá poner de relieve los rasgos que caracterizan a los protagonistas de *El Criticón*,

Si Don Quijote, símbolo supremo del idealismo generoso, lucha para alcanzar fines altamente altruístas, inspirado por una « divina locura », Critilo es lo más opuesto que quepa concebir a este modo de obrar ; dotado de un prudente egoísmo y de una clara visión del peligro, reduce toda su vida a una fuga constante ; no combate, huye, dejando a menudo en la estacada a su fiel amigo. Gracián, para quien lo más sensato es ver los toros desde la barrera (1), hará que su personaje esquive las situaciones comprometidas y se salve gracias a una extremada cautela. Su virtud es por ello puramente negativa. Incapaz de acometer, hará del resistir su único recurso (2). Don Quijote fracasa por su arrebatada impetuosidad ; Critilo logra el triunfo merced a su actitud defensiva. Por último, nada hay en éste de la honda simpatía que emana del héroe cervantino, llegando en ciertos momentos a convertírsenos en un pedantón insufrible.

Menor distancia separa a Sancho de Andrenio. No obstante, el progresivo acercamiento que se observa en el primero hacia la actitud idealista de su amo, falta totalmente en el segundo, que no abandonará hasta el fin su aturdida irreflexión.

Y es que tanto Andrenio como Critilo son figuras rígidas, meras entelequias incapaces de hu-

(1) *El Discreto*, cap. 14.

(2) « Venciste, mujer, venciste, con no dejarte vencer », dirá el diablo a Justina en el Mágico Prodigioso, de Calderón. La moral del siglo cifraba la victoria en una buena defensa. « Es mucho más el conservar que el conquistar », se dice en la Armería del valor, y al divisar Critilo unos escudos, adviértele su acompañante : « Éstas son las mejores [armas], porque son las defensivas ».

mana evolución que permanecen inalterables y ajenas a todo cambio porque están hechas de una sola pieza.

Sería erróneo incluir a *El Criticón* en esa magnífica serie de producciones españolas en las que se enfrenta o armoniza el plano del ideal con el de la baja realidad, porque Critilo, el único que pudiera representar la posición idealista, encarna precisamente una actitud eminentemente práctica y realista incompatible con una moral de altos vuelos inspirada por la abnegación y el espíritu de sacrificio. El idealismo de la gran novela hay que verlo en su dirección estética, apartada de todo intento de realismo, y no en su concepción ética de la vida. Claro está que el tipo de moral práctica que simboliza Critilo se halla muy lejos de la posición que caracteriza a la burguesía —ya vimos la enorme distancia que separa al aristocrático Gracián de la rastrera y plebeya mezquindad del pícaro —, pero nada nos autoriza a situarle junto a un Amadís o un Don Quijote. Como ya observamos, su moral deriva de la filosofía pagana de la antigüedad, más que de las elevadas formas de vida que tienen su origen en el idealismo cristiano.

Mas si alguna escasa relación pudiera hallarse entre estas dos grandes figuras y el Héroe graciano, su semejanza con los protagonistas de *El Criticón* es prácticamente nula, pues abandonando los ambiciosos propósitos de su obra inicial, Gracián sólo pretende con su gran novela crear «personas», no «héroes»; y, en efecto, Critilo declarará preferir, en cierto momento, no la ruta del

heroísmo, sino el camino «más seguro, aunque no tan plausible, ...de una prudente y feliz medianía». En este sentido, su ingreso en la Isla de la Inmortalidad, donde sólo tienen acceso los héroes, resulta injustificado, pues allí «no hay... mediócritas; todo va por extremos». Pero ello no ha de extrañarnos demasiado: en *El Criticón*, los cambios de propósito docente y de punto de vista son tan frecuentes como en las demás obras, y siempre que queremos encerrar a su autor en una determinada casilla ideológica, nos sorprende con alguna inesperada afirmación que desvirtúa nuestro intento. La misma idea que sirve de eje a la obra — es decir, la superioridad del hombre social frente al de la naturaleza — no está exenta de contradicciones en su desarrollo novelesco. Obsérvese cómo Andrenio, que en su forzado aislamiento había llegado a deducir por sí mismo la existencia de Dios, ve enturbiarse su buen sentido y su instintiva bondad al ponerse en contacto con la sociedad humana. Sus torpezas comienzan en el preciso instante en que, acompañado por Critilo, pone los pies en Europa.

Aunque se ha dicho que «*El Criticón* no es todo Gracián, ni quizás lo más gracianesco» (1), lo cierto es que en él nos presenta de forma amplia y definitiva su visión pesimista del mundo y su optimista concepto de las posibilidades del hombre ayudado por la inteligencia y la voluntad. Para evitar repeticiones, remitimos al lector a nuestro prólogo, donde hemos expuesto sus puntos fundamentales. También hemos hablado de sus moda-

(1) Ovejero Maury.

lidades estéticas ; por ello nos reduciremos a poner de manifiesto algunos detalles relacionados con la gran novela.

El estilo alcanza sus máximas posibilidades en *El Criticón*. Tras el arduo aprendizaje que suponen las obras anteriores, Gracián se nos muestra aquí como un consumado maestro de la técnica literaria y un profundo conocedor del idioma ; y si en el aspecto psicológico y doctrinal no supera, a pesar de la mayor extensión y envergadura de esta obra, las altas cimas alcanzadas en *El Oráculo*, en el estilístico nos lleva a la convicción de que sus recursos eran ilimitados. Ciertamente, podrá reprochársele en algún momento falta de amenidad, pero ello débese, en parte, a que la novela está repleta de alusiones a hechos y personajes contemporáneos cuya significación escapa al lector actual ; por lo demás, la densidad de pensamiento y el derroche de ingenio que supone cada página compensan con creces tal obstáculo. Tan abundantes son los rasgos de agudeza, que Coster ha supuesto que muchos de ellos responden a la colaboración de los amigos del autor. Gracián habría leído la primera redacción de sus capítulos en alguna de aquellas tertulias o « academias » tan en boga entre los intelectuales del siglo XVII, y cada uno de los oyentes habría ido aportando su granito de ingenio. Quizás fuese así, pero la agilidad mental y el bagaje de menuda y pintoresca erudición de nuestro autor eran tan asombrosos que hacen innecesaria tal hipótesis.

La idea de dividir la vida del hombre en cuatro edades, haciéndolas coincidir con las estacio-

nes del año, se halla ya en el último capítulo de *El Discreto*, incluído en la presente antología, y pudieron habérsela sugerido infinidad de obras, por tratarse de un tópico muy repetido. Como en este caso, el estudio de las fuentes de *El Criticón* resulta una tarea tan compleja como poco interesante para el lector no especializado. Baste advertir que cada párrafo revela copiosísimas lecturas. Ya hemos hablado en otro lugar del cuento oriental que dió origen a la historia de Andrenio. Citemos ahora solamente, y a guisa de ejemplo, el *Satyricon* de J. Barclay, del que Gracián tomó gran parte de sus observaciones sobre el carácter de los pueblos.

Como ha observado Coster, las notas de psicología internacional, que tanto abundan en *El Criticón*, se limitan a señalar un solo rasgo — cosa que cae de lleno dentro de su manera de hacer —, pero, a pesar de basarse en un examen superficial, suelen dar en el blanco. Más original debe de ser su crítica de las regiones españolas, aunque ofrezcan un carácter semejante : de los aragoneses destacará la entereza y la testarudez, de los catalanes la fidelidad y el carácter brusco, de los valencianos el ser insustanciales y « poca cosa », de los andaluces el hablar mucho y no hacer nada y de los españoles en general la altivez, la sobriedad y la poca devoción, a pesar de la firmeza de su fe... Lo mismo que cuando habla de las diversas profesiones — médicos, abogados, burócratas, comerciantes — o de los vicios — maldicientes, borrachos, perezosos, glotones —, Gracián reduce a una sola forma estereotipada la infinidad de matices

de la realidad cambiante. Pero quizá por ello mismo sus « tipos » tienen a menudo una extraordinaria fuerza de representación.

Ya observamos también en otro punto la relación que une a este procedimiento estilizador con la alegoría, eje de toda la técnica literaria de *El Criticón*. Apenas hay en él una sola figura que no tenga un doble sentido moral, alternando las más divertidas personificaciones con los más grandiosos símbolos. Gracián desdeña el mundo de lo particular y de las apariencias concretas, y cuanto cruza por su imaginación pierde las notas de lo contingente para adquirir una trascendente significación. Su afán de dar forma plástica a las creaciones intelectuales le lleva en ocasiones a poner en acción una frase hecha, que de esta forma recupera el valor que había perdido con el uso. El procedimiento no deja de ser curioso porque consiste en dar significación real a una expresión metafórica, es decir, lo contrario de lo habitual en la técnica alegórica. Así, cuando se cita el tópico « echar tierra en medio » para librarse de una pasión amorosa, pues los personajes hacen realmente en este caso lo que la frase indica.

La mayor parte de las alegorías responden, con su oculta significación moral, a una finalidad educativa ; no obstante, en ningún sitio como en *El Criticón* se cumple una observación del tantas veces citado Vossler (1), según el cual, en Gracián la voluntad didáctica se transforma « en un puro placer de explicación ».

---

(1) *La soledad en la poesía española.*

En cuanto a la técnica de la novela, aparte de su semejanza con la picaresca, por ser ambas novelas « de camino, de andanzas incesantes remansadas en pocas peripecias » (1), lo que mejor vendría a caracterizarla es el hecho de que la narración se concibe como una yuxtaposición de planos sucesivos, entre los que no existe apenas interferencia alguna ; el sistema de subordinación orgánica, típico del barroco, no alcanza aquí más que a un mero formalismo externo y cada episodio — el yermo de Hipocrinda, la armería del Valor, el anfiteatro de monstruosidades — es como un compartimento estanco dentro del cual vemos un mundo hormiguente donde se agita en torno a los protagonistas una serie de personajillos alegóricos ; de ahí el enlace brusco y, en ocasiones, forzado de los diversos capítulos.

Los dos personajes capitales de la obra — únicos que le confieren una cierta unidad — son, más que protagonistas de la acción, simples espectadores sin intervención directa sobre los hechos que se desarrollan ante sus ojos. Nunca aparecen como héroes de los acontecimientos, sino como peleles zarandeados por el mundo, que hacen de la huída su única forma de actuar. Siempre idénticos a sí mismos, porque Gracián ha querido encarnar en ellos la esencia del dualismo humano, permanecen inalterables hasta el fin como si viviesen al margen del tiempo y de las circunstancias. Por eso, la expresión del devenir, una de las máximas preocupaciones del artista barroco (2), corre a cargo de

(1) J. F. Montesinos.
(2) Wölfflin, *Conceptos fundamentales de la Historia del Arte.*

los seres que les rodean. Mas los cambios que éstos experimentan no hay que entenderlos como una evolución que se opere en su propio ser, puesto que sólo tienen lugar en la mente de Andrenio y Critilo, cuando al sustituir la visión ingenua por la avisada comprensión, gracias al desengaño, las cosas dejan de ser para ellos lo que aparentan y les ofrecen su realidad esencial.

« Señores — dice Critilo al entrar por segunda vez en casa de Falsirena — que no es ésta la casa o yo estoy ciego, porque la otra era un palacio por lo encantado. Tenéis razón — le contesta su acompañante —, que los más son desta suerte. Aquí no hay jardines, no; sino montones de moral basura. Las fuentes son albañales y los salones zahurdas ».

Es esta inestabilidad de personas y cosas y la constante transmutación de su valor, mucho más que el incesante ir y venir de los personajes, lo que constituye el elemento dinámico de la novela, siendo el paso de apariencia a realidad el único y verdadero acaecer que nos presenta. Para Gracián no hay otro devenir que el indicado y el tránsito de los seres a la nada. « No es otro el vivir que un ir cada día muriendo ».

Su ansia de esencialidad y su profundo desdén por el « aquí » y el « ahora », le había de desviar de todo propósito costumbrista. Y, en efecto, aunque se sirviese frecuentemente de los elementos que la vida de la época le proporcionaba, y aunque gracias a ello *El Criticón* nos ofrezca mil y un reflejos de la sociedad contemporánea del autor, lo cierto es que nunca se preocupó de situar la

acción en un momento dado, pues, al fin y al cabo, «lo que sucedió docientos años ha, eso mismo estamos viendo ahora». Los mismos paisajes, en el fondo de los cuales late siempre una intención alegórica, son producto de una creación intelectual y se hallan desprovistos de toda norma realista; pero la lujosa exuberancia ornamental y las grandiosas proporciones de lo descrito confieren a la naturaleza, jardines, palacios y demás parajes simbólicos de la gran novela un especial encanto barroco.

La expresión muestra una cierta diversidad de matices dentro de la indudable uniformidad del estilo. Pomposamente culterano en las dedicatorias, elogios y descripciones, sobrio y ceñido en la advertencia moral, y más natural y flúido en alguna narración — como en la realista historia de Critilo —, el lenguaje de Gracián, vivo y centelleante como nunca, llega en *El Criticón* a una perfección absoluta.

Por otra parte, nuestro autor, que en sus obras anteriores habíase limitado a la simple exposición didáctica, despliega aquí todas sus brillantes dotes de humorista genial, y una acre y mordaz ironía puesta al servicio de la sátira moral, campea por las páginas del gran libro dándole un picante atractivo.

Por encima de su extraordinario interés ideológico, la obra cumbre de Gracián nos asombra por la enorme riqueza de su contenido estético.

* * *

Dividido en tres partes, como indicamos, *El Criticón* está formado por treinta y ocho Crisis, que empiezan siempre por un apólogo o consideración aparte de la unidad narrativa de la obra. Las trece primeras corresponden a la primera parte, las trece siguientes integran la segunda, y la última está constituída solamente por doce.

# *El Criticón*

## PRIMERA PARTE

*Andrenio, que abandonado en la isla de Santa Elena ha crecido sin ver a ningún semejante, cuenta al náufrago Critilo sus primeras impresiones, quien a su vez le ilustra sobre diversos puntos.*

Condición tiene de linda la varia naturaleza, pues quiere ser atendida y celebrada. Imprimió para ello en nuestros ánimos una viva propensión de escudriñar sus puntuales efectos. Ocupación pésima la llamó el mayor sabio ; y de verdad lo es, cuando para en sola una inútil curiosidad ; menester es se realce a los divinos aplausos alternados con agradecimientos ; y si la admiración es hija de la ignorancia, también es madre del gusto. El no admirarse procede del saber en los menos, que en los más del no advertir. No hay mayor alabanza de un objeto que la admiración, si calificada, que llega a ser lisonja, porque supone excesos de perfección, por más que se retire a su silencio. Pero está muy vulgarizada, que nos suspenden las cosas, no por grandes, sino por nuevas ; no se repara ya en los superiores empleos por conocidos, y así andamos mendigando niñerías en las novedad, para acallar nuestra curiosa solicitud con la extravagancia. Gran hechizo es el de la

novedad, que como todo lo tenemos tan visto, pagámonos de juguetes nuevos, así de la naturaleza, como del arte, haciendo vulgares agravios a los antiguos prodigios por conocidos : lo que ayer fué un pasmo, hoy viene a ser desprecio, no porque haya perdido de su perfección, sino de nuestra estimación ; no porque se haya mudado, antes porque no, y porque no se nos hace de nuevo. Redimen esta civilidad (1) del gusto los sabios, con hacer reflexiones nuevas, sobre las perfecciones antiguas, renovando el gusto con la admiración. Mas si ahora nos admira un diamante, por lo extraordinario, una perla peregrina, ¿qué ventaja sería en Andrenio llegar a ver de improviso un lucero, un astro, la luna, el sol mismo, todo el campo matizado de flores y todo el cielo esmaltado de estrellas? Díganoslo él mismo, que así proseguía su gustosa relación :

— En este centro de hermosas variedades, nunca de mí imaginado, me hallé de repente dando más pasos con el espíritu que con el cuerpo, moviendo más los ojos que los pies... Mas, ¡ay!, que lo que me lisonjearon las flores primero tan fragantes, me entristecieron después ya marchitas.

— Retrato al fin, ponderó Critilo, de la humana fragilidad. Es la hermosura agradable ostentación del comenzar ; nace el año entre las flores de una alegre primavera, amanece el día entre los arreboles de una risueña aurora, y comienza el hombre a vivir entre las risas de la niñez y las lozanías de la juventud ; mas todo viene a parar en

(1) Vulgaridad.

la tristeza de un marchitarse, en el horror de un ponerse y en la fealdad de un morir, haciendo continuamente del ojo la inconstancia común, al desengaño especial.

—Aquí, sobre esa roca a mis solas y a mi ignorancia, me estaba contemplando esta armonía tan plausible de todo el Universo, compuesta de una tan extraña contrariedad que según es grande, no parece había de poder mantenerse el mundo un solo día; esto me tenía suspenso, porque, ¿a quién no pasma ver un concierto tan extraño, compuesto de oposiciones?

—Así es (respondió Critilo) que todo este Universo se compone de contrarios y se concierta de desconciertos. Uno contra otro, exclamó el Filósofo; no hay cosa que no tenga su contrario con quien pelee, ya con victoria ya con rendimiento; todo es hacer y padecer; si hay acción, hay repasión. Los elementos que llevan la vanguardia comienzan a batallar entre sí; síguenles los mistos, destruyéndose alternativamente; los males acechan a los bienes, hasta la desdicha a la suerte. Unos tiempos son contrarios a otros; los mismos astros guerrean y se vencen, y aunque entre sí no se dañan, a fuer de príncipes, viene a parar su contienda en daño de los sublunares vasallos; de lo natural pasa la oposición a lo moral, porque ¿qué hombre hay que no tenga su émulo?, ¿dónde irá uno que no guerree? En la edad se oponen los viejos a los mozos; en la complexión, los flemáticos a los coléricos; en el estado, los ricos a los pobres; en la región, los Españoles a los Franceses; y así en todas las demás calidades,

los unos son contra los otros ; pero ¡qué mucho, si dentro del mismo hombre, de las puertas adentro de su terrena casa está más encendida esta discordia!

— ¿Qué dices ; un hombre contra sí mismo?

— Sí, que por lo que tiene de mundo, aunque pequeño, todo él se compone de contrarios : los humores comienzan la pelea según sus parciales elementos, resiste el húmedo radical (1) al calor nativo que a la sorda le va limando y a la larga consumiendo. La parte inferior está siempre de ceño con la superior, y a la razón se le atreve el apetito y tal vez la atropella. El mismo inmortal espíritu no está esento de esta tan general discordia, pues combaten entre sí y en él muy vivas las pasiones : el temor las ha contra el valor ; la tristeza contra la alegría ; ya apetece, ya aborrece ; la irascible se baraja con la concupiscible ; ya vencen los vicios, ya triunfan las virtudes ; todo es arma, y toda guerra : de suerte, que la vida del hombre no es otra que una milicia sobre la haz de la tierra. Mas, ¡oh maravillosa, infinitamente sabia providencia de aquel gran Moderador de todo lo criado, que con tan continua y varia contrariedad de todas las criaturas entre sí, templa, mantiene y conserva toda esta gran máquina del mundo!

— Ese portento de atención divina, dijo Andrenio, era lo que yo mucho celebraba, viendo tanta mudanza con tanta permanencia, que todas las cosas se van acabando, todas ellas perecen y el mundo siempre el mismo, siempre permanece.

(1) Supuesto humor linfático.

— Trazó las cosas de modo el Supremo Artífice, dijo Critilo, que ninguna se acabase, que no comenzase luego otra ; de modo que de las ruinas de la primera se levanta la segunda ; con esto verás que el mismo fin es principio ; la destrucción de una criatura es generación de la otra ; cuando parece que se acaba todo, entonces comienza de nuevo ; la naturaleza se renueva ; el mundo se remoza ; la tierra se establece y el divino gobierno es admirado y adorado.

— Aguarda, dijo Andrenio, óyeme esta última verdad, la más sublime de cuantas he celebrado. Yo te confieso que aunque reconocí y admiré en esta portentosa fábrica del Universo estos cuatro prodigios entre muchos, tanta multitud de criaturas, con tanta diferencia, tanta hermosura, con tanta utilidad, tanto concierto, con tanta contrariedad, tanta mudanza, con tanta permanencia, portentos todos dignos de aclamarse y venerarse ; con todo eso, lo que a mí más me suspendió fué el conocer un Criador de todo, tan manifiesto en sus criaturas, y tan escondido en sí, que aunque todos sus divinos atributos se ostentan, su sabiduría en la traza, su omnipotencia en la ejecución, su providencia en el gobierno, su hermosura en la perfección, su inmensidad en la asistencia, su bondad en la comunicación, y así de todos los demás, que así como ninguno estuvo ocioso entonces, ninguno se esconde ahora ; con todo eso está tan oculto este gran Dios, que es conocido, y no visto, escondido, y manifiesto, tan lejos, y tan cerca : eso es lo que me tiene fuera de mí, y todo en Él, conociéndole y amándole.

— Es muy connatural, dijo Critilo, en el hombre la inclinación a su Dios, como a su principio y su fin, ya amándole ya conociéndole. No se ha hallado nación, por bárbara que fuese, que no haya reconocido la Divinidad, grande y eficaz argumento de su divina esencia y presencia ; porque en la naturaleza no hay cosa de balde, ni inclinación que se frustre : si el imán busca el norte, sin duda que le hay donde se quiere ; si la planta al sol, el pez al agua, la piedra al centro y el hombre a Dios, Dios hay, que es su norte, centro y sol, a quien busque, en quien pare y a quien goce. Este gran Señor dió el ser a todo lo criado, mas Él de sí mismo le tiene, y aún por ello es infinito en todo género de perfección ; que nadie le pudo limitar, ni el ser, ni el lugar, ni el tiempo. No se ve, pero se conoce, y como soberano Príncipe, estando retirado a su inacesible incomprehensibilidad, nos habla por medio de sus criaturas : así que con razón definió un filósofo este universo espejo grande de Dios.

De la Crisi III. « El gran teatro del universo ».

*Una flota se acerca a la isla. Critilo advierte a Andrenio sobre la maldad humana.*

— Advierte, Andrenio, que ya estamos entre enemigos, y ya es tiempo de abrir los ojos ; ya es menester vivir alerta ; procura de ir con cautela en el ver, en el oír y mucho más en el hablar ; oye a todos, y de ninguno de fíes ; tendrás a todos por amigos, pero guardarte has de todos, como de enemigos.

Estaba admirado Andrenio, oyendo estas razones, a su parecer tan sin ella, y arguyóle desta suerte :

— ¿Cómo es esto? Viviendo entre las fieras no me preveniste de algún riesgo, ¿y ahora con tanta exageración me cautelas? ¿No era el peligro mayor entre los tigres, y no temíamos, y ahora de los hombres tiemblas?

— Sí, respondió con un gran suspiro Critilo, que si los hombres no son fieras es porque son más fieros, que de su crueldad aprendieron muchas veces ellas. Nunca mayor peligro hemos tenido, que ahora que estamos entre ellos.

— Pues dime, ¿con qué hacen tanto mal los hombres, si no les dió la naturaleza armas, como a las fieras? Ellos no tienen garras como el león, uñas como el tigre, trompas como el elefante, cuernos como el toro, colmillos como el jabalí, dientes como el perro y boca como el lobo ; ¿pues cómo dañan tanto?

— Y aún por eso, dijo Critilo, la próvida naturaleza privó a los hombres de las armas naturales, y como a gente sospechosa los desarmó, no se fió de su malicia, y si esto no hubiera prevenido ¿qué fuera de su crueldad? Ya hubieran acabado con todo ; aunque no les faltan otras armas mucho más terribles y sangrientas que esas, porque tienen una lengua más afilada que las navajas [1] de los leones, con que desgarran las personas y despedazan las honras ; tienen una mala intención más torcida que los cuernos de un toro, y que

---

[1] Garras.

hiere más a ciegas. Tienen unas entrañas más dañadas que las víboras, un aliento más venenoso que el de los dragones, unos ojos invidiosos y malévolos más que los del basilisco (1); unos dientes que clavan más que los colmillos de un jabalí y que los dientes de un perro, unas narices fisgonas, encubridoras de su irrisión, que exceden a las trompas de los elefantes; de modo que sólo el hombre tiene juntas todas las armas ofensivas que se hallan repartidas entre las fieras, y así él ofende más que todas. Y por que lo entiendas, advierte que entre los leones y los tigres no había más de un peligro, que era perder esta vida material y perecedera; pero entre los hombres hay muchos más y mayores: ya de perder la honra, la paz, la hacienda, el contento, la felicidad, la conciencia y aun el alma. ¡Qué de engaños, qué de enredos, traiciones, hurtos, homicidios, adulterios, invidias, injurias, detracciones y falsedades que experimentarás entre ellos! Todo lo cual no se halla, ni se conoce entre las fieras. Créeme, que no hay lobo, no hay león, no hay tigre, no hay basilisco que llegue al hombre: a todos excede en fiereza; y así dicen por cosa cierta, y yo la creo, que habiendo condenado en una república un insigne malhechor a cierto género de tormento, muy conforme a sus delitos, que fué sepultarle vivo en una profunda hoya, llena de profundas sabandijas, dragones, tigres, serpientes y basiliscos, tapando muy bien la boca por que pereciese sin compasión ni remedio, acertó

(1) Animal fabuloso que mataba con la vista.

a pasar por allí un extranjero, bien ignorante de tan atroz castigo, y sintiendo los lamentos de aquel desdichado, fuése llegando compasivo, y movido de sus plegarias fué apartando la losa que cubría la cueva; al mismo punto saltó fuera el tigre con su acostumbrada ligereza, y cuando el temeroso pasajero creyó ser despedazado, vió que mansamente se le ponía a lamer las manos, que fué más que besárselas. Saltó tras él la serpiente, y cuando la temió enroscada entre sus pies, vió que los adoraba; lo mismo hicieron todos los demás, rindiéndosele humildes, y dándole gracias de haberles hecho una tan buena obra, como era librarles de tan mala compañía cual la de un hombre ruín, y añadieron que en pago de tanto beneficio le avisaban huyese luego, antes que el hombre saliese, si no quería perecer allí a manos de su fiereza; y al mismo instante echaron todos ellos a huir, unos volando, otros corriendo. Estábase tan inmoble el pasajero cuan espantado, cuando saltó el último el hombre, el cual, concibiendo que su bienhechor llevaría consigo algún dinero, arremetió para él, y quitóle la vida para robarle la hacienda, que éste fué el galardón del beneficio. Juzga tú ahora, cuáles son los crueles, los hombres o las fieras.

— Más admirado, más atónito estoy de oír esto, dijo Andrenio, que el día que vi todo el mundo.

— Pues aún no haces concepto cómo es, ponderó Critilo, y ves cuán malos son los hombres. Pues advierte, que aún son peores las mujeres, y más de temer; mira tú cuáles serán.

— ¿Qué dices?
— La verdad.
— Pues, ¿qué serán?
— Son por ahora demonios, que después te diré más.

De la Crisi IV. «El despeñadero de la vida».

*Recogidos por un barco, se dirigen a Europa. Critilo cuenta a Andrenio su historia, revelándole que va en busca de su esposa Felisinda, símbolo de la felicidad, cuyo paradero ignora. Ya en España comienzan su peregrinación por una serie de parajes alegóricos.*

Cauta, si no engañosa, procedió la naturaleza con el hombre al introducirle en este mundo, pues trazó que entrase sin género alguno de conocimiento, para deslumbrar todo reparo; a escuras llega y aun a ciegas quien comienza a vivir, sin advertir que vive y sin saber qué es vivir. Críase niño y tan rapaz que cuando llora con cualquier niñería le acalla y con cualquier juguete le contenta. Parece que le introduce en un reino de felicidades, y no es sino un cautiverio de desdichas, que cuando llega a abrir los ojos del alma, dando en la cuenta de su engaño, hállase empeñado sin remedio, véese metido en el lodo de que fué formado; y ya ¿qué puede hacer, si no pisarlo, procurando salir dél como mejor pudiere? Persuádome que si no fuera con este universal ardid, ninguno quisiera entrar en un tan engañoso mundo; y qué pocos aceptaran la vida después si tuvieran estas noticias antes; porque ¿quién, sabiéndolo, qui-

siera meter el pie en un reino mentido y cárcel verdadera, a padecer tan muchas como varias penalidades? : en el cuerpo hambre, sed, frío, calor, cansancio, desnudez, dolores, enfermedades, y en el ánimo engaños, persecuciones, envidias, desprecios, deshonras, ahogos, tristezas, temores, iras, desesperaciones, y salir al cabo condenado a miserable muerte, con pérdida de todas las cosas : casa, hacienda, bienes, dignidades, amigos, parientes, hermanos, padres y la misma vida, cuando más amada. Bien supo la naturaleza lo que hizo y mal el hombre lo que aceptó. Quien no te conoce, ¡oh, vivir!, te estime, pero un desengañado tomará antes haber sido trasladado de la cuna a la urna, del tálamo al túmulo. Presagio común es de miserias el llorar al nacer, que aunque el más dichoso cae de pies, triste posesión toma, y el clarín con que este hombre rey entra en el mundo no es otro que su llanto, señal que su reinado todo ha de ser de penas ; pero ¿cuál puede ser una vida que comienza entre los gritos de la madre que la da y los lloros del hijo que la recibe? Por lo menos, ya que le faltó el conocimiento, no el presagio de sus males ; si no los concibe, los adivina.

Llegaron a aquella tan famosa encrucijada donde se divide el camino y se diferencia el vivir, estación célebre por la dificultad que hay, no tanto de parte del saber, cuanto del querer, sobre qué senda y a qué mano se ha de echar. Vióse aquí Critilo en mayor duda, porque siendo la tradición común ser dos los caminos, el plausible de la mano izquierda por lo fácil, entretenido y cuesta abajo,

y al contrario el de la mano derecha, áspero, desapacible y cuesta arriba, halló con no poca admiración que eran tres los caminos, dificultando más su elección.

— Válgame el cielo, decía, ¿y no es éste aquel tan sabio bivio (1), donde el mismo Hércules se halló perplejo sobre cuál de los dos caminos tomaría? Miraba adelante y atrás, preguntándose a sí mismo: ¿No es ésta aquella docta letra de Pitágoras (2), en que cifró toda la sabiduría, que hasta aquí procede igual y después se divide en dos ramos, uno espacioso del vicio y otro estrecho de la virtud? Pero con diversos fines, que el uno va a parar en el castigo y el otro en la corona. Aguarda, decía, ¿dónde están aquellos dos aledaños de Epicteto, el Abstine en el camino del deleite y el Sustine (3) en el de la virtud? Basta, que habemos llegado a tiempos que hasta los caminos reales se han mudado.

— ¿Qué montón de piedras es aquél, preguntó Andrenio, que está en medio de las sendas?

— Lleguémonos allá, dijo Critilo, que el índice del numen vial (4) juntamente nos está llamando y dirigiendo. Éste es el misterioso montón de Mercurio, en quien significaron los antiguos que la sabiduría es la que ha de guiar, y que por donde nos llama el Cielo habemos de correr; eso está voceando aquella mano.

---

(1) Bifurcación de un camino.
(2) La Y.
(3) Abstine et Sustine: Renuncia y soporta.
(4) Dios de los caminos: Mercurio.

— Pero el montón de piedras, ¿a qué propósito?, replicó Andrenio ; ¡extraño despejo del camino, amontonando tropiezos!

— Estas piedras, respondió suspirando Critilo, las arrojan aquí los viandantes, que en eso pagan la enseñanza ; ése es el galardón que se le da a todo Maestro, y entiendan los de la verdad y virtud que hasta las piedras se han de levantar contra ellos. Acerquémonos a esta columna, que ha de ser el oráculo en tanta perplejidad.

Leyó Critilo el primer letrero, que con Horacio decía : *Medio hay en las cosas, tú no vayas por los extremos.* Estaba toda ella de alto a bajo labrada de relieve con extremado artificio, compitiendo los primores materiales de la simetría con los formales del ingenio ; leíanse muchos sentenciosos aforismos y campeaban historias alusivas ; íbalas admirando Andrenio, y comentándolas Critilo con gustoso acierto. Allí vieron al temerario joven montado en la carroza de luces, y su padre le decía : Ve por el medio y correrás seguro.

— Éste fué, declaró Critilo, un mozo que entró muy orgulloso en un gobierno y por no atender a la mediocridad prudente, como le aconsejaban sus ancianos, perdió los estribos de la razón y tantos vapores quiso levantar en tributos que lo abrasó todo, perdiendo el mundo y el mando. Seguíase Ícaro (1), desalado en caer, pasando de un extremo a otro, de los fuegos a las aguas,

(1) Al intentar escapar del Laberinto construído por su padre, Dédalo, utilizando unas alas de cera, se acercó demasiado al Sol y se le derritieron.

por más que le voceaba Dédalo : Vuela por el medio.

Éste fué otro arrojado, ponderaba Critilo, que no contento con saber lo que basta, que es lo conveniente, dió en sutilezas mal fundadas y tanto quiso adelgazar que le mintieron las plumas y dió con sus quimeras en el mar de un común y amargo llanto, que va poco de pennas a penas (1). Aquél es el célebre Cleóbulo, que está escribiendo en tres cartas consecutivas esta palabra sola, *Modo*, al rey, que en otras tres le había pedido un consejo digno de su saber para reinar con acierto. Mira aquel otro de los siete de Grecia, eternizado sabio por sola aquella sentencia : *Huye en todo la demasía ;* porque siempre dañó más lo más que lo menos. Estaban de relieve todas las virtudes con plausibles empresas en tarjetas y roleos (2) ; comenzaban por orden, puesta cada una en medio de sus dos vicios extremos, y en lo bajo la fortaleza, asegurando el apoyo a las demás, recostada sobre el cojín de una coluna, media entre la temeridad y la cobardía ; procediendo así todas las otras, remataba la Prudencia como reina, y en sus manos tenía una preciosa corona con este lema : *Para el que ama la mediocridad de oro.*

De la Crisi V. « Entrada del mundo ».

---

(1) Juego de palabras a base de la significación latina de penna = pluma.

(2) Volutas.

*Después de visitar, acompañados por el centauro Quirón, la gran Babilonia de España, donde todo « anda al revés »* (Crisi VI), *llegan al reino de Falimundo — símbolo del mundo engañoso —, donde hallan la Fuente de los engaños.*

Llegaron ya a la gran Fuente de la gran sed, tan nombrada como deseada de todos los fatigados viandantes, famosa por su artificio, injuria de Juanelo (1), y célebre por la perenidad de sus líquidos cristales. Estaba en medio de un gran campo y aun no bastante para la mucha gente que concurría, solicitando alivio a tanta sed y fatiga ; veíase en aquella ocasión tan coronada de sedientos pasajeros que parecía haberse juntado todo el mundo, que bien pocos de los mortales faltaban. Brollaba el agua por siete caños en gran abundancia, aunque no eran de oro sino de hierro, circunstancia que la notó bien Critilo, y más cuando vió que en vez de grifos (2) y leones eran sierpes y eran canes ; no había estanque donde el agua rebalsase, porque no sobraba gota donde se desperdiciaban tantas, asegurando todos cuantos la gustaban era la más dulce que en su vida habían bebido, y con este cebillo, sobre el cansancio, no cesaban de brindarse, hidrópicos de dulzura. Para la gente de cuenta, que siempre éstos son contados, había cálices de oro que una agradable ninfa, tabernera de Babilonia, con extremada cortesía les ministraba y las más veces bailándoles el agua delante. Aquí Andrenio, tan

(1) Ingeniero del siglo XVI, constructor de un célebre artificio sobre el Tajo, para elevar el agua hasta Toledo.
(2) Animal fabuloso compuesto de águila y león.

apretado de la sed cuan obligado del agasajo, sin más reparo se precipitó al agua. Poca pudo pasar, que le gritó Critilo :

— Aguarda, espera, mira primero si es agua.

— Pues ¿qué ha de ser?, replicó él.

— Bien puede ser veneno, que aquí todo es de temer.

— Agua veo yo que es, y bien clara y muy risueña.

— Eso, replicó Critilo, es lo peor ; aun del agua clara ya no hay que fiar, pues con todo ese claro proceder adultera las cosas, representándolas mayores de lo que son y a veces más altas, y otras las esconde en el profundo ; ya ríe, ya murmura, que no hiciera más un áulico (1).

— Déjame siquiera enjuagar, replicó Andrenio, que estoy que perezco.

— No hagas tal, que el enjuagar siempre fué reclamo de beber.

— ¿Siquiera no podría bañarme estos ojos, limpiándome del polvo que me ciega y del sudor que me ensucia?

— Ni aun eso ; créeme y remítete siempre a la experiencia, con enseñanza tuya y riesgo ajeno. Nota el efecto que hará en éstos que ahora llegan ; míralos bien primero antes que beban y vuelve a reconocerlos después de haber bebido.

Llegaba en esto una gran tropa de pasajeros que más sedientos que atentos se lanzaron al agua. Comenzaron a bañarse lo primero y estregarse los ojos blandamente, pero, ¡cosa rara y increíble!,

(1) Cortesano.

al mismo punto que les tocó el agua en ellos se les trocaron, de modo que siendo antes muy naturales y claros se les volvieron de vidrio de todas colores : a uno tan azules que todo cuanto veía le parecía un cielo y que estaba en gloria ; éste era un gran necio que vivía muy satisfecho de sus cosas ; a otro se le volvieron cándidos como la misma leche ; todo cuanto veía le aprecía bueno, sin género alguno de malicia ; de nadie sospechaba mal y así todos le engañaban, todo lo abonaba y más si eran cosas de sus amigos, hombre más sencillo que un polaco. Al contrario, a otro se le pusieron más amarillos que una hiel, ojos de suegra y cuñada ; en todo hallaba dolo y reparo, todo lo echaba a la peor parte y cuantos veía juzgaba que eran malos y enfermos ; éste era uno más malicioso que juicioso. A otros se les volvían verdes, que todo se lo creían y esperaban conseguir : ojos ambiciosos. Los amartelados cegaban de todo punto, y de ajenas legañas a muchos se les paraban sangrientos que parecían calabreses. ¡Cosa rara!, que aunque a algunos daba buena vista veían bien y miraban mal ; debían ser envidiosos. No sólo se les alteraban los ojos en orden a la calidad, sino a la cantidad y figura de los objetos, y de suerte que a unos todas las cosas les parecían grandes, y más las proprias, a lo castellano ; a otros todo les parecía poco, gente de mal contentar. Había uno que todas las cosas le parecían estar muy lejos, acullá cien leguas, y más los peligros, la misma muerte ; éste era un incauto ; al contrario, a otro le parecía que todo lo tenía muy cerca, y los mismos imposibles muy a mano,

todo lo facilitaba : pretendiente había de ser. Notable vista era la que les comunicaba a muchos, que todo les parecía reírseles y que todos les hacían fiestas y agasajos, condición de niños. Estaba uno muy contento, porque en todo hallaba hermosura, pareciéndole que veía ángeles : éste dijeron que era o portugués o nieto de Macías (1). Hombre había que en todo se veía a sí mesmo, necio Antiferonte (2). A otro se le equivocó la vista de modo que veía lo que no miraba, bizco de intención y de voluntad torcida. Había ojos de amigos y ojos de enemigos, muy diferentes ; ojos de madre, que los escarabajos le parecían perlas, y ojos de madrastra, mirando siempre de mal ojo ; ojos españoles verdinegros, y azules los franceses.

Todos estos monstruosos efectos causó aquel venenoso licor en los que se lavaron con él, que en otros que llegaron a tomarle en la boca y enjuagarse ya obró más prodigiosas violencias, pues las lenguas que antes eran de carne sólida y sustancial las trocó en otras de bien extraordinarias materias : unas de fuego, que abrasaban el mundo, y otras de agua chirle, muy a la clara ; muchas de viento, que parecían fuelles en llenar las cabezas de mentiras, de soplos y de lisonjas ; algunas que habían sido de seda las volvía de bayeta, y las de terciopelo en raso ; transformaba otras lenguas de burlas, nada sustanciales y las más de borra, que se embarazaban mucho en decir

---

(1) Trovador gallego, célebre por el trágico fin de su amor.

(2) Personaje griego de quien Aristóteles dice que padecía alucinaciones.

lo que convenía ; a muchas mujeres les quitó del todo las lenguas, pero no el habla, que antes hablaban más cuanto más deslenguadas.

De la Crisi VII. « La fuente de los engaños ».

*Critilo huye del reino de Falimundo y se refugia en la corte de Artemia — la Cultura —. Gracias a un emisario de ésta, que le hace contemplar en el espejo del desengaño al monstruoso Falimundo, Andrenio decide apartarse de él y reunirse con su compañero.*

Buen camino contra la inconstante fortuna, buena naturaleza contra la rigurosa ley, buena arte contra la imperfecta naturaleza y buen entendimiento para todo. Es el arte complemento de la naturaleza y un otro segundo ser que por extremo la hermosea y aun pretende excederla en sus obras. Préciase de haber añadido un otro mundo artificial al primero, suple de ordinario los descuidos de la naturaleza, perficionándola en todo, que sin este socorro del artificio quedara inculta y grosera. Éste fué sin duda el empleo del hombre en el Paraíso, cuando le revistió el Criador la presidencia de todo el mundo y la asistencia en aquél para que lo cultivase, esto es, que con el arte lo aliñase y puliese. De suerte que es el artificio, gala de lo natural, realce de su llaneza, obra siempre milagros ; y si de un páramo puede hacer un paraíso, ¿qué no obrará en el ánimo cuando las buenas artes emprenden su cultura?

Hacíase ojos Andrenio mirando hacia palacio, por ver si podía brujulear alguna realidad, mas

en vano, que estaban las ventanas unas con celosías muy espesas y otras con vidrieras.

— No ha de ser de ese modo, dijo el viejo, sino al contrario, volviendo las espaldas, que las cosas del mundo todas se han de mirar al revés para verlas al derecho ; sacó en esto el espejo del seno y desenvolviéndole de un cendal púsosele delante, encarándole muy bien a las ventanas contrarias de palacio.

— Mira ahora, contempla bien y procura satisfacer tu deseo.

¡Cosa rara y inaudita! Comenzó a espantarse y temer tanto Andrenio que casi desmayaba.

— ¿Qué tienes? ¿Qué ves?, le preguntó el anciano.

— ¡Qué he de ver! Lo que no quisiera ni creyera : veo un monstruo, el más horrible que vi en mi vida, porque no tiene pies ni cabeza. ¡Qué cosa tan desproporcionada! No corresponde parte a parte, ni dice uno con otro en todo él ; ¡qué fieras manos tiene! Y cada una de su fiera ; ni bien carne, ni pescado, y todo lo parece. ¡Qué boca tan de lobo, donde jamás se vió verdad! Es niñería la quimera en su cortejo ; ¡qué agregado de monstruosidades! ¡Quita, quítamele de delante, que moriré de espanto!

Pero el prudente compañero decía :

— Cúmpleme la palabra, nota aquel rostro, que a la primera vista parece verdadero y no es de hombre, sino de vulpeja ; de medio arriba es serpiente, tan torcido tiene el cuerpo, y sus entrañas tan revueltas que basta a revolverlas. El espinazo tiene de camello y hasta en la nariz

tiene corcova, el remate es de sirena, y aun peor, tales son sus dejos. No puede ir derecho ; ¿no ves cómo tuerce el cuello? Anda acorvado y no de bien inclinado ; las manos tiene gafas (1), los pies tuertos, la vista atravesada, y a todo esto habla en falsete, para no hablar ni proceder bien en cosa alguna.

— Basta, dijo Andrenio, que reviento.

— Y basta, que a ti te sucede lo que a todos los otros, dijo el viejo, que en viéndole una vez tienen harto, nunca más le pueden ver ; eso es lo que yo deseaba.

— ¿Quién es este monstruo coronado?, preguntó Andrenio. ¿Quién es este espantoso rey?

— Éste es, dijo el anciano, aquel tan nombrado y tan desconocido de todos, aquel cuyo es todo el mundo por sola una cosa que le falta ; éste es aquel que todos platican, le tratan y ninguno le querría en su casa, sino en la ajena ; éste es aquel gran cazador con una red tan universal que enreda todo el mundo ; éste es el señor de la mitad del año primero, y de la otra mitad después ; éste es el poderoso entre los necios, juez a quien tantos apelan, condenándose ; éste es aquel príncipe universal de todos, no sólo de hombres, pero de las aves, de los peces y de las fieras ; éste es, finalmente, el tan famoso, el tan sonado, el tan común Engaño.

— No hay más que aguardar, dijo Andrenio, vámonos de aquí, que ya estoy más lejos dél cuanto más cerca.

De la Crisi VIII. « Las maravillas de Artemia ».

(1) Encorvadas y sin movimiento.

*Juntos ya Andrenio y Critilo, escuchan la interpretación alegórica de las diversas partes del cuerpo humano que va haciendo Artemia* (Crisi IX). *Despídense de ella y al dirigirse a Madrid son asaltados por las huestes de Volusia — el Vicio —, que intentan arrebatarles la libertad* (Crisi X). *Llegados a la capital, son aleccionados por un cortesano* (Crisi XI), *pero Falsirena — símbolo del peligro femenino — consigue embaucar a Andrenio, que al fin es hallado por Critilo, mediante la ayuda de Egenio — símbolo de la « necesidad » —, en la cueva del amor sensual.*

Fué Salomón el más sabio de los hombres y fué el hombre a quien más engañaron las mujeres, y con haber sido el que más las amó fué el que más mal dijo dellas. Argumento de cuán gran mal es del hombre la mujer mala, y su mayor enemigo. Más fuerte es que el vino, más poderosa que el rey y que compite con la verdad siendo toda mentira. Más vale la maldad del varón que el bien de la mujer, dijo quien más bien dijo, porque menos mal te hará un hombre que te persiga que una mujer que te siga. Mas no es un enemigo sólo, sino todos en uno, que todos han hecho plaza de armas en ella ; de carne se compone, para descomponerle, el Mundo la viste, que para poder vencerle a él se hizo mundo della ; y la que del Mundo se viste, del demonio se reviste en sus engañosas caricias : Gerión [1] de los enemigos, triplicado lazo de la libertad, que difícilmente se rompe ; de aquí sin duda procedió el apellidarse todos los males hembras : las furias, las parcas, las sirenas y las harpías, que todo lo es una mujer mala.

(1). Monstruo mitológico que tenía tres cabezas.

Hácenle guerra al hombre diferentes tentaciones, en sus edades diferentes, unas en la mocedad y otras en la vejez, pero la mujer en todas. Nunca está seguro de ellas : ni mozo, ni varón, ni viejo, ni sabio, ni valiente, ni aun santo ; siempre está tocando al arma este enemigo común y tan casero que los mismos criados del alma la ayudan, los ojos franquean la entrada a su belleza, los oídos escuchan su dulzura, los labios la pronuncian, la lengua la vocea, las manos la atraen, los pies la buscan, el pecho la suspira y el corazón la abraza. Si es hermosa, es buscada, si fea, ella busca; y si el Cielo no hubiera prevenido que la hermosura de ordinario fuera trono de la necedad, no quedara hombre a vida, que la libertad lo es.

Apareció una puerta de una horrible cueva ; abriéronla, no sin dificultad, y divisaron dentro, a la confusa vislumbre de un infernal fuego, muchos desalmados cuerpos tendidos por aquellos suelos. Había mozos galanes de tan corto seso cuan largo cabello, hombres de letras pero necios, hasta viejos ricos tenían los ojos abiertos pero no veían ; otros los tenían vendados con mal piadosos lienzos ; en los más no se percibía otro que algún suspiro ; todos estaban dementados (1) y adormecidos y tan desnudos que aun una sabanilla no les habían dejado siquiera para mortaja. Yacía en medio Andrenio, tan trocado, que el mismo Critilo su padre le desconocía. Arrojóse sobre él llorando y voceándole, pero nada oía. Apretábale la mano, mas no le hallaba ni pulso

(1) Sin sentido ni juicio.

ni brío. Advirtió entretanto Egenio que aquella confusa luz no era de antorchas, sino de una mano que de la misma pared nacía, blanda y fresca, adornada de hilos de perlas que costaron lágrimas a muchos, coronados los dedos de diamantes muy finos a precio de falsedades ; ardían los dedos como candelas, aunque no tanto daban luz cuanto fuego que abrasaba las entrañas.

— ¿Qué mano de ahorcado es ésta?, dijo Critilo.

— No es sino del verdugo, respondió Egenio, pues ahoga y mata.

Removióla un poco, al mismo punto comenzaron a rebullir ellos.

— Mientras ésta ardiere no despertarán.

Probóse a apagarla alentando fuertemente, mas no pudo, que éste es el fuego de alquitrán, que con viento de amorosos suspiros y con agua de lágrimas más se aviva. El remedio fué echar polvo y poner tierra en medio ; con esto se extinguió aquel fuego más que infernal y al punto despertaron los que dormían valientemente, digo aquellos que por ser hijos de Marte son hermanos de Cupido. Los ancianos muy corridos, diciendo :

— Basta, que este vil fuego de la torpeza no perdona ni verde ni seco.

Los sabios execrando su necedad decían :

— ¡Que Paris afrente a Palas! ; era mozo e ignorante; pero, ¡los entendidos! Esa es doblada demencia.

De la Crisi XII. « Los encantos de Falsirena ».

*Conducidos por Egenio, los dos peregrinos se dirigen a la Feria de todo el mundo, donde se vende lo necesario « para ser personas », con lo que termina el estío de su juventud.*

Entraron dentro y hallaron que se vendían lenguas para callar, las mejores para mordérselas y que se pegaban al paladar. Un poco más adelante estaba un hombre ceñando que callasen, tan lejos de pregonar su mercadería.

— ¿Qué vende éste?, dijo Andrenio.

Y él, al punto le puso en boca.

— Pues deste modo, ¿cómo sabremos lo que vendes?

— Sin duda, dijo Egenio, que vende el callar.

— Mercadería es bien rara y bien importante, dijo Critilo, yo creí que se había acabado en el mundo ; ésta la deben traer de Venecia, especialmente el secreto, que acá no se coge.

— ¿Y quién le gasta?

— Eso estáse dicho, respondió Andrenio, los anacoretas, los monjes, porque ellos saben lo que vale y aprovecha.

— Pues yo creo, dijo Critilo, que los más que lo usan no son los buenos, sino los malos. Los deshonestos callan, las adúlteras disimulan, los asesinos punto en boca, los ladrones entran con zapato de fieltro, y así, todos los malhechores.

— Ni aun eso, replicó Egenio, que está ya el mundo tan rematado que los que habían de callar, hablan más y hacen gala de sus ruindades. Veréis el otro, que funda su caballería en bellaquería, que no le agrada la torpeza si no es descarada ; el acuchillador se precia de que sus valentías den en

rostro, el lindo, que se hable de sus cabellos ; la otra, que se descuida de sus obligaciones y sólo cuida de su cara cara (1), placea las galas cuando más la descomponen ; el mal ladrón pretende cruz y el otro pide el título que sea sobrescrito de sus bajezas. Deste modo todos los ruines son los más ruidosos.

— Pues, señores, ¿quién compra?

— El que apaña piedras, el que hace y no dice, el que hace su negocio y Harpocrates (2), a quien nadie reprehende.

— Sepamos el precio, dijo Critilo, que querría comprar cantidad, que no sé si lo hallaremos en otra parte.

— El precio del silencio, le respondieron, es silencio también.

— ¿Cómo puede ser eso? Si lo que se vende es callar, ¿la paga cómo ha de ser callar?

— Muy bien, que buen callar se paga con otro ; éste calla porque aquél calle, y todos dicen : callar y callemos.

— Aquí lo que se vende, decía otro, no hay bastante oro ni plata en el mundo para comprarlo.

— Pues ¿quién feriará?

— Quien no la pierda.

— ¿Y qué cosa es?

— La libertad. Gran cosa aquella de no depender de voluntad ajena, y más de un necio, de un modorro, que no hay tormento como la imposición de hombres sobre las cabezas.

(1) Apreciada cara.
(2) Nombre griego del dios egipcio Horus.

Entró un feriante en una tienda y díjole al mercader le vendiese sus orejas. Riéronlo mucho todos, sino Egenio, que dijo :

—Es lo primero que se ha de comprar, no hay mercadería más importante, y pues habemos feriado lenguas para no hablar, compremos aquí orejas para no oír y unas espaldas de ganapán o molinero.

Hasta el mismo vender hallaron se feriaba, porque saber uno vender sus cosas vale mucho, que ya no se estiman por lo que son, sino por lo que parecen.

De la Crisi XIII. « La feria del mundo ».

## SEGUNDA PARTE

*Llegados a « la varonil edad », encuentran en Aragón al sagaz Argos, monstruo de mil ojos.*

Renuncia el hombre inclinaciones de siete en siete años, ¡cuánto más alternará genios en cada una de sus cuatro edades! Comienza a medio vivir, quien poco o nada percibe ; ociosas pasan las potencias en la niñez, aun las vulgares, que las nobles sepultadas yacen en una puerilidad insensible : punto menos que bruto, aumentándose con las plantas y vegetándose con las flores. Pero llega el tiempo en que también el alma sale de mantillas, ejerce ya la vida sensitiva, entra en la jovial juventud, que de allí tomó apellido ; ¡qué sensual, qué delicioso! No atiende sino a holgarse el que nada entiende ; no vaca al noble ingenio, sino al delicioso genio ; sigue sus gustos, cuando tan malo

le tiene. Llega al fin, pues siempre tarde, a la vida racional, y, muy de hombre, ya discurre y se desvela, y porque se reconoce hombre, trata de ser persona. Estima el ser estimado, anhela el valer, abraza la virtud, logra la amistad, solicita el saber, atesora noticias y atiende a todo sublime empleo. Acertadamente discurría quien comparaba el vivir del hombre al correr del agua, cuando todos morimos y como ella nos vamos deslizando. Es la niñez fuente risueña : nace entre menudas arenas, que de los polvos de la nada salen los lodos del cuerpo; brolla tan clara como sencilla ; ríe lo que no murmura ; bulle entre campanillas de viento ; arróllase entre pucheros y ciñese de verduras que le fajan. Precipítase ya la mocedad en un impetuoso torrente, corre, salta, se arroja y se despeña, tropezando con las guijas, rifando (1) con las flores ; va echando espumas, se enturbia y se enfurece ; sosiégase ya río en la varonil edad ; va pasando tan callado cuan profundo, caudalosamente vagaroso ; todo es fondo, sin ruido. Dilátase espaciosamente grave, fertiliza los campos, fortalece las ciudades, enriquece las provincias y de todas maneras aprovecha. Mas, ¡ay!, que al cabo viene a parar en el amargo mar de la vejez, abismo de achaques, sin que le falte una gota ; allí pierden los ricos sus bríos, su nombre y su dulzura ; va a orza (2) el carcomido bajel, haciendo agua por cien partes, y a cada instante zozobrando entre borrascas tan deshechas que le deshacen, hasta dar al través con dolor y con dolores en el abismo

(1) Riñendo.
(2) Ladeado.

de un sepulcro, quedando encallado en perpetuo olvido.

— Yo confieso que tienes razón, dijo Andrenio, y que están bien los ojos en los hombros, pues todo hombre nació para la carga. Pero dime, esos que llevas en las espaldas, ¿para qué pueden ser buenos? Si ellas de ordinario están arrimadas, ¿de qué sirven?

— Y aun por eso, respondió Argos, para que miren bien dónde se arriman. ¿No sabes tú que casi todos los arrimos del mundo son falsos, chimeneas tras tapiz, que hasta los parientes falsean y se halla peligro en los mismos hermanos? Maldito el hombre que confía en otro, y sea quien fuere. ¿Qué digo amigos y hermanos? De los mismos hijos no hay que asegurarse, y necio del padre que en vida se despoja. No decía del todo mal quien decía que vale más tener que dejar en muerte a los enemigos, que pedir en vida a los amigos ; ni aun en los mismos padres hay que confiar, que algunos han echado dado falso a los hijos, y ¡cuántas madres hoy venden las hijas!

Prométoos que para poder vivir es menester armarse un hombre de pies a cabeza, no de ojetes [1], sino de ojazos muy despiertos ; ojos en las orejas para descubrir tanta falsedad y mentira ; ojos en las manos, para ver lo que da y mucho más lo que toma ; ojos en los brazos, para no abarcar mucho y apretar poco ; ojos en la misma lengua, para mirar muchas veces lo que ha de decir uno ; ojos en el pecho, para ver en qué lo ha de

[1] Agujeros de la cota de malla que se utilizaba como defensa.

tener ; ojos en el corazón, atendiendo a quién le tira o le hace tiro ; ojos en los mismos ojos, para mirar cómo miran ; ojos, y más ojos y reojos, procurando ser el mirante en un siglo tan adelantado (1).

De la Crisi I. « Reforma universal ».

*Tras visitar la Aduana de la vida — donde los jóvenes se convierten en hombres —, y de escuchar lo que a éstos conviene, son recibidos en su palacio por Salastano (anagrama de Lastanosa). Allí contemplan las más estupendas maravillas.*

Al mismo punto les fué mostrando con el dedo un hombre de bien en estos tiempos, un oidor (2) sin manos pero con palmas, y, lo que más es, su mujer ; un grande de España desempeñado ; un príncipe, en esta era, dichoso ; una reina fea ; un príncipe oyendo verdades ; un letrado pobre ; un poeta rico ; una persona real que murió sin que se dijese que de veneno ; un español humilde ; un francés grave y quieto ; un alemán aguado — y juró Balboa era el Barón de Sabac (3) — ; un privado no murmurando ; un príncipe cristiano en paz ; un docto premiado ; una viuda de Zaragoza flaca ; un necio descontento ; un casamiento sin mentira ; un indiano liberal ; una mujer sin enredo ; uno de Calatayud en el limbo ; un portu-

(1) Juego de palabras : Almirante : el que manda la flota. Adelantado : capitán general.
(2) Magistrado.
(3) Noble alemán al servicio de Felipe IV. (Nota de Romera Navarro).

gués necio ; un real de a ocho en Castilla ; Francia pacífica ; el setentrión sin herejes ; el mar constante, la tierra igual y el Mundo mundo (1).

De la Crisi II. « Los prodigios de Salastano ».

*Andrenio y Critilo pasan a Francia, donde un francés les conduce a la Cárcel del oro — alegoría de la Codicia.*

Al mismo punto que metieron el pie en la Francia conocieron sensiblemente la diferencia en todo, en el temple, clima, aire, cielo y tierra ; pero mucho más la total oposición de sus moradores en genios, ingenios, costumbres, inclinaciones, naturales, lengua y trajes.

— ¿Qué te ha parecido de España?, dijo Andrenio. Murmuremos un rato della, aquí donde no nos oyen.

— Y aunque nos oyeran, ponderó Critilo, son tan galantes los españoles que no hicieran crimen de nuestra civilidad (2) ; no son tan sospechosos como los franceses, más generosos corazones tienen.

— Pues dime, ¿qué concepto has hecho de España?

— No malo.

— ¿Luego bueno?

— Tampoco.

— Según eso, ¿ni bueno ni malo?

— No digo eso.

(1) Mundo limpio.
(2) Grosería, miseria, vileza.

— Pues ¿qué?

— Agridulce.

— ¿No te parece muy seca, y que de ahí les viene a los españoles aquella su sequedad de condición, y melancólica gravedad?

— Sí, pero también es sazonada en sus frutos y todas sus cosas son muy substanciales. De tres cosas, dicen, se han de guardar mucho en ella, y más los extranjeros.

— ¿De tres solas? ¿Y qué son?

— De sus vinos, que dementan, de sus soles, que abrasan, y de sus femeniles lunas, que enloquecen.

— ¿No te parece que es muy montuosa y aun por eso poco fértil?

— Así es, pero muy sana y templada, que si fuera llana, los veranos sería inhabitable.

— Está muy despoblada.

— También vale una della por ciento de otras naciones.

— Es poco amena.

— No la faltan vegas muy deliciosas.

— Está aislada entre ambos mares.

— También está defendida y coronada de capaces puertos y muy regalada de pescados.

— Parece que está muy apartada del comercio de las demás provincias y al cabo del mundo.

— Aun había de estarlo más, pues todos la buscan y la chupan lo mejor que tiene : sus generosos vinos Inglaterra, sus finas lanas Holanda, su vidrio Venecia, su azafrán Alemania, sus sedas Nápoles, sus azúcares Génova, sus caballos Francia, y sus patacones (1) todo el mundo.

(1) Moneda de plata.

— Dime, y de sus naturales ¿qué juicio has hecho?

— Ahí hay más que decir, que tienen tales virtudes como si no tuviesen vicios, y tienen tales vicios como si no tuviesen tan relevantes virtudes.

— No me puedes negar que los españoles son muy bizarros.

— Sí, pero de ahí les nace el ser altivos. Son muy juiciosos, no tan ingeniosos. Son valientes, pero tardos. Son leones, mas con cuartana. Muy generosos, y aun perdidos. Parcos en el comer y sobrios en el beber, pero superfluos en el vestir. Abrazan todos lo extranjero, pero no estiman lo propio. No son muy crecidos de cuerpo, pero de grande ánimo. Son poco apasionados por su patria, y trasplantados son mejores. Son muy allegados a la razón, pero arrimados a su dictamen. No son muy devotos, pero tenaces de su religión. Y absolutamente es la primer nación de Europa, odiada, porque envidiada.

Más dijeran, si no les interrumpiera su vulgar murmuración un otro pasajero que con serlo, y tan de priesa, tomaba muy de veras el vivir. Veníase encaminado hacia ellos y Critilo dijo:

— ¿Dónde nos piensas llevar?

— Donde halléis hombres lo que mozos desperdiciasteis. ¡Cómo se echa de ver, que no sabéis vosotros en qué siglo vivís! Vamos andando, que yo os lo diré.

Y preguntó:

— ¿En cuál pensáis vivir, en el de oro o en el de lodo?

— Yo diría, respondió Critilo, que en el de hierro. Con tantos, todo anda errado en el mundo y todo al revés ; si ya no es en el de bronce, que es peor, con tanto cañón y bombarda, todo ardiendo en guerras, no se oye otro que sitios, asaltos, batallas, degüellos, que hasta las mismas entrañas parece se han vuelto de bronce.

— No faltará quien diga, respondió Andrenio, que es el siglo de cobre y no de pague. Mas yo digo que el de lodo, cuando todo lo veo puesto dél, tanta inmundicia de costumbres, todo lo bueno por tierra ; la virtud dió en el suelo, con su letrero : aquí yace. La basura a caballo, los muladares dorados, y al cabo al cabo todo hombre es barro.

— No decís cosa, replicó el francés ; asegúroos de no es sino el siglo de oro ; mira ¿quién tal creyera? Sólo el oro es el estimado, el buscado, el adorado y querido ; no se hace caso de otro, todo va a parar en él y por él, y así dice bien, cuando más mal, aquel público maldiciente : « tutti tiramo a questo diavolo di argento » (1).

Relucía ya, y de muy lejos, uno como palacio grande pero no magnífico, y tan lindo como un oro. Reparó luego Andrenio y dijo :

— ¡Qué rica cosa y casa, parece un ascua de oro, así luce y así quema!

— ¿Qué mucho, si lo es?, respondió el Monsiur, bailando de contento, que como al dar llaman ellos bailar (2), siempre andan bailando.

— ¿Todo el palacio es de oro?, preguntó Critilo.

---

(1) Todos tendemos hacia este diablo de dinero.
(2) En francés, « bailler » = dar.

— Todo, desde el plinto hasta la cima, por dentro y fuera, y cuanto hay en él todo es oro y todo plata.

— Muy sospechoso se me hace, dijo Critilo, que la riqueza es gran comadre del vicio y aun se dice vive mal con él. Pero ¿de dónde han podido juntar tanto oro y tanta plata, que parece imposible?

— ¿Cómo de dónde? Pues si España no hubiera tenido los desaguaderos de Flandes, las sangrías de Italia, los sumideros de Francia, las sanguijuelas de Génova, ¿no estuvieran hoy todas sus ciudades enladrilladas de oro y muradas de plata?

De la Crisi III. « La cárcel de oro y calabozos de plata ».

*Libres de las cadenas del oro, se dirigen al palacio del entendimiento, donde Critilo, abandonado por Andrenio, contempla en visión alegórica a los más célebres autores de la literatura universal. Elogio del libro.*

¿Qué jardín del Abril, qué Aranjuez del mayo como una librería selecta? ¿Qué convite más delicioso para el gusto de un discreto como un culto museo, donde se recrea el entendimiento, se enriquece la memoria, se alimenta la voluntad, se dilata el corazón y el espíritu se satisface? No hay lisonja, no hay fullería (1) para un ingenio como un libro nuevo cada día. Las pirámides de Egipto ya acabaron, las torres de Babilonia cayeron, el

(1) En su sentido atenuado de treta divertida. (Nota de R. N).

romano Coliseo pereció, los palacios dorados de Nerón caducaron ; todos los milagros del mundo desaparecieron y solos permanecen los inmortales escritos de los sabios que entonces florecieron y los insignes varones que celebraron. ¡Oh, gran gusto el leer! Empleo de personas, que si no las halla las hace. Poco vale la riqueza sin la sabiduría, y de ordinario andan reñidas ; los que más tienen menos saben, y los que más saben menos tienen, que siempre conduce la ignorancia borregos con vellocino de oro.

¡Oh, fruición del entendimiento ; oh, tesoro de la memoria, realce de la voluntad, satisfacción del alma, paraíso de la vida! Gusten unos de jardines, hagan otros banquetes, sigan éstos la caza, cébense aquéllos en el juego, rocen galas, traten de amores, atesoren riquezas con todo género de gustos y de pasatiempos, que para mí no hay gusto como el leer, ni centro como una selecta librería.

De la Crisi IV. « El museo del discreto ».

*Andrenio, extraviado en el país de la ignorancia vulgar, consigue huir de él, gracias al Sabio.*

En un instante se conmovió toda aquella acorralada necedad, sin saber cómo ni por qué, que es tan ordinario como fácil alborotarse un vulgo ; y más si es tan crédulo como el de Valencia, tan bárbaro como el de Barcelona, tan necio como el de Valladolid, tan libre como el de Zaragoza, tan novelero como el de Toledo, tan insolente como el de Lisboa, tan hablador como el de Sevilla, tan sucio como el de Madrid, tan vocinglero como el

de Salamanca, tan embustero como el de Córdoba, y tan vil como el de Granada. Fué el caso, que asomó por una de sus entradas, no la principal donde todas son comunes, un monstruo, aunque raro, muy vulgar : no tenía cabeza y tenía lengua, sin brazos y con hombros para la carga ; no tenía pecho con llevar tantos, ni mano en cosa alguna ; dedos sí para señalar ; era su cuerpo en todo disforme, y como no tenía ojos daba grandes caídas ; era furioso en acometer, y luego se acobardaba. Hízose en un instante señor de la plaza, llenándola toda de tan horrible oscuridad que no vieron más el sol de la verdad.

— ¿Qué horrible trasgo es éste, preguntó Andrenio, que así lo ha eclipsado todo?

— Éste es, respondió el Sabio, el hijo primogénito de la ignorancia, el padre de la mentira, hermano de la necedad, casado con su malicia ; éste es el tan nombrado vulgacho.

De la Crisi V. « Plaza del populacho y corral del vulgo ».

*Desengañado de poder hallar a Sofisbella — la Sabiduría — en este mundo, Critilo encuentra a Andrenio en la escalera de la Fortuna, donde escuchan sus disculpas.*

El mayor cargo que me hacen los mortales, y el que yo más siento es decir que favorezco a los ruines, que aquello de ser ciega seréis vosotros testigos. Pues yo digo que ellos son los malos y de ruines procederes, que dan las cosas a otros tales como ellos. El ricazo da su hacienda al asesino, al valentón, al truhán, los ciento y los docientos a la

ramera, y traerán desnuda el ángel de una hija, y el serafín de una virtuosa consorte ; en esto emplean sus grandes rentas. Los poderosos dan los cargos, y se apasionan por los que menos los merecen, y positivamente los desmerecen ; favorecen al ignorante, premian al adulador, ayudan al embustero, siempre adelantando los peores, y del más merecedor ni memoria, cuanto menos voluntad. El padre se apasiona por el peor hijo, y la madre por la hija más loca ; el príncipe por el ministro más temerario ; el maestro por el dicípulo incapaz ; el pastor por la oveja roñosa ; el prelado por el súbdito relajado ; el capitán por el soldado más cobarde. Y si no, mirad cuando gobiernan hombres de entereza y de virtud, como ahora, si son estimados los buenos, si son premiados los sabios. Escoge el otro por amigo al enemigo de su honra, y por confidente al más ruin, con ése se acompaña, ése que le gasta la hacienda. Creedme, que en los mismos hombres está el mal ; ellos son los malos, y los peores ; ellos ensalzan el vicio, y desprecian la virtud, que no hay cosa hoy más aborrecida. Favorezcan ellos los hombres de bien, que yo no deseo otro ; veis aquí mis manos, miradlas, reconocedlas, que no son mías, ésta es de un príncipe eclesiástico, y esta otra de un seglar ; con éstas reparto los bienes, con éstas hago mercedes, con éstas dispenso las felicidades ; ved a quién dan estas manos, a quién medran, a quién levantan, que yo siempre doy las cosas por manos de los mismos hombres, ni tengo otras ; y para que veáis cuánta verdad es ésta : — Hola, hola, llamadme aquí luego el dinero, venga la honra, los

cargos, premios y felicidades; venga acá cuanto vale, y se estima en el mundo; comparezcan aquí todos cuantos se nombran bienes míos.

Concurrieron luego todos, y comenzó a alborotarlos cuerdamente.

— Venid acá, decía, ruin canalla, gente baja y soez, que vosotros infames me tenéis sin honra. Di, tú, bellacón; di, tú, dinero: ¿Por qué estás reñido con los hombres de bien? ¿Por qué no vas a casa de los buenos y virtuosos? ¿Es posible que me digan que siempre andas con gente ruin haciendo camarada con los peores del mundo, y me aseguran que nunca sales de sus casas? ¿Esto se puede tolerar?

— Señora, respondió el dinero, primeramente, todos los ruines, como son rufianes, farsantes, espadachines y rameras, jamás tienen un real, ni para en su poder. Y si los buenos tampoco le tienen, no tengo yo la culpa.

— Pues ¿quién la tiene?

— Ellos mismos.

— ¿Ellos? ¿De qué suerte?

— Porque no me saben buscar; ellos no roban, no trampean, no mienten, no estafan, no se dejan cohechar, no desuellan al pobre, no chupan la sangre ajena, no viven de embeleco, no adulan; no son terceros, no engañan; ¿cómo han de enriquecer si no me buscan?

— Qué, ¿es menester buscarle? Váyase él, pues corre tanto, a sus casas mismas, y ruégueles y sírvales.

— Señora, ya voy tal vez, o por premio o por herencia, y no me saben guardar; luego me echan

la puerta afuera, haciendo limosnas, remediando necesidades más que el Arcipreste de Daroca; pagan luego lo que deben, prestan, son caritativos no saben hacer una ruindad, y así luego me echan la puerta afuera.

— No es eso echarte a rodar, sino bien alto; pues es en el Cielo. Y tú, honra, ¿qué respondes?

— Lo mismo, que los buenos no son ambiciosos, no pretenden, no se alaban, no se entremeten, antes se humillan, se retiran del bullicio, no multiplican cartas, no presentan; y así, ni me saben buscar, ni a ellos los buscan.

— ¿Y tú, hermosura?

— Que tengo muchos enemigos; todos me persiguen cuando más me siguen, quiérenme para el mundo, nadie para el Cielo, siempre ando entre locas y necias, las vanas me placean, me sacan a vistas; las cuerdas me encierran, me esconden, no se dejan ver; y así siempre me topan con gente ruin a tontas y a locas.

— Habla tú, ventura.

— Yo, señora, siempre voy con los mozos, porque los viejos no son atrevidos; los prudentes, como piensan mucho, hallan grandes dificultades; los locos son arrojados, los temerarios no reparan, los desesperados no tienen que perder. ¿Qué quieres tú que diga?

— ¿No ves, exclamó la Fortuna, lo que pasa? Conocieron todos la verdad, y valióle.

De la Crisi VI. «Cargos y descargos de la Fortuna».

*Salvados del «fatal despeño de la Fortuna», por la Ventura, visitan el yermo de Hipocrinda, o de los hipócritas, acompañados por un ermitaño.*

Así se iban lamentando prosiguiendo su viaje cuando se les hizo encontradizo un hombre venerable por su aspecto, muy autorizado de barba, el rostro ya pasado, y todas sus faciones desterradas, hundidos los ojos, la color robada, chupadas las mejillas, la boca despoblada, ahiladas las narices, la alegría entredicha, el cuello de azucena lánguido, la frente encapotada, su vestido, por lo pío remendado, colgando de la cinta unas diciplinas, lastimando más los ojos del que las mira que las espaldas del que las afecta, zapatos doblados a remiendos, de más comodidad que gala ; al fin él parecía semilla de ermitaños. Saludólos muy a lo del Cielo, para ganar más tierra ; y preguntóles para dónde caminaban.

Entraron en el Claustro, pero muy cerrado, que es lo más cómodo para todos tiempos.

Iban ya encontrando algunos que en el hábito parecían monjes, y era, aunque al uso, bien extraño. Por de fuera, lo que se veía era de piel de oveja, mas por dentro, lo que no se parecía, era de lobos novicios, que quiere decir rapaces. Notó Critilo que todos llevaban capa, y buena.

— Es instituto ([1]), dijo el ermitaño ; no se puede deponer jamás, ni hacer cosa que no sea con capa de santidad.

— Yo lo creo, dijo Critilo, y aun con capa de lastimarse está aquel murmurando de todo ; con

([1]) Norma, prescripción.

capa de corregir se venga el otro ; con capa de disimular permite éste que todo se relaje ; con capa de necesidad hay quien se regala, y está bien gordo ; con capa de justicia es el juez un sanguinario ; con capa de celo, todo lo malea el envidioso ; con capa de galantería anda la otra libertada.

— Aguarda, dijo Andrenio, ¿quién es aquélla que pasa con capa de agradecimiento?

— ¿Quién ha de ser?, sino la Simonía, y aquella otra la Usura paliada ; con capa de servir a la república y al bien público se encubre la ambición.

— ¿Quién será aquel que toma la capa o el manto para ir al sermón, al visitar el santuario, y parece el festejo?

— El mismo, oh maldito sacrílego, con capa de ayuno, ahorra la avaricia ; con capa de gravedad nos quiere desmentir la grosería ; aquel que entra allí parece que lleva capa de amigo, y realmente lo es, y aun con la de pariente se introduce el adulterio.

— Éstos, dijo el ermitaño, son de los milagros que obra cada día esta superiora, haciendo que los mismos vicios pasen plaza de virtudes, y que los malos sean tenidos por buenos, y aun por mejores; los que son unos demonios hace que parezcan unos angelitos, y todo con capa de virtud.

— Basta, dijo Critilo, que desde que al mismo Justo le sortearon la capa los malos, ya la tienen por suerte, andan con capa de virtud, queriendo parecer al mismo Dios y a los suyos.

— ¿No notáis, dijo el falso ermitaño y verdadero embustero, qué ceñidos andan todos, cuando menos ajustados?

— Sí, dijo Critilo, pero con cuerda.

— Eso es lo bueno, respondió ; para hacer bajo cuerda cuanto quieren, y todo va bajo manga ; no se les ven las manos, tanto es su recato.

— No sea, replicó Critilo, que tiren la piedra y escondan la mano. ¿No veis aquel bendito qué fuera del mundo anda, qué metido va? Pues no piensa en cosa suya sino en las ajenas, que no tiene cosa propia, no se le ve la cara, no es lo mejor lo descarado ; a nadie mira a la cara, y a todos quita el sombrero, anda descalzo por no ser sentido, tan enemigo es de buscar ruido.

— ¿Quién es tal? preguntó Andrenio ; ¿es profeso?

— Sí, conque cada día toma hábito, y es muy bien disciplinado ; dicen que es un arrapa-altares, por tener mucho de Dios. Hace una vida extravagante, toda la noche vela, nunca reposa ; no tiene cosa ni casa suya, y así es dueño de todas las ajenas; y sin saber cómo, ni por dónde, se entra en todas y se hace luego dueño dellas ; es tan caritativo que a todos ayuda a llevar la ropa, y a cuantos topa, las capas ; y así le quieren, de modo que cuando se parte de alguna (1), todos quedan llorando y nunca se olvidan dél.

— Éste, dijo Andrenio, con tantas prendas ajenas, más me huele a ladrón que a monje.

— Ahí verás el milagro de nuestra Hipocrinda, que siendo lo que tú dices le hace parecer un bendito ; tanto, que está ya consultado en un gran cargo, en competencia de otro de casa de Virtelia,

(1) «...de alguna» = de alguna parte. Nótese el zeugma.

y se tiene por cierto, que le ha de hurtar la bendición (1). Y cuando no, trata de irse a Aragón, donde muera de viejo.

— ¡Qué lucido está aquel otro!, dijo Critilo.

— Es honra de la penitencia, respondió el ermitaño, y aunque tan bueno, no puede tenerse en pie ni acierta a dar un paso.

— Bien lo creo, que no andará muy derecho.

— Pues sabed que es un hombre muy mortificado ; nadie le ha visto comer jamás.

— Eso creeré yo, que a nadie convida, con ninguno parte : todo es predicar ayuno y no miente, que en habiéndose comido un capón, con verdad dice : Hay uno.

— Yo juraré por él, que en muchos años no se ha visto un pecho de perdiz en la boca.

— ¡Y yo también!

— Y tras toda esta austeridad que usa consigo, es muy suave.

— Así lo entiendo : su ave de día y su ave de noche ; mas ¿cómo está tan lucido?

— Ahí verás, la buena conciencia ; tiene buen buche, no se ahoga con poco ni se ahita con cosillas, engorda con la merced de Dios, y así todos le echan mil bendiciones ; pero entremos en su celda, que es muy devota.

Recibiólos con mucha caridad y franqueóles una alacena, no tan a secas que no fuese de regadío, dando fruto de dulces, perniles y otros regalos.

— ¿Así se ayuna?, dijo Critilo.

---

(1) Ha de adelantársele.

— Y así hay una gentil bota, respondió el ermitaño ; éstos son los milagros desta casa, que siendo éste antes tenido por un Epicuro, en tomando tan buena capa, se ha trocado de modo que compite con un Macario (1) ; y es tanta verdad ésta, que antes de mucho le veréis con una dignidad.

De la Crisi VII. « El yermo de Hipocrinda ».

*Salen de Francia por la Picardía y, guiados por el Valeroso, llegan a la Armería del Valor, donde conocen las hazañas de los héroes.*

Estando ya sin virtud el Valor, sin fuerzas, sin vigor, sin brío y a punto de expirar, dícese que acudieron allá todas las Naciones, instándole hiciese testamento en su favor y les dejase sus bienes.

— No tengo otros que a mí mismo, les respondió. Lo que yo os podré dejar será este mi lastimoso cadáver, este esqueleto de lo que fuí; id llegando, que yo os lo iré repartiendo.

Fueron los primeros los Italianos, porque llegaron primero ; y pidieron la testa.

— Yo os la mando, dijo ; seréis gente de gobierno, mandaréis el mundo a entrambas manos.

Inquietos los Franceses, fuéronse entremetiendo, y deseosos de meter mano en todo, pidieron los brazos.

— Temo, dijo, que si os los doy, habéis de inquietar todo el mundo ; seréis activos, gente de

(1) San Macario : célebre eremita del siglo IV.

brazo, no pararéis un punto, malos sois para vecinos.

Pero los Genoveses de paso les quitaron las uñas, no dejándoles ni con qué asir, ni con qué detener las cosas, pero a los Españoles les han dado tan valientes pellizcos en su plata, que no hiciera más una bruja, chupándoles la sangre, cuando más dormidos.

— Ítem más, dejo el rostro a los Ingleses. Seréis lindos, unos ángeles ; mas temo que como las hermosas, habéis de ser fáciles en hacer cara a un Calvino, a un Lutero, y al mismo diablo; sobre todo guardaos no os vea la vulpeja, que dirá luego aquello de hermosa fachata, mas sin celebro (1).

Muy atentos los Venecianos, pidieron los carrillos. Riéronse los demás, pero el Valor :

— No lo entendéis, les dijo ; dejad que ellos comerán con ambos y con todos. Mandó la lengua a los Sicilianos, y habiendo duda entre ellos y los Napolitanos declaró que a las dos Sicilias. A los Irlandeses el hígado. El talle a los Alemanes.

— Seréis hombres de gentil cuerpo ; pero mirá que no lo estiméis más que el alma.

La melsa (2) a los Polacos. El liviano (3) a los Moscovitas. Todo el vientre a los Flamencos y Holandeses.

— Con tal que no sea vuestro Dios.

El pecho a los Suecos. Las piernas a los Turcos, que con todos pretenden hacerlas, y donde una vez meten el pie nunca más lo levantan. Las

(1) Cerebro.
(2) Bazo.
(3) Pulmón.

entrañas a los Persas, gente de buenas entrañas. A los Africanos los huesos, que tengan que roer, como quien son. Las espaldas a los Chinas, el corazón a los Japones, que son los Españoles del Asia, y el espinazo a los Negros.

Llegaron los últimos los Españoles, que habían estado ocupados en sacar huéspedes de su casa, que vinieron de allende a echarlos de ella.

— ¿Qué nos dejas a nosotros?, le dijeron.

Y él:

— Tarde llegáis; ya está todo repartido.

— Pues a nosotros, replicaron, que somos tus primogénitos, ¿qué menos que un mayorazgo nos has de dejar?

— No sé ya qué daros; si tuviera dos corazones, vuestro fuera el primero; pero mirá, lo que podéis hacer es que, pues todas las Naciones os han inquietado, revolved contra ellas, y lo que Roma hizo antes, haced vosotros después: dad contra todas, repelad cuanto pudiérades en fe de mi permisión.

No lo dijo a los sordos; hanse dado tan buena maña que apenas hay nación en el mundo que no la hayan dado su pellizco, y a pocos repelones se hubieran alzado con todo el valor de pies a cabeza.

Esto les iba exagerando a Critilo y Andrenio a la salida de Francia por la Picardía un hombre que lo era y mucho.

De la Crisi VIII. « Armería del valor ».

*Después de atravesar el Anfiteatro de monstruosidades, o sea, de los vicios* (Crisi IX), *Lucindo les conduce por una áspera cuesta hasta el palacio de Virtelia — símbolo de la Virtud —* (Crisi X). *Más tarde logran atravesar el puente de los « peros » — defectos que malogran la buena reputación —, y en busca de Honoria — la Honra — llegan a una ciudad en la que domina Momo, imagen de la maledicencia.*

Entraron ya por aquel célebre emporio de la honra, poblado de majestuosos edificios, magníficos palacios, soberbias torres, arcos, pirámides y obeliscos, que cuestan mucho de erigir pero después eternamente duran. Repararon luego que todos los tejados de las casas, hasta de los mismos palacios, eran de vidrio tan delicado como sencillo, muy brillantes pero muy quebradizos, y así pocos se veían sanos y casi ninguno entero. Descubrieron presto la causa, y era un hombrecillo (1), tan nonada, que aun de ruin jamás se veía harto ; tenía cara de pocos amigos y a todos la torcía, mal gesto y peor parecer ; los ojos más asquerosos que los de un médico y sea de la cámara ; brazos de acribador, que se queda con la basura ; carrillos de catalán y aun muy chupados, que no sólo no come a dos, pero a ninguno ; de puro flaco consumido, aunque todo lo mordía ; robado de color y quitándola a todo lo bueno ; su habla era zumbir de moscón, que en las más lindas manos despreciando el nácar y la nieve se asienta en el veni-

(1) Momo. Su descripción fué aprovechada por el autor de la Crítica de Reflección para caricaturizar a Gracián. Vid. nuestro prólogo : Nota biográfica.

no [1]; nariz de sátiro, y aun más fisgona; espalda doble; aliento insufrible, señal de entrañas gastadas; tomaba de ojo todo lo bueno y hincaba el diente en todo lo malo; él mismo se jactaba de tener mala vista, y decía: maldito lo que veo; y miraba a todos.

Éste, pues, que por no tener cosa buena en sí todo lo hallaba malo en los otros, había tomado por gusto el dar disgusto, andábase todo el día, y no santo, tirando peros y piedras y escondiendo la mano sin perdonar tejado; persuadíase cada uno que su vecino se las tiraba, y arrojábale otras tantas; éste creía que le hacía el tiro aquél, y aquél que el otro, sospechando unos de otros y tirándose piedras y escondiendo todos la mano. En duda arrojaban muchas por acertar con alguna, y todo era confusión y popular pedrisco; de tal modo, o tan sin él, que no se podía vivir, ni había quien pudiese parar. Venían por el aire volando piedras y tiros sin saberse de dónde ni por qué; así que no quedaba tejado sano, ni honra segura, ni vida inculpable, todo era malas voces, hablillas, famas echadizas y los duendes de los chismes no paraban.

— Yo no lo creo, decía uno, pero esto dicen de fulano.

—Lástima es, decía otro, que de fulana se diga esto; y con esta capa de compasión hacía un tiro que quebraba todo un tejado. Pero no faltaba quien de retorno les rompía a ellos las cabezas, y a todo esto andaba revolviendo el mundo aquel duendecillo universal.

(1) Grano.

— Mucho es, ponderaba Critilo, que ni hallemos a Honoria en su Corte, ni la Honra en una tan populosa ciudad.

— Honra y en ciudad grande, dijo Momo, muy mal se encuadernan ; en otro tiempo aun se hallara la honra en las ciudades, pero ya está desterrada de todas ellas. Asegúroos que todo lo bueno se perdió en ésta el día que echaron della aquel gran personaje, tan digno de eterna observación y conservación, a quien todos respetaban por su gran caudal y gobierno ; él salía por una puerta, ¡qué lástima!, y todas las ruindades entraban por otra, ¡qué desdicha!

— ¿Qué varón fué éste, preguntaron, de tanta importancia y autoridad?

— Era el Gobernador de la ciudad, y aun dicen hijo de la misma reina Honoria, no había Licurgo como él, ni hubo jamás República de Platón tan concertada como ésta ; todo el tiempo que él la asistió no se conocían vicios, ni se sonaba un escándalo ; no paraba malhechor ni ruin, porque todos le temían más que al mismo Gobernador de Aragón ; más recababa su respeto que las mismas leyes, y más le temían a él que a las dos columnas del suplicio ; pero luego que él faltó se acabó todo lo bueno.

— ¿No nos dirías quién fué un personaje tan insigne y tan cabal?

— De verdad, que era bien nombrado y me espanto mucho no deis en la cuenta. Éste era el prudente, el atento, el temido «¿qué dirán?», sujeto bien conocido, que los mismos príncipes le respetaban y aun le temían diciendo : ¿Qué dirán de un

príncipe como yo, que debiendo ser el espejo que compone todo el mundo, soy el escándalo que lo descompone? ¿Qué dirán, decía el título, que no cumplo con mis obligaciones, siendo tantas, que degenero de mis antepasados, famosos héroes, que me dejaron tan empeñado en hazañas y yo me empeño en bajezas? ¿Qué dirán de mí, decía el juez, que atropello la justicia, debiéndola yo amparar, y de juez me hago reo? Eso no dirán de mí. Cuando más acosada la casada, acordábase dél y decía : ¿Qué dirán de mí, que una Matrona como yo, de Penélope me trueco en Elena, que pago mal el buen proceder de mi marido, con mi mal parecer? Eso no, líbreme Dios de tan mal gusto. Hasta la recatada doncellita se conservaba en el jardín de su retiro, diciendo : Yo, que soy una fragante flor, ¿había de dar tan mal fruto? ; ¿yo, siendo una rosa, ser risa del mundo? ; ¿yo ver, ni ser vista? ; ¿yo por hablar, dar qué decir? ; de eso me guardaré yo muy bien. ¿Qué dirán, decía la viuda, que a muerto marido, amigo venido, que del riego de mi llanto nace el verde de mis gustos, que tan presto trueco el Requiem en Aleluya? No dirán tal, decía el soldado, que yo me calcé botas de fuina (1). ¿Qué dirán de un español que entre galos (2) soy gallina? ¿Qué dirían de un hombre de mis prendas, decía el sabio, que de alumno de Minerva me hago vil esclavo de Venus? ¿Qué dirán los mozos?, decía el viejo, y ¿qué dirán los viejos?, decía el mozo. ¿Qué dirán los vecinos?, decía el hombre de bien ; y con esto todos se reca-

(1) Raposa.
(2) Franceses ; juego de palabras.

taban. ¿Qué dirían mis émulos? decía el cuerdo; ¿qué buen día para ellos y qué mala noche para mí? ¿Qué dirían los súbditos?, decía el superior; y ¿qué diría el superior?, decían los súbditos. Desta suerte todo el mundo le temía y le respetaba, y todo iba, no de concierto, pero muy concertado. Faltó él y faltó todo lo bueno ese mismo día; todo está ya perdido, todo rematado.

— Pues ¿qué se hizo un Catón tan severo; un Licurgo tan regular?

— ¿Qué se hizo? Que no pudiéndolo sufrir unos y otros, no pararon hasta echarle. Bárbaro vulgar ostracismo se conjuró contra él, y por ser bueno, le desterraron al uso de hoy. Sabed que con el tiempo, que todo lo trastorna, fué creciendo esta ciudad, aumentándose en gente y confusión, que toda gran corte es Babilonia. No se conocían ya unos a otros, achaque de poblaciones grandes; comenzaron con esto poco a poco a desestimar su gran gobierno, de ahí a no hacer caso dél, luego a atrevérsele; como todos eran malos, no se espantaban unos de otros, no decían éstos de aquéllos, cada uno se miraba a sí y enmudecía; metía la mano en el seno y sacábala tan sarnosa que no se picaba de la ajena; no decían ya ¿qué dirán?, sino ¿qué diré yo dél que no diga él de mí, y mucho más? Desta suerte mancomunados todos, echaron fuera el Qué Dirán, y al punto se perdió la vergüenza, faltó la honra, retiróse el recato, huyó el pundonor. Ya no se atendía a obligaciones, con que todo se asoló. Al otro día, la matrona dió en matrera (1), la doncella de Vestal en bes-

(1) Astuta.

tial; el mercader a escuras para dejar a ciegas; el juez se hizo parte con el que parte, los sabios con resabios, el soldado quebrado; hasta el espejo universal se hizo común. Así que ya no hay honra ni se parece.

De la Crisi XI. « El tejado de vidrio y Momo tirando piedras ».

*Comprueban la miseria del « mandar a otros », viendo la suerte que cabe a los gobernantes* (Crisi XII), *y después de cruzarse con el monstruo de la envidia, visitan la jaula de todos — o de la locura —, desde donde se dirigen a Italia en busca de Felisinda.*

Libres ya de envidiados y envidiosos, llegaron a un paso inevitable, donde asistía muy de asiento un varón muy de propósito. Éste era el que tenía en su mano la justa medida de los entendimientos, de cómo han de ser; y era cosa rara, que llegando cada instante unos y otros a medirse, ninguno se ajustaba de todo punto; unos se quedaban muy cortos, a tres o cuatro dedos de necios, ya por esto ya por lo otro; uno, porque aunque en unas materias discurría, en otras no acertaba; éste era ingenioso, pero cándido; aquel docto, pero rústico, de modo que ninguno venía cabal del todo. Al contrario, otros pasaban del coto y eran bachilleres, resabidos, sabihondos y aun casi locos; hablaban unos bien, pero se escuchaban; sabían otros, pero se lo presumían, y todos éstos enfadaban. Así que unos por cortos, otros por largos, unos por carta de más, otros de menos, todos perdían; a unos les faltaba un pedazo de entendimiento y a otros les sobraba. Cuál y cuál, uno entre mil venía a ser de la medida, y aun quedaba

en opiniones. En viendo el juicioso varón que uno no llegaba, o un otro se pasaba, los mandaba meter en la gran jaula de todos, llamada así por los infinitos de que siempre estaba llena, que de loco o simple raro es el que se escapa : los unos porque no llegan, los otros porque se pasan ; condenándose todos, unos por tontos, otros por locos.

Comenzó a vocearles uno de los que estaban ya dentro, y decía :

— Entrad acá, no tenéis que mediros, que todos somos locos, los muchos y los pocos.

Llamóles uno con grande instancia, que estaba en la jaula de los descontentos ; comenzóles a hablar con grande consecuencia, quejándose de que le tenían allí sin causa ; daba tan buenas razones, que les hizo dudar si la tendría, porque decía :

— Señores míos, ¿quién puede vivir contento con su suerte? Si es pobre, padece mil miserias ; si rico, cuidados ; si casado, enfados ; si soltero, soledad ; si sabio, impaciencias ; si ignorante, engaños ; si honrado, penas ; si vil, injurias ; si mozo, pasiones ; si viejo, achaques ; si solo, desamparos ; si emparentado, pesares ; si superior, murmuraciones ; si vasallo, cargas ; si retirado, melancolías ; si tratable, menosprecios. Pues ¿qué ha de hacer un hombre, y más si es persona? ¿Quién puede vivir contento, sino algún tonto? ¿No os parece que tengo razón? ¡Ah, si tuviese yo ventura!, que entendimiento no me falta. Aquí se la conocieron, y grande.

Mal de muchos, vivir tan satisfechos de su entendimiento, cual descontentos de su poca dicha.

De la Crisi XIII. « La jaula de todos ».

## TERCERA PARTE

*« El invierno de la vejez » sorprende a Andrenio y Critilo cuando, conducidos por Jano, atraviesan los Alpes.*

Estaban ya nuestros dos pelegrinos del mundo, los andantes de la vida, al pie de los Alpes canos, comenzando Andrenio a dar en el blanco, cuando Critilo en los dejos de cisne. Era la región tan destemplada y tan triste, que entrados en ella a todos se les heló la sangre.

— Éstas, decía Andrenio, más parecen puertas de la muerte que puertos de la vida.

Y era muy de observar que los que antes pasaron los Pirineos sudando, ahora los Alpes tosiendo ; que lo que en la juventud se suda, en la vejez se tose.

Veían blanquear algunos de aquellos cabezos (1), cuando otros muy pelados, cayéndoseles los dientes de los riscos ; no discurrían bulliciosas las venas de los arroyuelos, porque la mucha frialdad los había embargado la risa y el bullicio, de modo que todo estaba helado y casi muerto. Aparecían desnudas las plantas de sus primeras locuras y verdores, y desabrigadas de su vistoso follaje, y si algunas hojas les habían quedado, eran tan nocivas que mataban no pocos al caer, aunque decía la amenazada vieja : A la de mi naranjo me apelo (2). No se veían ya reír las aguas como

(1) Cerros.

(2) Preguntando una vieja enferma si sanaría, contestóle su medico : Iréis al caer de la hoja. A lo que ella replicó : A la de mi naranjo me atengo. Anécdota de Melchor de Santa Cruz, Nota de Correa Calderón.

solían ; llorar sí, y aun crujir los carámbanos. No cantaba el ruiseñor enamorado ; gemía, sí, desengañado.

— ¿Qué región tan malhumorada es ésta? se lamentaba Andrenio.

— Y qué malsana, añadió Critilo. Trocáronse los fervores de la sangre en horrores de la melancolía, las carcajadas en ayes, todo es frialdad y tristeza.

Esto iban melancólicamente discurriendo cuando entre los pocos que llegaban a estampar el pie en aquel polvo de nieve descubrieron uno de tan extraño proceder, que dudaron ambos a la par si iba, o si venía, equivocándose con harto fundamento, porque su aspecto no decía con su paso. Traía el rostro hacia ellos, y caminaba al contrario. Porfiaba Andrenio que venía y Critilo que iba, que aun de lo que dos están viendo a una misma luz, hay diversidad de pareceres.

Apretó la curiosidad los acicates a su diligencia, con que le dieron alcance muy en breve y hallaron que realmente tenía dos rostros, con tan dudoso proceder, que cuando parecía venir hacia ellos se huía dellos, y cuando le imaginaban más cerca estaba más lejos.

— No os espantéis, dijo él mismo advirtiendo su reparo, que en este remate de la vida todos discurrimos a dos luces y andamos a dos haces (1) ; ni se puede vivir de otro modo que a dos caras ; con la una nos reímos cuando con la otra regañamos ; con la una boca decimos de sí, y con la otra

(1) Con segunda intención.

de no ; y hacemos nuestro negocio. Y si alguno nos pide la palabra de que no está bien la obra, apelamos del decir al hacer, de la facilidad del prometer a la imposibilidad del cumplir, de la lengua a las manos, que hay dos leguas de distancia, y catalanas. Estaremos asegurando una cosa a la española, y desmintiéndola a la francesa, a fuer de Enrico, que de un rasgo firmó las dos paces contrarias, sin refrescar la pluma ni tomar tinta de nuevo. Hablamos en dos lenguas a la par, y al que dice que no nos entiende, que nosotros nos entendemos. Hay primero y segundo semblante, el uno de cumple y el otro de miento ; con el primero contentamos a todos y con el segundo a ninguno. ¡Cuántas veces lloramos con el que llora y a un mismo tiempo nos estamos riendo de su necedad! Que con el un brazo estaba agasajando aquel gran personaje, que todos conocimos, al que llegaba a hablarle, y con la otra mano se la estaba jurando al paje (1) que le había dado entrada. Así que no os fiéis de caricias, ni os paguéis de gustillos. Pasad adelante a ver la otra cara, la verdadera, la de hablas, la de después, la de sobras, que, si bien reparáis, hallaréis la una frente muy serena, y la otra borrascosa. Blasfema esta boca de lo que aquélla aplaude ; si los ojos de la una son azules y de cielo, los de la otra muy negros y de infierno ; si aquéllos quietos, estos otros guiñando. Veréis la una faz muy humana, cuando la otra muy grave ; tan jovial ésta, cuán saturnina (2) aquélla ; y en una palabra, todos en la

(1) Le estaba asegurando que se había de vengar de él.
(2) Taciturna.

vejez somos Janos (1) si en la mocedad fuimos Juanes (2).

Sea ésta la primera lición, y la que más encargada nos tiene la célebre tirana desde distrito y la que ella más platica (3).

*Desfile de ancianos ante el tribunal de Vejecia.*

Escusábase un podrido rancio que no estaba en él la falta, sino en los otros, porque decía:

— Señores, han dado ahora los hombres en hablar bajo como a traición, que ni se oyen, ni se dan a entender; en mi tiempo, todos hablaban alto, porque decían verdad. Hasta los espejos se han falsificado, pues hacían antes unas caras frescas, alegres y coloradas que era un contento el mirarse. Los usos se van cada día empeorando; cálzate apretado y corto, vístese estrecho y tan justo, que no se puede valer un hombre. Las tierras se han deteriorado, que no dan los frutos tan sustanciales y sabrosos como solían, ni las viandas tan gustosas; hasta los climas se han mudado en peor, pues siendo éste nuestro antes muy sano, de lindos aires, el cielo claro y despejado, ahora es todo lo contrario, enfermizo y tan achacoso que no corren otro que catarros, romadizos, destilaciones, mal de ojos, dolores de cabeza y otros cien ajes (4). Y lo que yo más siento es que el servicio está tan maleado, que no hacen cosa bien los cria-

(1) Figura mitológica que tenía dos caras; está tomado en el significado de astuto, perspicaz.
(2) Ingenuos.
(3) Practica.
(4) Achaques,

dos mal mandados, mentirosos, gasta recados ; las criadas perezosas, desaliñadas, bachilleras, que no hacen cosa a derechas, pues la olla desazonada, la cama dura y mal pareja, la mesa mal compuesta, la casa mal barrida, todo sucio y todo mal; de modo que ya un hombre oye mal, come peor, ni viste, ni duerme ni puede vivir, y si se queja, dicen que está viejo, lleno de manía y caduquez.

Causaba entre risa y lástima ver cuáles llegaban a este pasaje los que ya se preciaron de galanes y pulidos, los Narcisos y los Adonis, que no se podían mirar sin grande horror. Las que ya fueron floras, y aun Elenas, y la misma Venus, verlas ahora descabelladas y sin dientes, que cual suele rústica grosera mano esgrimir el villano acero contra el más copado y frondoso árbol, pompa vistosa de la campaña, alegría del año, bizarro aliño de la primavera, cortándole sus más lozanas ramas, tronchándole sus verdes pimpollos, malográndole sus frescos renuevos, dando con todo en tierra hasta dejarle tronco inútil, fantasma de las flores y esqueleto del prado, tal es el tiempo, con propiedad tirano, pues que de todo tira, aja y deshoja la mayor belleza, marchita el rosicler de las mejillas, los claveles de los labios, los jazmines de la frente, sacude el menudo aljófar de los dientes, que lloró risueña aurora de la mocedad, vuela la frondosa hojarasca del cabello, corta el brío, troncha el garbo, descompone la bizarría, derriba la gentileza, da con todo en tierra.

De la Crisi I. « Honores y horrores de Vejecia ».

*Critilo y Andrenio se despiden de Vejecia, después de oír las leyes dictadas a los viejos, y llegan al palacio de la embriaguez, donde contemplan la reina de la borrachera.*

Mas ya en esto habían llegado, no al más reservado retrete, que aquí no se conocen interioridades, sino a la estancia mayor de la risa, a la cueva del placer, donde hallaron que presidía sobre un eminente trono de cercillos (1) una amplísima reina, sin género de autoridad, muy grave, y con estar muy gruesa, decía no tener más que los pellejos, tan pobre y tan desamparada cuán en cueros; parecíase una cuba sobre otra, de fresco y alegre rostro, aunque tenía más de viña que de jardín. Vestía de otoño en vez de primavera, coronada de rubíes arracimados, chispeábanla los ojos, vertiendo centellas líquidas, hidrópicos los labios del suavísimo néctar. Blandía en vez de palma en una mano un verde y frodoso tirso (2), y brindaba con la otra un bernegal (3) de buen tamaño a todos cuantos llegaban, observando con inviolable puntualidad la alternativa en los brindis. Notaron que mudaba semblantes a cada trago, ya festivo, ya lascivo y ya furioso, verificando el común sentir que la primera vez es necesidad, la segunda deleite, la tercera vicio y de aquí adelante brutalidad.

En viendo a Critilo licenció la risa en carcajadas y comenzó a propinarle con instancia el enojoso licor.

(1) Zarcillos.
(2) Vara cubierta de hojas de hiedra y parra.
(3) Taza para beber.

Comenzó a arrojar de aquella ferviente cuba de su vientre tal tempestad de regüeldos, que inundó toda la bacanal estancia de monstruosidades ; porque, bien notado, no eran otros sus bostezos, que reclamos de otros tantos monstruos de abominables vicios. Volvía el feroz aspecto a una y otra parte, y en arrojando un regüeldo, saltaba al punto de aquel turbulento estanque del vino una horrible fiera, un infame acroceraunio (1) que aterraba a todo varón cuerdo.

De la Crisi II. « El estanco de los vicios ».

*Sácalos el Acertador del nuevo « estanco de los vicios » y les conduce al alcázar de la Verdad* (Crisi III), *de donde huyen al saber que ha parido al Odio. Un nuevo guía, el Descifrador, les previene contra la falsedad del mundo.*

— Ya os dije que todo cuanto hay en el mundo, pasa en cifra, el bueno, el malo, el ignorante y el sabio. El amigo le toparéis en cifra, y aun el pariente, y el hermano ; hasta los padres y hijos, que las mujeres, y los maridos, es cosa cierta ; cuanto más los suegros, y cuñados : el dote fiado, y la suegra de contado. Las más de las cosas no son las que se leen ; ya no hay entender pan por pan, sino por tierra, ni vino por vino, sino por agua, que hasta los elementos están cifrados en los elementos ; ¿qué serán los hombres? Donde pensaréis que hay sustancia, todo es circunstancia, y lo que parece más sólido, es más hueco, y toda cosa

(1) Monstruo peligroso.

hueca, vacía ; solas las mujeres parecen lo que son, y son lo que parecían.

— ¿Cómo puede ser eso, replicó Andrenio, si todas ellas de pies a cabeza no son otro que una mentirosa lisonja?

— Yo te lo diré ; porque las más parecen malas, y realmente que lo son. De modo que es menester ser uno muy buen letor, para no leerlo todo al revés, llevando muy manual la contracifra para ver si el que os hace mucha cortesía quiere engañaros ; si el que besa la mano, querría morderla ; si el que gasta mejor prosa, os hace la copla ; si el que promete mucho, cumplirá nada ; si el que ofrece ayudar, tira a descuidar, para salir él con la pretensión. La lástima es que hay malísimos letores, que entienden C por B, y fuera mejor D por C ; no están al cabo de las cifras, ni las entienden ; no han estudiado la materia de intenciones, que es la más dificultosa de cuantas hay. Yo os confieso, ingenuamente, que anduve muchos años tan a ciegas como vosotros, hasta que tuve suerte de topar con este nuevo arte de descifrar, que llaman de discurrir los entendidos.

— ¿Cuántas cifras habrá en el mundo?, preguntó Andrenio.

— Infinitas, y muy dificultosas de conocer ; mas yo prometo declararos algunas, digo las corrientes, que todas sería imposible. La más universal entre ellas y que ahorca medio mundo, es el etcétera.

— Ya la he oído usar algunas veces, dijo Andrenio, pero nunca había reparado como agora, ni me daba por entendido.

— ¡Oh, que dice mucho y se explica poco! ¿No habéis visto estar hablando dos, y pasar otro?: « ¿Quién es aquél? » « ¿Quién? Fulano ». « No lo entiendo ». « ¡Oh, válgame Dios, dice el otro, aquel que... etcétera ». « ¡Oh, sí, sí, ya lo entiendo! » Pues eso es el etcétera. « ¿Y aquella otra, quién es? » « ¿Qué, no la conocéis? Aquella es la que... etcétera ». « ¡Sí, sí, ya doy en la cuenta! » « Aquél es cuya hermana... etcétera ». « No digáis más, que ya estoy al cabo ». Pues eso es el etcétera. Enfádase uno con otro, y dícele : « Quite allá, que es un... etcétera. Váyase para una... etcétera ». Entiéndense mil cosas con ella, y todas notables. Reparad en aquel monstruo casado con aquel ángel, ¿pensaréis que es su marido?

— Pues ¿qué había de ser?

— ¡Oh, qué lindo!, sabed que no lo es.

— ¿Pues qué?

— No se puede decir : es un... etcétera.

— Válgate por la cifra, y ¿quién había de dar con ella?

— Aquella otra, que se nombra tía, no lo es.

— ¿Pues qué?

— Etcétera.

La otra por doncella, el primo de la prima, el amigo del marido. Eh, que no lo son, por ningún caso, no son sino... etcétera. El sobrino del tío, que no lo es, sino... etcétera. Digo sobrino de su hermano. Hay cien cosas a esta traza, que no se pueden explicar de otra manera, y así echamos un etcétera, cuando queremos que nos entiendan, sin acabarnos de declarar, y os aseguro, que siempre dice mucho más de lo que se pudiera expre-

sar ; hombre hay que habla siempre por etcétera. Y que llena una carta de ellas, pero si no van preñadas, son sencillas, y otras tantas necedades ; por eso conocí yo uno, que llamaron el Licenciado de etcétera. Así como a otro el Licenciado del chiste. Reparad bien, que os prometo que casi todo el mundo es un etcétera.

— ¿Qué cosa es Alterutrum? (1).

— Una gran cifra que abrevia al mundo entero, y todo muy al contrario de lo que parece. ¿Aquél de las grandes melenas, bien pensaréis que es un león?

— Yo por tal le tengo.

— En lo rapante ya podría, pero aténgome más a las plumas de gallina que tremola que a las guedejas que ondea.

— ¿Aquel otro de la barba ancha y autorizada, creerás tú que tiene de mente lo que de mentón?

— Téngole por un Bártulo moderno.

— Pues no es sino un Alterutrum, un semicapro lego, de quien decía un mecánico : pruébeme el señor licenciado que es letrado, que al punto sacaré de la vecindad mi herrería. ¡Qué brava hazañería hace aquel otro de ministro! Y cuando más celoso del servicio real, entonces hace el suyo de plata, que no es sino un Alterutrum, que de achaque de gorrón de Salamanca, come hoy lo que entonces ayunó : los veinte mil de renta, cuando se están comiendo de sarna los mayores soldados, y los primogénitos de la fama la delinean. Prométoos que está lleno el mundo de estos Alterutru-

(1) En latín : *el uno o el otro ;* equivaldría, pues, a lo ambiguo o antitético. (Nota de R. N.)

nes, muy otros de los que se muestran, que todo pasa en representación, para unos comedia, cuando para otros tragedia. El que parece sabio, el que valiente, el entendido, el celoso, el beato, el cauto, más que casto, todos pasan en cifras de Alterutrum ; observadle bien, que si no, a cada paso tropezaréis en ella ; estudiad la contracifra de suerte que no a todo vestido de sayal tengáis por monje, ni el otro porque roce seda dejará de ser mico ; toparéis brutos en doradas salas, y bestias que volvieron de Roma borregos felpados de oro. Al oficial veréis en cifra de caballero, al caballero de título, al título de grande, al grande en la de príncipe. Cubre hoy el pecho con la espada roja el que ayer con el mandil. Lleva el nieto la insignia verde, y llevó el abuelo el babador amarillo ; jura éste a fe de caballero, y pudiera de gentil ; cuando oigáis a uno prometerlo todo, entended Alterutrum, que dará nada ; y cuando responda el otro a vuestra súplica, un sí, sí, duplicado, creed Alterutrum, que dos afirmaciones niegan, así como dos negaciones afirman ; esperad más de un no, no, no, que de un doblado sí, sí. Cuando al pagar dice el médico no, no, habla en cifra, y toma en realidad. Cuando os dijere el otro, señor, veámonos, es decir que no os le pongáis delante ; el yo iré a vuestra casa, es lo mismo que no pondré los pies en ella ; aquí está mi casa, es arrancar las puertas; y cuando el otro dice ¿habéis menester algo?, bien descifrado, es lo mismo que decir, pues idlo a buscar; y cuando dice, mirad si se os ofrece alguna cosa, entonces echa otro nudo a la bolsa. A esta traza habéis de descifrar los más apretados cum-

plimientos. Todo soy vuestro, entended que es muy suyo; ¡oh, lo que me alegro de veros! y más de aquí a veinte años. Mandadme algo, entended que en testamento. Créeselo todo el otro necio y en llegando la contracifra de la ocasión se halla engañado.

De la Crisi IV. « El mundo descifrado ».

*Desaparece el Descifrador, para dejar paso al Zahorí o Veedor de Todo, quien después de descubrirles la verdadera personalidad de aquél — el Desengaño —, les lleva hasta el palacio de Caco, donde habitan los aventureros que viven de lo que nadie sabe.*

Varias y grandes son las monstruosidades que se van descubriendo de nuevo cada día en la arriesgada peregrinación de la vida humana ; entre todas las más portentosas, es el estar el engaño en la entrada del mundo, y el desengaño a la salida ; inconveniente tan perjudicial, que basta a echar a perder todo el vivir ; porque si son fatales los yerros en los principios de las empresas, por ir creciendo siempre, y aumentándose cuanto más va, hasta llegar en el fin a un exorbitante exceso de perdición. Errar, pues, los principios de la vida, ¿qué será, sino irse uno despeñando con mayor precipitación cada día, hasta venir a dar al cabo en un irremediable abismo de perdición y desdicha? ¿Quién tal dispuso y desta suerte? ¿Quién así lo ordenó? Ahora me confirmo en que todo el mundo anda al revés, y todo cuanto hay en él es a la trocada. El desengaño para bien ir, había de estar en la misma entrada del mundo,

en el umbral de la vida, para que al mismo punto que el hombre metiera el pie en ella, se le pusiera al lado, y le guiara, librándole de tanto lazo y peligro, como le está armado ; fuera un ayo puntual, que siempre le asistiera, sin perderle un solo instante de vista, fuera el numen vial, que le encaminara por las sendas de la virtud al centro de su felicidad destinada. Pero como al contrario, topa luego con el engaño, el primero que le informa de todo al revés hácele desatinar, y le conduce por el camino de la mano izquierda al paradero de su perdición. Así se lamentaba Critilo, mirando a una y otra parte en busca de su Descifrador, que en aquella confusión universal de humo y de ignorancia, le habían perdido ; mas fué su suerte, que otro que les estaba oyendo, y percibió los extremos de su sentimiento, se fué llegando a ellos, y les dijo :

— Razón tenéis de quejaros del desconcierto del mundo, mas no habéis de preguntar quién así lo ordenó, sino quién lo ha desordenado ; no quién lo ha dispuesto, sino quién lo ha descompuesto ; porque habéis de saber que el Artífice Supremo muy al contrario lo trazó de como hoy está ; pues colocó el desengaño en el mismo umbral del mundo, y echó el engaño acullá lejos, donde nunca fuera visto, ni oído, donde jamás los hombres le encontraran.

— Pues ¿quién los ha barajado deste modo? ¿Quién fué aquel tan atrevido hijo de Jafet, que así los ha trastocado?

— ¿Quién? Los mismos hombres, que no han dejado cosa en su lugar, todo lo han revuelto de

alto a bajo con el desconcierto que hoy le vemos y lamentamos.

Aquello de llegar a escudriñar los senos de los pechos humanos, a descoser las entretelas del corazón, a dar fondo a la mayor capacidad, a medir un celebro, por capaz que sea, a sondar el más profundo interior, eso sí que es algo, esa sí que es fullería, y que merece la tal habilidad ser estimada y codiciada.

Estaban atónitos ambos peregrinos, oyendo tal destreza del discurrir, cuando prorrumpió Andrenio y le dijo :

— ¿Quién eres, hombre o prodigio? Si ya no eres algún malicioso, algún mal intencionado, o algún vecino, que es el que ve más?

— Nada de eso soy.

— Pues ¿qué eres, que no te queda ya que ser, sino algún político, o un veneciano estadista?

— Yo soy, dijo, el Veedor de todo.

— Explícate, que menos te entiendo.

— ¿Nunca habéis oído nombrar los zahoríes?

— Aguarda, ¿aquel disparate vulgar? ¿Aquella necedad celebrada?

— ¿Cómo necedades? les replicó ; zahoríes hay tan ciertos como perspicaces ; por señas, que yo soy uno de ellos ; yo veo clarísimamente los corazones de todos, aun los más cerrados como si fuesen de cristal ; y lo que por ellos pasa, como si lo tocase con las manos, que todos para mí llevan el alma en la palma. Vosotros los que no gozáis de esta eminencia, asegúroos que no veis la mitad de las cosas, ni la centésima parte de lo que hay que ver en el mundo : no veis sino la superficie, no ahon-

dáis con la vista, y así os engañáis siete veces al día, hombres al fin superficiales ; pero a los que descubrimos cuanto pasa allá en las ensenadas de una interioridad, acullá dentro en el fondón de las intenciones, no hay echarnos dado falso ; somos tan tahures del discurrir, que brujuleamos por el semblante lo más delicado del pensar ; con sólo un ademán tenemos harto.

— Agora verás, le dijo el Zahorí, a vista de tal confusión de invisibilidades, si tuvo razón aquel otro filósofo, aunque se burlaron dél y hicieron fisga los más bachilleres.

— ¿Y qué decía el tal Estoico?

— Que no había verdaderos colores en los objetos, que el verde no es verde, ni el colorado colorado, sino que todo consiste en las diferentes disposiciones de la superficie y en la luz que las baña.

— Rara paradoja, dijo Critilo.

Y el Veedor :

— Pues advierte que es la misma verdad, y así verás cada día que de una misma cosa uno dice blanco y otro negro ; según concibe cada uno, o según percibe, así le da el color que quiere, conforme al afecto, no al efecto : no son las cosas más de como se toman ; que de lo que hizo admiración Roma, hizo donaire Grecia. Los más en el mundo son tintoreros, y dan el color que les está bien al negocio, a la hazaña, a la empresa y al suceso.

De la Crisi V. « El palacio sin puertas ».

*Critilo por el país de la astucia y Andrenio por el de la candidez, llegan a la corte del Saber — que se halla en el centro — ; allí escuchan la reforma de los refranes.*

Pero mientras anda aquí Critilo, ya comprado, ya vendido, bien será que demos una vuelta en seguimiento de Andrenio, que va perdido por el contrario paraje, que casi todos los mortales andan por extremos, y el saber vivir consiste en topar el medio.

Hallábase en el país de los buenos hombres, y ¡qué diferentes de aquellos otros! Parecían de otra especie, gente toda pacífica, por quienes nunca se revolvió el mundo ni se alborotó la feria. Encontró de los primeros con Juan de Buen Alma, a medio saludar, que se le olvidaban las palabras ; con todo eso contrajeron estrecha amistad. Allegóseles un otro, que también dijo llamarse Juan, que aquí los más lo eran, y buenos, si allá Pedros revueltos.

— ¿Quién es aquél que pasa riéndose?

— Aquél es de quien dicen que de puro bueno se pierde, y es un perdido ; aquel otro, el bueno bueno, y el que de puro bueno vale para nada ; gente toda amigable.

— ¡Qué poca ceremonia gastan! ponderó Andrenio ; aun cortesía no hacen.

— Es que no saben engañar.

Con todo eso se llegó, y les saludó, Bon Compaño, que venía con Tal sea mi vida, y Mi alma con la suya ; no se oía un sí, ni un no entre ellos ; en nada se contradecían, aunque dijeran la mayor paradoja, ni porfiaban ; y era tal su paz y sosiego,

que dudó Andrenio si eran hombres de carne y sangre.

— Bien dudas, le respondió el Hombre de su palabra — a quien se holgó mucho de ver, como cosa rara, y no era francés, que los más de ellos son de pasta, y buenas pastas —, y en confirmación dello, repara en aquél, todo bocadeado, como Fulano de mazapán, que cada uno le da pellizco. Aquel otro es el canónigo Blandura, que todo lo hace bueno.

Vieron uno, todo comido de moscas.

— Aquél es la Buena miel. ¡Qué buena gente toda ésta para superiores! Que ya así los buscan, cabezas de cera, que las puedan volver y revolver donde quisieren, y retorcerles las narices a un lado y a otro.

Aquí hallaron con Buenas entrañas, que no pensaba mal de nadie ni tal creía.

— Aquél se pasa de bueno y está harto pasado, mira a todos como él ; pero ¡qué bueno estuviera el mundo si así fueran todos!

Venía con el Dejado, y bien dejado de todos.

— ¡Qué hombre de tan linda corpulencia aquél.

— ¡Es el celebrado Pachorra, que nada le quita el sueño, ni por acontecimiento alguno le pierda, aunque sea el más trágico, tanto, que despertándole una noche, para darle aviso de un extraño suceso que espantó al mundo : « Quitaos de ahí, dijo a los criados, ¿y no estaba mañana para decírmelo? ¿Pensáis que no había de llegar? »

Sobre todo no se hartaba Andrenio de ver su traje, nada a lo plático, sin pliegues, sin aforros

y sin alforzas (1). Vió a don Fulano de todos, y para nadie, y para nada, acompañado de un gran camarada.

— Aquél de la mano derecha es el primero que llega ; y el de la izquierda, el último se le lleva ; el de más allá, el que le pierde le gana ; y al otro tanto le querría mío, como ajeno. Allí viene el que no sabe negar cosa, el que no tiene cosa suya, ni la acción, ni la palabra ; aquel otro todo lo otorga, don Fulano del sí, antípoda de monseñor No li po fare (2), gente toda bien quista y de vivir muchos años.

De tal suerte, que preguntó Andrenio si era aquella la región de los inmortales.

— ¿Por qué lo dices?, le preguntó uno.

— Porque ninguno veo que se mate ni se consuma : yo no sé de qué mueren éstos.

— No mueren, que ya lo están.

— Antes yo digo, que eso es saber vivir, tener buena complisión, hombres sanos, gente de buenos hígados, de buen estómago, y que si otros hacen de las tripas corazón, éstos al revés, hacen del corazón tripas, y crían buena panza.

Así era su trato llano, sin revoltijas, ninguno tenía caracol en la garganta, hablaban sin artificio, llevaban el alma en la palma, y aun en palmas ; no había aquí engañadores, ni cortesanos, ni cordobeses, y con pasar en Italia, no había ningún italiano, cuando mucho algunos de Bérgamo ; de los españoles algún castellano viejo ; de los

---

(1) Ciertos pliegues de la ropa.
(2) Literalmente : No le puede hacer.

franceses, algún albernio (3) y muchos polacos; fiábanse de todos, sin distinción, y así todos los engañaban; que ya no se ha de decir engañabobos, sino buenos, que ésos son los más fáciles de engañar.

Resonó en esto un vulgar estruendo de trompetas y atabales.

— ¿Qué es esto? Corrían de unas y otras partes, preguntando.

— Pregón, pregón, respondían otros.

— ¿Qué cosa?

— Un bando, que manda echar el coronado saber por todo su imperio de aciertos.

— ¿Y a quién destierran? ¿Acaso al arrepentimiento, que no tiene cabida donde hay cordura, o a su grande enemiga la propia satisfacción? ¿Publícase la guerra contra la envidiosa fortuna?

— Nada de eso es, les respondieron, sino una crítica reforma de los comunes refranes.

— ¿Cómo puede eso ser, replicó Andrenio, si están hay tan recebidos, que los llaman Evangelios pequeños?

— Recebidos, o no, llegaos, y oíd lo que el pregonero vocea.

Atendieron curiosos, y después de haber prohibido algunos, oyeron que proseguía así.

— Ítem más, mandamos que ningún cuerdo en adelante diga que **quien tiene enemigos no duerma**: antes lo contrario, que se recoja temprano a su casa, se acueste luego y duerma, que se levante tarde y no salga de su casa hasta el sol

(3) De Auvernia.

salido. Ítem que nunca más se diga que **quien no sabe de abuelo, no sabe de bueno :** antes bien, que no sabe de malo, pues no sabe que fué un mecánico sombrerero, un carnicero, un fundidor y otras cosas peores. Que ninguno sea osado decir que **los casamientos y las riñas de prisa,** por cuando no hay cosa que se haya de tomar más de espacio que el irse a matar y casar, y se tiene por constante que los más de los casados, si hoy hubieran de volver, lo pensaran mucho, y como decía aquél: **Dejádmelo pensar cien años.** También se prohibe el decir que **más sabe el necio en su casa que el sabio en la ajena ;** pues el sabio dondequiera sabe, el necio dondequiera ignora. Sobre todo, que ninguno de hoy más se atreva a decir : **No me den consejos, sino dineros,** que el buen consejo es dineros y vale un tesoro, y al que no tiene buen consejo no le bastará una India, ni aun dos. Entiendan todos que aquel otro refrán que dice : **Aquello se hace presto, que se hace bien,** propio de los españoles, es más en favor de mozos perezosos que de amos bien servidos ; y así se ordena a petición de los franceses, y aun de italianos, que se vuelva del revés y diga en favor de los amos puntuales : **Aquello se hace bien, que se hace presto.** Que por ningún acontecimiento se diga que **la voz del pueblo es la de Dios,** sino de la ignorancia, y de ordinario por la boca del vulgo suelen hablar todos los diablos. Ítem, se suspende en esta era aquel otro : **Honra y provecho no caben en un saco,** viendo que hoy el que no tiene no es tenido. Como una gran blasfemia se veda el decir : **Ventura te dé Dios, hijo, que el saber poco te basta ;** por cuanto de sabi-

duría nunca hay bastante; ¿y qué mayor ventura que el saber y ser persona? Así como unos se prohiben del todo, otros se enmiendan en parte; por lo cual no se diga que **al buen callar llaman Sancho,** sino santo; y en las mujeres milagroso, si ya no es que por lo Sancho se entiende lo callado del consejo. ¿Quién tal pudo decir: **Asno de muchos, lobos se lo comen?** Antes él se los come a ellos, come como un lobo y come el pan de todos, diciendo: **Yo me albardaré y el pan de todos me comeré,** que ya el ser muy hombre embaraza y el saber bobear es ciencia de ciencias. Fué muy mal dicho, **el mozo y el gallo, un año;** que si es malo, ni un día, y si bueno, toda la vida. Ítem, se condenan a descarmiento algunos otros, como decir: **Preso por mil, preso por mil y quinientos; Al mayor amigo, el mayor tiro.** Y aquello de **ándeme yo caliente, y ríase la gente,** es una muy desvergonzada frialdad; sólo se les permita a las mujeres que andan escotadas el decir **ándeme yo fría y más que todo el mundo se ría.**

De la Crisi VI. «El saber reinando».

*Presencian la lucha entre el Poltrón y el Honroso, y Andrenio se inclina por la ociosidad. Más tarde visitan los desvanes de la Hija sin padres — símbolo de la Soberbia.*

— Yo, decía Andrenio, al dulce ocio me consagro; ya es tiempo de descansar; trabajen los mozos, que ahora vienen al mundo; suden como nosotros hemos sudado, anhelen, y revienten por conseguir los bienes de la industria y la fortuna,

que a un viejo permítasele entregarse ya al dulce ocio y al descanso, atendiendo a su regalo, cuando no hace poco en vivir.

— ¿Quién tal dice?, replicó Critilo. Cuanto más anciano uno, es más hombre, y cuanto más hombre, debe anhelar más a la honra y a la fama ; no se ha de alimentar de la tierra, sino del Cielo ; no vive ya la vida material y sensual de los mozos, o los brutos, sino la espiritual y más superior de los viejos, y los celestes espíritus. Goce de los frutos de la gloria, conseguidos con los afanes de tanta pena ; corónese del trabajo de las demás edades, con las honras de la senetud.

— Éstos, dijo, son los célebres desvanes de aquella tan nombrada reina, la Hija sin padres. Causóle mayor admiración.

— ¿Hija, y sin padres, cómo puede ser? Contradición envuelve ; si es hija, padre ha de tener, y madre también, que no viene del aire.

— Antes sí ; y dígoos que no tiene ni uno ni otra.

— Pues ¿de quién es hija?

— ¿De quién? De la nada, y ella lo piensa ser todo, y que todo es poco para ella, y que todo se le debe.

— ¡Hay tal hembra en el mundo! Y ¿qué no la conozcamos nosotros?

— No os admiréis de eso, que os aseguro que ella misma no se conoce, y los que más la tratan menos la entienden, y viven desconocidos de sí mismo, y quieren que todos los conozcan ; y si no, preguntadle de qué se desvanece el otro, no ya el que se levantó del polvo de la tierra, el nacido

entre las malvas, sino el más estirado, el que dice se crió en limpios pañales. A todos cuantos hay, que todos son hijos del barro y nietos de la nada, hermanos de los gusanos, casados con la pudrición, que si hoy son flores, mañana estiércol, ayer maravillas, y hoy sombras, que aquí parecen, y allí desaparecen.

— ¿Según eso, dijo Andrenio, esta vana reina es o quiere ser la hinchadísima Soberbia?

— Puntualmente, ella misma : la que siendo de la nada, presume ser algo, y mucho, y todo. ¿No reparáis qué huecos, qué entumecidos entran todos cuantos vienen, sin tener de qué ni saber por qué? Antes bien, teniendo muchas causas de confundirse, que si ellos oyesen lo que los otros dicen se hundirían siete Estados bajo tierra, que como yo suelo ponderar, las más veces entra el viento de la presunción por los resquicios por donde había de salir, que hacen muchos vanidad de lo que debieran humillación. Mas id ya reprimiendo la risa, que hallaréis bien dónde emplearla.

Entraron, y volviendo la mirada a todas partes no hallaban donde parar. No se veían en toda aquella gran concavidad, ni colunas firmes que la sustentasen, ni salones reales, ni cuadras doradas que la enriqueciesen, como se ven otros palacios, sino desvanes y más desvanes, huequedades sin substancia, bóvedas con mucha necedad. Todo estaba vacío de importancia y relleno de impertinencia.

De la Crisi VII. « La hija sin padres en los desvanes del mundo ».

*Después de pasar por el reino de la « vana presunción », llegan al del « vil ocio », donde se halla la Cueva de la nada, o del olvido.*

El Honroso, sacando un gran suspiro del profundo de su sentimiento, dijo :

— ¡Oh, cuidados de los hombres! ¡Oh, cuán mucha es la nada! Sabrás, ¡oh, Critilo!, que ésta es aquella tan conocida cuan poco celebrada cueva, sepultura de tantos vivos ; éste el paradero de las tres partes del mundo ; ésta es, y no te escandalices, la cueva de la nada.

— ¿Cómo de la nada, replicó Andrenio, cuando yo veo desaguar en ella la gran corriente del siglo, el torrente del mundo, ciudades populosas, cortes grandes, reinos enteros?

— Pues advierte, que después de haber entrado allá todo eso que tú dices, se queda vacía.

— ¡Eh, mira cuántos van entrando allá!

— Pues no hallarás persona dentro.

— ¿Qué se hacen?

— Lo que hicieron.

— ¿En qué paran?

— En lo que obraron : fueron nada, obraron nada, y así vinieron a parar en nada.

De la Crisi VIII. « La cueva de la nada ».

*Llegados a Roma, presencian una sesión académica, donde se enteran del paradero de Felisinda, esposa de Critilo y madre de Andrenio.*

Fueron ocupando sus puestos y llenándolos también y después de conciliada, no sólo la atención, pero la expectación, arengó el Marino, cum-

pliendo con el oficio de secretario y dando principio con el más célebre de sus Epigramas Morales, que comienza :

Abre el hombre infeliz, luego que nace,
antes que al sol, los ojos a la pena, etc.

Aunque no pudo librarse de la censura de que no concluye al propósito ; pues habiendo referido la prolijidad de miserias por toda la vida del hombre, da fin diciendo :

De la cuna a la urna, hay sólo un paso.

Acabado de relatar el soneto, prosiguió así:

— Todos los mortales andan en busca de la felicidad, señal de que ninguno la tiene. Ninguno vive contento con su suerte, ni la que le dió el Cielo, ni la que él se buscó ; el soldado siempre pobre alaba las ganancias del mercader y éste, recíprocamente, la fortuna del soldado ; el jurisconsulto envidia el trato sencillo y verdadero del rústico, y éste la comodidad del cortesano ; el casado codicia la libertad del soltero, y éste la amable compañía del casado ; éstos llaman dichosos a aquéllos, y aquéllos al contrario a éstos, sin hallarse uno que viva contento con su fortuna. Cuando mozo, piensa el hombre hallar la felicidad en los deleites, y así se entrega ciegamente a ellos, con muy costosa experiencia y tardo desengaño ; cuando varón, la imagina en las ganancias y riquezas, y cuando viejo en las honras y dignidades, rodando siempre de un empleo en otro, sin hallar en ninguno la verdadera felicidad. Donosa ponderación del sentencioso lírico, si bien, aunque levantó la caza no la dió mate ni halló salida al

reparo. Ésta hoy se libra a vuestro bizarro discurrir, siendo el asunto señalado para esta tarde, disputarse en qué consista la felicidad humana.

Dicho esto, volvió el rostro hacia el primero, que era el Barclayo, más por acaso que por aceptación. Éste, después de haber pedido la venia al príncipe y haber cabeceado a un lado y a otro, discurrió así:

— De gustos siempre oí decir que no se ha de disputar, cuando vemos que la una mitad del mundo se está riendo de la otra; tiene su gusto y su gesto cada uno; y así yo hago burla de aquellos sabios a lo antiguo, que defendían consistir la felicidad, uno que en las honras, otro que en las riquezas, éste que en los deleites, aquél que en el mundo, tal que en el saber, y cuál que en la salud. Digo que me río de todos estos filósofos, cuando veo tan encontrados los gustos, que si el vano anhela por las honras, el sensual hace burla dél y dellas; si el avaro codicia los tesoros, el sabio los desprecia. Así que diría yo que la felicidad de cada uno no consiste en esto ni en aquello, sino en conseguir y gozar cada uno de lo que gusta.

Fué muy celebrado este decir, y mantúvose buen rato en este aplauso, hasta que el Virago:

— Reparad, señores, les dijo, en que los más de los mortales emplean mal su gusto; pues a veces en las cosas más viles y indignas de la naturaleza racional; porque si se halla uno que guste de los libros, habrá ciento que de las cartas; si éste de las buenas musas, aquél de las malas sirenas; y así entended que las más veces no es, no, felicidad,

conseguir uno su gusto, cuando le tiene tan malo; demás, que por bueno y relevante que sea, de nada se satisface, no para en ningún empleo, antes, alcanzando uno, luego le enfada y busca otro, siendo la inconstancia, evidencia de la no conseguida felicidad. Muchas habrían de ser las felicidades de los señores y príncipes de quienes decía uno, y no mal, que todas son ganicas; hoy asquean lo que aplaudieron ayer, y mañana acriminarán lo que buscaron hoy; cada día empleo flamante, y cada instante obra nueva.

Borró con esto el concepto que habían hecho de la pasada opinión, y mereció la expectación de todos para la suya, que propuso así:

—Principio es muy asentado entre los sabios, que el bien ha de constar de todas sus causas, lleno de todas partes sin que le falte la menor circunstancia; de modo que para el bien, todas que sobren, y para mal una que falte; y si esto se requiere para cualquier dicha, ¿qué será para una felicidad entera y consumada? Supuesta esta máxima, saquemos agora las consecuencias. ¿Qué le importa a un poderoso tener todas las comodidades, si le falta la salud para gozarlas? ¿Qué tendrá el avaro con las riquezas si no tiene ánimo para lograrlas? ¿De qué le sirve al sabio su mucho saber si no tiene amigos capaces con quien comunicarlo? Digo, pues, que no me contento con poco, todo lo pretendo, y juzgo que lo ha de tener todo el que se hubiere de llamar feliz, para que nada desee; de suerte que la felicidad humana consiste en un agregado de todos los que se llaman bienes, honras, placeres, riquezas, poder, mando, salud, sabi-

duría, hermosura, gentileza, dicha y amigos con quien gozarlo.

— Esto sí que es decir, exclamaron ; no deja qué discurrir a los demás.

Pero tomó la mano el Siri, intimando la atención para echar el bollo (1) a la controversia.

— Grandemente, dijo, os ha contentado este montón quimérico de gustos, este agregado fantástico de bienes ; pero advertid que es tan fácil de imaginar cuan imposible de conseguir ; porque ¿cuál de los mortales pudo jamás llegar a esta felicidad soñada? Rico fué Creso, pero no sabio. Sabio fué Diógenes, pero no rico. ¿Quién lo tuvo todo? Mas doy que lo consiga ; el día que no tenga qué desear ha de ser ya infeliz ; ya que también hay desdichados de dichosos ; suspiran y asquean algunos de hartos, y les va mal porque les va bien. Después de haberse enseñoreado Alejandro de este mundo, suspiraba por los imaginarios que oyó quimerear a un filósofo. Con más facilidad querría yo la felicidad, y así me calzo la opinión del revés y afirmo todo lo contrario. Estoy tan lejos de decir que consista la felicidad en tenerlo todo, que antes digo que en tener nada, desear nada y despreciarlo todo : y ésta es la única felicidad con facilidad : la de los discretos y sabios. El que más cosas tiene, de más depende y es más infeliz el que de más cosas necesita ; así como el enfermo más cosas ha menester que el sano. No consiste el remedio del hidrópico en añadir de agua, sino en quitar de sed ; lo mismo digo del

(1) En italiano : sello.

ambicioso y del avaro ; el que se contenta consigo sólo, es cuerdo y es dichoso : ¿para qué la taza donde hay mano con que beber? El que encarcelare su apetito entre un pedazo de pan y un poco de agua, trate de competir de dichoso con el mismo Jove, dice Séneca. Y sello mi voto diciendo que la verdadera felicidad no consiste en tenerlo todo, sino en desear nada.

—No queda más que oír, exclamó el común aplauso.

Pero fué también descaeciendo este sentir ; y callaron todos, para que el Malvezi filosofase desta suerte :

— Digo, señores, que este modo de opinar procede más de una melancólica paradoja, que de un acierto político ; y que es un querer reducir la noble humana naturaleza a la nada ; pues desear nada, conseguir nada y gozar de nada, ¿qué otra cosa es que aniquilar el gusto, anonadar la vida y reducirlo todo a la nada? No es otra cosa el vivir, que un gozar de los bienes y saberlos lograr, tanto los de la naturaleza como del arte, con modo, forma y templanza. No hallo yo que pueda perfeccionar al hombre el privarle de todo lo bueno, sino destruirle de todo punto. ¿Para qué son las perfecciones? ¿Para qué los empleos? ¿Para qué crió el Sumo Hacedor tanta variedad de cosas con tanta hermosura y perfección? ¿De qué servirá lo honesto, lo útil y deleitable? Si éste nos vedara lo indecente y nos concediera lo lícito, pudiera pasar ; pero bueno y malo, llevarlo todo por un rasero, a fe que es bravo capricho. Por lo tanto, diría yo —ya veo que es una académica bizarría,

pero en las grandes dificultades, arte es el saberse arrojar —, digo, pues, que aquél se puede llamar dichoso y feliz, que se lo piensa ser; y al contrario, aquél será infeliz que por tal se tiene, por más felicidades y venturas que le rodeen ; quiero decir, que vivir con gusto, es vivir, y que solos los gustosos viven. ¿Qué le aprovecha a uno tener muchas y grandes felicidades si no las conoce, antes las juzga desdichas? Y al contrario, aunque al otro todas le falten, si él vive contento eso le basta. El gusto es vida, y la gustada vida es la verdadera felicidad.

Arquearon todos las cejas, diciendo :

—Esto ha sido dar en el blanco y apurar del todo la dificultad.

De modo que cada sentencia les parecía la última, y que no quedaba ya qué discurrir ; y es cierto se abrazara este dictamen, sino se le opusiera aquel águila, cisne, digo el culto Aquilini, diciendo :

—Aguardad, reparad, señores, en que es de solos necios el vivir contentos de sus cosas, siendo la bienaventuranza de los simples la propia y plena satisfación. Beato tú, le dijo el célebre Bonarota (1) al que le contentaban sus malos borrones, cuando a mí nada de cuanto pinto me satisface. Así que yo siempre me contenté mucho de aquella bella prontitud del Dante — al fin, Alígero, por su alado ingenio — ; tuvo mucho vivo aquella sazonada respuesta, cuando habiéndose disfrazado en uno de los días de Carnevales, y mandándole

(1) Miguel Ángel.

buscar el Médicis, su gran patrón y Mecenas, para poderle conocer entre tanta multitud de personados, ordenó que los que le buscasen, fuesen preguntando a unos y a otros ¿quién sabe del bien? Y desatinando todos, cuando llegaron a él y le preguntaron : ¿chi sà del bene (1)? Prontamente respondió : chi sà del male. Con que al punto dijeron, tú eres el Dante. ¡Oh, gran decir!, aquél sabe del bien, que sabe del mal. No gusta de los manjares sino el hambriento, y el sediento de la bebida. Dulce le es el sueño a un desvelado, así como el descanso al molido ; aquéllos estiman la abundancia de la paz, que pasaron por las miserias de la guerra ; el que fué pobre sabe ser rico, el que estuvo encarcelado goza de la libertad; el náufrago, del puerto ; el desterrado, de su patria ; y el que fué infeliz, de la dicha. Veréis a muchos mal hallados con los bienes, porque no probaron de los males. Así que aquel, diría yo, es feliz, que fué primero desdichado.

Contentó mucho ese discurso, mas entró a impugnarle el Mascardo, probando no poder ser dicha la que suponía la desdicha, ni contento verdadero el que sucedía a la pena.

— Ya el mal va delante, y el pesar gana de mano al placer. No sería ésa felicidad entera, sino a medias, respeto (2) de la desdicha. Y de esa suerte, ¿quién quisiera ser feliz? Viniendo, pues, a mi sentir, como yo tenga por máxima con otros muchos que no hay dicha ni desdicha, felicidad o infelicidad, sino prudencia o imprudencia, digo que

(1) ¿Quién sabe del bien?
(2) Respecto.

toda la felicidad humana consiste en tener prudencia, y la desventura en no tenerla. El varón sabio no teme la fortuna, antes es señor de ella y vive sobre los astros superior a toda dependencia ; nada le puede empecer, cuando él mismo no se daña ; y concluyó con que en todo lo que llena la cordura no cabe infelicidad.

Inclinó todo político la cabeza, haciéndole la salva como a vino de una oreja (1), y todo crítico dijo :

— Bueno.

Pero al mismo tiempo se vió sacudirlas ambas al caprichoso Capriata, diciendo :

— ¿Quién vió jamás contento a un sabio? ¿Cuándo fué siempre la melancolía manjar de discretos? Y así veréis que los españoles, que están en opinión de los más detenidos y cuerdos, son llamados de las otras naciones los tétricos y graves, como al contrario los franceses son alegres, y que van siempre brincándose y bailando. Los que más alcanzan, conocen mejor los males y lo mucho que les falta para ser felices ; los sabios sienten más las adversidades, y como a tan capaces les hacen mayor impresión los topes. Una gota de azar basta a aguarles el mayor contento ; y demás de ser poco afortunados, ellos mismos ayudan a su descontento con su mucho entender ; así que no busquéis la alegría en el rostro del sabio, la risa sí que la hallaréis en el del loco.

Al pronunciar esta palabra, saltó uno muy célebre, que gustaba de llevar consigo el cuerdo

(1) Vino delicado y generoso.

embajador para ganso de noticias, y aun de verdades. Éste, pues, sin ton y sin son, hablando alto y riendo mucho, dijo :

— De verdad, señor, que estos vuestros sabios son unos grandes necios, pues andan buscando por la tierra la que está en el cielo.

Y dicho esto que no fué poco, dió las puertas afuera.

— Basta, confesaron todos ; que un loco había de hablar con la verdad.

Y en confirmación, el Mascardo peroró así :

— En el cielo, señores, todo es felicidad ; en el infierno todo es desdicha ; en el mundo, como medio entre estos dos extremos, se participa de entrambos ; andan barajados los pesares con los contentos ; altérnanse los males con los bienes ; mete el pesar el pie donde le levanta el placer ; llegan tras las buenas nuevas las malas ; ya en creciente la luna, ya en menguante, gran presidenta de las cosas sublunares, sucede a una ventura una desdicha ; y así la temía Filipo el Macedón, después de las tres felices nuevas. Tiempo señaló el sabio para reír, y tiempo para llorar. Amanece un día nublado, otro sereno, ya mar de leche y ya en hiel ; viene tras una mala guerra, una buena paz ; con que no hay contentos puros, sino muy aguados, y así los beben todos. No tenéis que cansaros en buscar la felicidad en esta vida : milicia sobre el haz de la tierra. No está en ella ; y convino así, porque si aun deste modo, estando todo lleno de pesares, situada nuestra vida de miserias, con todo eso no hay poder arrancar los hombres de los pechos desta villana nodriza,

despreciando los brazos de la celestial Madre que es la reina, ¿qué hicieran, si todo fuera contento, gusto, placer, solaz y felicidad?

Con esto se dieron por entendidos nuestros dos peregrinos, Critilo y Andrenio, y con ellos todos los mortales, añadiendo el cortesano :

— En vano, ¡oh, peregrinos del mundo, pasajeros de la vida!, os cansáis en buscar desde la cuna a la tumba esta vuestra imaginada Felisinda, que el uno llama esposa, el otro madre. Ya murió para el mundo y vive para el cielo ; hallarla heis allá, si la supiéredes merecer en la tierra.

De la Crisi IX. « Felisinda descubierta ».

*El acompañante cortesano muestra, desde una colina de Roma, a Andrenio y Critilo la Rueda del tiempo. Elogio del pasado.*

Creyeron vanamente algunos de los filósofos antiguos, que los siete errantes astros se habían repartido las siete edades del hombre, para asistirle desde el quicio de la vida hasta el umbral de la muerte. Señalábanle a cada edad su planeta, por su orden y supuesto, avisando a todo mortal se diese por entendido, ya del planeta que le presidía, ya del traste de la vida en que andaba. Cúpole, decían, a la niñez la Luna, con nombre de Lucina, comunicándole con sus influencias sus imperfecciones, esto es, con la humedad la ternura, y con ella la facilidad y variedad ; aquel mudarse a cada instante, ya llorando ya riendo, sin saber de qué se enoja, sin saber con qué se aplaca ; de cera a las impresiones ; de masa a las aprehensiones, pasan-

do de las tinieblas de la ignorancia a los crepúsculos de la advertencia. Desde los diez años hasta los veinte, decían presidirle el planeta Mercurio, influyendo docilidades, con que se va adelantando ya muchacho, al paso que en la edad, en la perfección. Comienzan a estudiar y a deprender, cursa las escuelas, oye las facultades y va enriqueciendo el ánimo de noticias y de ciencias. Pero descárase Venus a los veinte y reina con grande tiranía hasta los treinta, haciendo cruda guerra a la juventud a sangre que hierve, y a fuego en que se abrasa, y todo esto con bizarra galantería. Amanece a los treinta años el Sol, esparciendo rayos de lucimiento, con que anhela ya el hombre a lucir y valer ; emprende con calor los honrosos empleos, las lucidas empresas, y cual Sol de su casa y de su patria, todo lo ilustra, lo fecunda y lo sazona. Embístele Marte a los cuarenta, infundiéndole valor con calor, revístese de aceros, muestra bríos, riñe, venga y pleitea. Entra a los cincuenta mandando Júpiter, influyendo soberanías ; ya el hombre es señor de sus acciones, habla con autoridad, obra con señorío, no lleva bien el ser gobernado de otros, antes lo querría mandar todo ; toma por sí las resoluciones, ejecuta sus dictámenes, sábese gobernar, y a esta edad, como a tan señora, la coronación por reina de las otras, llamándola el mejor tercio de la vida. A los sesenta anochece, que no amanece el melancólico saturnino con humor y horror de viejo, comunícale su triste condición, y como se va acabando, querría acabar con todos ; vive enfadado y enfadando, gruñendo y riñendo y a lo de perro viejo, royendo lo presente

y lamiendo lo pasado ; remiso en sus acciones, tímido en sus ejecuciones, lánguido en el hablar, tardo en el ejecutar, ineficaz en sus empresas, escaso en su trato, asqueroso en su porte, descuidado en su traje, destituído de sentidos, falto de potencias, y a todas horas y de todas las cosas quejumbroso. Hasta los setenta es el vivir, y en los poderosos hasta los ochenta, que de ahí adelante todo es trabajo y dolor, no vivir sino morir. Acabados los diez años de Saturno vuelve a presidir la Luna, y vuelve a niñear y a monear el hombre decrépito y caduco, con que acaba el tiempo en círculo mordiéndose la cola la serpiente : ingenioso jeroglífico de la rueda de la humana vida.

Pero la que fué gran vista y espectáculo de mucho gusto fué una gran rueda, que bajaba por toda la redondez de la tierra desde el oriente al ocaso de la ocasión. Veíanse en ella todas cuantas cosas hay, ha habido y habrá en el mundo, con tal disposición, que la una mitad se veía clara y esentamente sobre el horizonte, y la otra estaba hundida acullá abajo, que nada de ella se veía ; pero iba rodando sin cesar dando vueltas, al modo de una grúa en que se metió el tiempo, y saltando de la grada de un día en la del otro, la hacía rodar, y con ella todas las cosas ; salían unas de nuevo, y escondíanse otras de viejo, y volvían a salir al cabo de tiempo, de modo que siempre eran las mismas, sólo que unas pasaban, otras habían pasado, y volvían a tener vez. Hasta las aguas, al cabo de los años mil, volvían a correr por donde solían, aunque no serían por los ojos, que ésas más presto vuelven, que hay mucho que llorar.

— ¡Oh, lo que diera yo, decía Andrenio, por ver lo que será del mundo de aquí a unos cuantos años ; en qué habrán parado los reinos, qué habrá hecho Dios de fulano y de zutano, qué habrá sido de tal y de tal personaje! Lo venidero, lo venidero querría yo ver, que eso de lo presente y lo pasado cualquiera se lo sabe.

Volteaba la rueda, y escondíase el buen tiempo y todo lo bueno con él. Aquellos hombres buenos y llanos, sin artificio ni embeleco, tan sencillos en el vestido como en el ánimo, sin pliegues en las capas y sin dobleces en el alma, con el pecho desabrochado mostrando el corazón, la conciencia a ojo, con el alma en la palma y por eso vitoriosa, hombres, al fin, del antiguo, y con todo eso muy ricos y sobrados, desaliñados y nunca más bien puestos que cuando los hombres eran más sencillos, aseguran que había más doblones. Escondíanse aquéllos, y salían otros antípodas suyos en todo, embusteros, mentirosos, falsos y faltos, que se corrían de que les llamasen buenos hombres, más pequeños de cuerpo y también de alma, y con ser todos palabras no tenían palabra. Mucho de cumplimiento y nada de verdad ; mucho de circunstancia y nada de sustancia, gente de poca ciencia y de menos conciencia.

Pero buen ánimo, que todas las cosas vuelven a tener día, lo bueno y lo malo, las dichas y las desventuras, las ganancias y las pérdidas, los cautiverios y los triunfos, los buenos y los malos años.

— Sí, dijo Andrenio ; pero ¿qué me importa a mí que hayan de suceder después las felicidades, si a mí me cogen de medio a medio todas las cala-

midades? ; eso es decir, que para mí se hicieron las penas, y para otros los contentos.

— Buen remedio, ser prudente, abrir el ojo y dar ya en la cuenta. Ea, alégrate, que aun volverá la virtud a ser estimada, la sabiduría a estar muy valida, la verdad amada y todo lo bueno en su triunfo.

— Y ¿cuánto será eso? suspiró Critilo, ya estaremos nosotros acabados y aun consumidos.

De la Crisi X. « La Rueda del Tiempo ».

*Alójanse en el mesón de la Suegra de la Vida y hallan en él a la Muerte.*

Entró finalmente la tan temida reina, ostentando aquel su tan extraño aspecto, a media cara, de tal suerte que era de flores la una mitad, y la otra de espinas ; la una de carne blanda, y la otra de huesos ; muy colorada aquélla, y fresca, que parecía de cosas entreveradas, de jazmines ; muy seca y muy marchita ésta ; con tal variedad, que al punto que la vieron, dijo Andrenio.

— ¡Qué cosa tan fea!

Y Critilo.

— ¡Qué cosa tan bella!

— ¡Qué monstruo!

— ¡Qué prodigio!

— ¡De negro viene vestida!

— No, sino de verde.

— Ella parece madrastra.

— No, sino esposa.

— ¡Qué desapacible!

— ¡Qué agradable!

— ¡Qué pobre!
— ¡Qué rica!
— ¡Qué triste!
— ¡Qué risueña!

— Es, dijo el Ministro que estaba en medio de ambos, que la miráis por diferentes lados, y así hace diferentes visos, causando diferentes efectos y afectos. Cada día sucede lo mismo, que a los ricos les parece intolerable y a los pobres llevadera, para los buenos viene vestida de verde, y para los malos de negro, para los poderosos no hay cosa más triste, ni para los desdichados más alegre. ¿No habéis visto tal vez un modo de pinturas, que si las miráis por un lado os parece un ángel, y si por el otro un demonio? Pues así es la muerte, haceros heis a su mala cara dentro de breve rato, que la más mala no espanta, en haciéndose a ella.

— Muchos años serán menester, replicó Andrenio.

Sentose ya en aquel trono de cadáveres, en una silla de costillas mondas, con brazos de canillas secas y descarnadas, sitial de esqueletos, y por cojines calaveras, bajo un deslucido dosel de tres o cuatro mortajas, con goteras de lágrimas y randas al aire de suspiros, como triunfando de soberanías, de bellezas, de valentías, de riquezas, de discreciones y de todo cuanto vale y se estima.

De la Crisi XI. « La suegra de la Vida ».

*Andrenio y Critilo líbranse de la muerte siguiendo a su último guía, el Peregrino, quien les conduce a la Isla de la Inmortalidad, donde entran con el beneplácito del Mérito.*

*El último fragmento viene a ser un resumen de los principales episodios de la obra.*

Isla hay de la Inmortalidad, bien cierta y bien cerca, que no hay cosa más inmediata a la muerte que la inmortalidad ; de la una se declina a la otra. Y así veréis, que ningún hombre, por eminente que sea, es estimado en vida ; ni lo fué el Ticiano en la pintura, ni el Bonarota en la escultura, ni Góngora en la poesía, ni Quevedo en la prosa ; ninguno parece hasta que desaparece ; no son aplaudidos, hasta que idos : de modo que, lo que para otros es muerte, para los insignes hombres es vida. Asegúroos que yo la he visto y andado, gozándome hartas veces en ella, y aun tengo por empleo conducir allá los famosos varones.

— Aguarda, dijo Andrenio, déjame hacer fruición de semejante dicha. ¿De veras que hay tal isla en el mundo y tan cerca y que entrando en ella, adiós muerte?

— Dígote que la has de ver.

— Aguarda, ¿que ya no habrá ni el temor de morir, que es aun peor que la misma muerte?

— Tampoco.

— ¿Ni el envejecer, que es lo que más sienten las Narcisas?

— Menos ; no hay nada de eso.

— ¿De modo que no llegan los hombres a estar chochos, ni decrépitos, ni a monear aquellos tan

prudentazos antes, que es brava lástima verlos después niñear los que eran tan hombres?

— Nada, nada de eso se experimente en ella.

Ya en esto se fué acercando el Peregrino y suplicó la entrada para sí y sus dos camaradas. Pidióles el Mérito la patente, y si venía legalizada del Valor y autenticada de la Reputación. Púsose a examinarla muy de propósito y comenzó a arquear las cejas, haciendo ademanes de admirado; y cuando la vió calificada con tantas rúbricas de la Filosofía en el gran Teatro del universo, de la Razón y sus luces en el Valle de las fieras, de la Atención en la Entrada del mundo, del Propio conocimiento en la Anatomía moral del hombre, de la Entereza en el Mal paso del salteo, de la Circunspección en la Fuente de los engaños, de la Advertencia en el Golfo cortesano, del Escarmiento en casa de Falsirena, de la Sagacidad en las Ferias generales, de la Cordura en la Reforma universal, de la Curiosidad en casa de Salastano, de la Generosidad en la Cárcel del oro, del Saber en el Museo del discreto, de la Singularidad en la Plaza del vulgo, de la Dicha en las gradas de la Fortuna, de la Solidez en el yermo de Hipocrinda, del Valor en su Armería, de la Virtud en su Palacio encantado, de la Reputación entre los Tejados de vidrio, del Señorío en el Trono del mando, del Juicio en la Jaula de todos, de la Autoridad entre los horrores y honores de Vejecia, de la Templanza en el Estanco de los vicios, de la Verdad pariendo, del Desengaño en el Mundo descifrado, de la Cautela en el Palacio sin puertas, del Saber reinando, de la Humildad en casa de la Hija sin

padres, del Valer mucho en la Cueva de la nada, de la Felicidad descubierta, de la Constancia en la Rueda del tiempo, de la Vida en la Muerte, de la Fama en la Isla de la inmortalidad, les franqueó de par en par el arco de los triunfos, a la mansión de la Eternidad.

Lo que allí vieron, lo mucho que lograron, quien quisiere saberlo y experimentarlo, tome el rumbo de la Virtud insigne, del Valor heroico y llegará a parar al teatro de la Fama, al trono de la Estimación, y al centro de la Inmortalidad.

De la Crisi XII. «La isla de la Inmortalidad».

# CLÁSICOS LABOR

La lectura de los clásicos presenta ciertas dificultades, que pueden malograr su comprensión. La lejanía en el tiempo, las diferencias de cultura, lenguaje y sensibilidad, y la considerable extensión de algunas obras impiden, a menudo, que el lector pueda gozar cumplidamente de todos sus valores. Facilitar el acceso a la obra de los grandes escritores de la antigüedad grecorromana y de las literaturas modernas es la finalidad principal de esta nueva colección de CLÁSICOS, en la que en forma original y sugerente se ofrece lo más representativo de su producción, acercando previamente el lector al autor mediante la interpretación de su personalidad, ideas y estilo, seleccionando los textos más bellos y característicos, y contribuyendo a la perfecta asimilación de su contenido ideológico y a su plena fruición estética con oportunos comentarios.

Cada volumen comprende una biografía o semblanza del autor, en la que armonizando la amenidad con la exactitud de los datos, se traza un cuadro sugestivo y fiel de su vida y época. Figura a continuación un estudio de cada una de sus obras principales o más genuinas, seguido de los episodios, escenas o fragmentos de más vivo interés y belleza, escogidos de modo que cada uno forme un todo en la medida de lo posible. Los fragmentos van precedidos a su vez, cuando se considera necesario, de una sucinta explicación, y en el caso de autores extranjeros, han sido vertidos nueva y cumplidamente a nuestro idioma. Cierra cada volumen una breve noticia de la influencia del autor en la posteridad y en las letras españolas o, si se trata de autores españoles, de la aportación de éstos al rico acervo de la literatura universal.

Esta tarea, encomendada a eminentes profesores y humanistas españoles y extranjeros, especializados en el estudio de cada autor y época, alberga el propósito de convertir la lectura de los clásicos en puro solaz espiritual.

# CLÁSICOS LABOR

Volúmenes de 250 a 300 páginas, tamaño manual
(11,5 × 17,5 centímetros)

## VOLÚMENES PUBLICADOS

1. *HOMERO*, por J. M. Pabón, Catedrático de Lengua y Literatura griega en la Universidad Central.
2. *VIRGILIO*, por J. de Echave-Sustaeta, Catedrático de Lengua latina.
3. *DANTE*, por C. Consiglio, Profesor de la Universidad Central.
4. *BALTASAR GRACIÁN*, por J. M. García López, Catedrático de Lengua y Literatura española.
5. *SÉNECA*, por J. F. Yela, Catedrático de Filosofía en la Universidad Central.
6. *DEMÓSTENES*, por M. Fernández Galiano, Catedrático de Lengua y Literatura griega en la Universidad Central.

## EN PREPARACIÓN

*LUCIANO*, por A. Tovar, Catedrático de Lengua y Literatura latina en la Universidad de Salamanca.

*HERÓDOTO*, por M. Fernández Galiano, Catedrático de Lengua y Literatura griega en la Universidad Central.

*FRAY LUIS DE GRANADA*, por L. Morales Oliver, Catedrático de Lengua y Literatura española en la Universidad de Sevilla.

*CICERÓN*, por A. Magariños, Catedrático de Lengua latina.

*TITO LIVIO*, por Tomás de la A. Recio, Catedrático de Lengua latina.

*ESQUILO*, por el P. J. Sola Arrondo, S. J.

*CALDERÓN*, por E. Frutos, Catedrático de Filosofía.

*DESCARTES*, por F. Gomá, Profesor de Filosofía.

*LUCRECIO*, por E. Valentí, Catedrático de Lengua latina.

*SAN AGUSTÍN*, por el P. Bruno Ibeas.

*FROISSARD*, por E. Bagüé, Profesor de Historia.

40-76
144

868.39 G73Z G21

a39001 0082030056

73-1